

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VIII.—OCTUBRE, 1931.—NÚMERO XXXII

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO

Redactor Jefe: A. MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO

SUMARIO

CRISTÓBAL ESPEJO.—*Enumeración y atribuciones de algunas Juntas de la Administración española desde el siglo XVI hasta el año 1800.*

ESPERANZA GUERRA SÁNCHEZ-MORENO.—*La Casa de Panaderta.*

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ.—*La condesa de Castellar fundadora del convento «Las Carboneras».*

VARIEDADES: FEDERICO CARLOS SÁIZ DE ROBLES: *Los manuscritos de versiones de Shakespeare en la Biblioteca Municipal de Madrid.*

RESEÑAS: *El Islam y el cristianismo* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS).—*Gómez de la Serna, Ramón. Elucidario de Madrid* (S. DE R.).—*Garay Narciso. Tradiciones y cantares de Panamá* (LUIS DE SOSA).—*Martorell Téllez-Girón, Ricardo. Anales de Madrid, de León Pinelo. Reinado de Felipe III. Años de 1598 a 1621* (S. DE R.)

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VIII

OCTUBRE, 1931

NÚMERO 32

ENUMERACIÓN Y ATRIBUCIONES DE ALGUNAS
JUNTAS DE LA ADMINISTRACIÓN ESPAÑOLA
DESDE EL SIGLO XVI HASTA EL AÑO 1800 (*)

I. Preámbulo. — II. Junta de Asistentes de Cortes. — III. Juntas de Medios y de Arbitrios. — IV. Juntas de Hacienda. — V. Juntas de Rentas e Ingresos y administración de ellos. — VI. Juntas de Deudas y Débitos. — VII. Juntas de Comercio, Moneda y Minas. — VIII. Juntas de los ramos de Guerra y Marina. — IX. Juntas de Policía. — X. Juntas de Sanidad. — XI. Juntas de Gobierno y Administración. — XII. Crítica.

I.—Preámbulo

Aunque la creación de las Juntas especiales responda técnicamente a un mayor dominio de la materia encomendada, es lo cierto que en algunos períodos de la historia administrativa española perjudicaron por insuficiencia o retardaron sin causa los asuntos que habían de resolver. Gran parte de ellas, como todo organismo pequeño, minúsculo, bordearon el personalismo, fueron caciquiles, pagadas de las formas, legalistas más que justas en una época en que estaba confundida la ejecución con la consulta. Son características de los últimos años de la centuria XVI, abrazan la XVII y aún

(*) Sin embargo de la generalidad del título, una gran parte de las Juntas son del reino de Castilla, no habiendo adoptado éste por restringido y no caer dentro de su círculo las que correspondieron posteriormente a la Corona de España.

Concluye nuestro estudio en el año 1800, sin alcanzar a la variación del nuevo régimen político, porque la situación de Europa, lo transitorio de las instituciones, el carácter de Carlos IV y de Fernando VII y las constantes variaciones en la administración, con acercarse más al período contemporáneo, nos llevaría demasiado lejos en su estudio, por más conocido y tratado, de menos importancia.

se reconoce la tradición de ellas en las del período borbónico, si bien hubiera mejorado la administración. Nacidas a veces de los Consejos, al margen de ellos, nutridas de su savia, limitativas del desenvolvimiento de aquéllos, dependientes en algún caso del organismo mayor, formadas con personal muy afecto al monarca o a sus validos, las constituidas en el reinado de Felipe II lo fueron siquiera por causas de importancia y con ministros tan capacitados como Laguna, Poza, Vázquez de Arce, Menchaca, Agreda o Salablanca; no así las de los descendientes de su Casa, en las que imperó el desconcierto, época lastimosa durante la cual se sustraen a los Consejos cuestiones capitales, dejándolos reducidos a figuras decorativas tantas veces.

Con ser la administración de los tiempos nuevos más complicada y difícil, se dificultan también con tales organismos la rapidez y buena marcha de los asuntos.

Para contribuir con aportación, aunque modesta, a los estudios de administración pública en su consideración histórica, siquiera no sirvan a veces sino como datos bibliográficos, y se comprenda el juicio expuesto sobre las Juntas de otros tiempos, que acaso pudiera servir de enseñanza, vamos a enumerar muchas de ellas, sintetizando sus facultades, para darnos cuenta de la serie de organismos perjudiciales, contradictorios algunos entre sí, que soportó Castilla por tiempo, constituyendo ellos un factor importante en la desorganización del país.

A los efectos de la mejor comprensión en la materia y de que no se rompa el hilo de los asuntos, las hemos agrupado convenientemente. Expondremos además que las Juntas de Medios, las de Arbitrios, y en parte las de Hacienda, son unas mismas, aunque difieran por sus títulos respectivos. El concepto de Medios, en el tecnicismo administrativo de la centuria xvi y parte de la del xvii, tenía el alcance de concierto y de un solo asunto, siquiera éste fuese muy arduo; era la resultante de una concordia entre dos partes: miraba a la finalidad de alcanzar dinero de los hombres de negocios, a quienes se les habían suspendido sus consignaciones en tributos públicos de las libranzas expedidas a favor de ellos a cobrar en rentas y en partidos, conforme a la organización financiera de aquel tiempo. Quebró el vocablo, digámoslo así, ampliando el concepto del mismo, y en lo sucesivo la Junta de Medios, salvo las de arreglos de suspensiones sucesivas, se identifica con la de Arbitrios; es decir, ambas tienen como finalidad proponer medios o señalar arbitrios para sacar de apuros a la Corona.

Así, a la suspensión de pagos de 1575, con la instrucción de 1576 sobre la satisfacción de débitos y la toma de cuentas, sucede, como transacción, el Medio de 1577, igual que a la suspensión de 29 de noviembre de 1596 había de suceder, después de laboriosos regateos, el Medio de 1597 y la intervención de los acreedores en las respectivas Juntas del Decreto. Parécenos que bastan estos dos ejemplos como explicación, aunque pudieran multiplicarse en todo el curso de la centuria xvii.

II.—Junta de Asistentes de Cortes

La primera Junta que se ofrece a nuestra consideración, ligada íntimamente con la representación nacional de Castilla, el Reino, es la Junta de Asistentes de Cortes, que formaba parte integrante del Reino, aunque eran sus miembros funcionarios de la Corona y constituía el nervio de unión entre ésta y aquél en cuanto a las relaciones obligadas de las Cortes y del rey. Desde el reinado de Felipe II se delimitan más sus facultades. Estaba integrada por el presidente del Consejo de Castilla, y como asistentes dos, tres y hasta cuatro individuos del citado Consejo, acompañados de secretario y escribanos, que servían de auxiliares. El presidente ni presenciaba siquiera los debates; sólo intervenía en cuestiones previas, como la de presentación y examen de los poderes de los procuradores, estrechándoles, por si traían alguna instrucción secreta de sus ciudades contraria al interés del monarca, recibiendo juramento sobre las limitaciones de estos apoderamientos, para que el rey, con conocimiento de causa, se dirigiera de nuevo a las ciudades y villas. Acompañaban al presidente al auto de la proposición, dirigiéndose desde la posada de éste, donde tenía lugar la recepción de poderes, al Palacio real, en el que había cámara para las sesiones, y, unidos todos, a la cabeza de los diputados, asistían a la instalación del Reino, cuyos enviados, en pie y sin gorras, ocupaban sus asientos, y se cubrían cuando el rey, si asistía, mandábalo así, conforme a costumbre. Ultimamente, se presentaban a las Cortes para notificarles la disolución. Entre sus facultades figuraban las de firmar las reales cartas ejecutorias y demás reales cédulas, despachándolas para su cumplimiento, así como memoriales; intervenían en autos varios de las Cortes o en otros de que les encargaban transmitiesen a S. M. o de éste a aquéllas. Eran los encargados de preparar bien el ánimo de los procuradores en materias de interés; daban normas de arreglo y estudiaban los asuntos. A ella se dirigía S. M., recomendándole ciertas prevenciones, para enterarse de las condiciones de los procuradores, el trato con ellos, sus aspiraciones, los motivos por que se dilataban los asuntos y otros de condición semejante o análoga encaminados a facilitar los negocios. Entendía en preparar a diputados y conventos en su accesión al Medio de la harina; en que el dinero procedente del Servicio no anduviera en manos de receptores y fuera a la Corte; en la concesión de ayuda de costa a los diputados, en la tramitación de un memorial del Reino, expresivo de las condiciones que no se cumplían del Servicio y en las cosas que suplicó para la concesión del mismo; confirmación que pedía el pueblo de Valladolid de un privilegio de exención de huéspedes; para que se hiciera, por mano de ministros seglares, el registro del vino y aceite que había en las casas de eclesiásticos; que se usara del Breve de S. S. para que contribuyera el estado citado;

condiciones que cada ciudad pedía para la concesión del Servicio de los diez y ocho millones de ducados; súplica de los procuradores para que los maravedís procedentes de penas de Cámara sólo estuvieran obligados los pueblos a llevarlos a la cabeza de su partido y no a la Corte; petición del Reino para que se diera a cada uno de los diputados 250 ducados para alquileres, y así muchos.

Intervenía e informaba en los asuntos de administración de los tributos; sobre el consentimiento de las ciudades y villas de voto en Cortes; prórrogación del Servicio de millones; instrucción y reglas del Donativo de 1654 y 1655; daños en las contribuciones de las Sisas; medios elegidos para la paga de los dos millones de ducados en las urgencias del mes de septiembre de 1655, o, finalmente, recaía su informe sobre la consulta de la Comisión de millones y del Reino relativa al impuesto en las especies de vino y vinagre. En la escritura del Servicio, que el reino otorgaba en 1608, figuraban a la cabeza de ella el presidente y los asistentes. Cuando venían a la Sala de Cortes, salía el Reino a recibirles a la puerta, acompañándolos al aposento de S. M.; los asistentes se ponían al lado derecho del Rey, y junto con ellos, los secretarios; tenía cada miembro su lugar fijo en la Junta y en la Asamblea. Y, a pesar de esa íntima relación oficial diaria, y precisamente por ella, los procuradores tenían repugnancia a entenderse con la Junta de Asistentes de Cortes (1).

III.—Juntas de Medios y de Arbitrios

A ellas pertenecen, sin denominación especial, las varias formadas desde 1523 a 1529, singularmente por Carlos I, para atender a las urgencias de la guerra y otras necesidades de la Corona. Se consultó a personas poderosas, a mitrados, oficiales de Hacienda real, títulos del Reino, cambios y otras gentes, todas ellas de posibilidades económicas, algunas reunidas en Junta, las cuales propusieron, entre otros medios, los de empréstitos, anticipos de ciudades y villas, imposiciones a los caballeros, cuantiosos (2), fábricas de las iglesias, depósitos de los Maestrazgos, reformatión de la moneda, arriendo de albaquías, consumos de oficios, enajenación de bienes en el reino de Granada, crecimiento de juros, venta de lugares y behertrías, tributos sobre posadas, bienes confiscados, ventas de jurisdicciones y otros, algunos de los cuales si no se aceptaron en los años que van relatados, tuvieron efectividad en los siguientes, sobre todo en los de 1536,

(1) *Colección de Cortes de Castilla*: Cortes de Madrid de 1563, 1583 a 1585, 1586 a 1588, 1592 a 1598, 1598 a 1601, 2 de noviembre de 1599, 1602 a 1604, 1607 a 1611, 22 de noviembre de 1608. *Colección Molero*, tomo XV, 31 de enero y 14 de agosto de 1638 y 11 de noviembre de 1639; tomo XVI, 14 de diciembre de 1634, 23 de enero y 12 de mayo de 1655, 7 de septiembre de 1655 y diciembre de 1657.

(2) Estos se suprimieron por Cédula de 28 de junio de 1619.

1537 (3) y 1544 (4), medios varios de sacar dinero sin «dar orden en los gastos».

Junta de la Suspensión de Consignaciones, en 1575:

Felipe II, para llevar a efecto lo suplicado por las Cortes de Toledo de 1559, ante el estado precario de la Hacienda y de que saliere S. M. de cambios e intereses (5), reunió una Junta, compuesta de lo más granado de sus Consejos y Contadurías; consultó además otras personas de calidad en la materia, y fruto de tan detenido estudio fué la propuesta de la suspensión de consignaciones de todos los asientos tomados desde 14 de noviembre de 1560 (6), que suscribía el monarca por su cédula de 1 de septiembre de 1575, de tanto descrédito para la Corona de Castilla (7).

Junta de Medios, celebrada en casa del marqués de Poza en 1595:

Se determinaron leyes suntuarias, orden en la cobranza de tributos, ventas de jurisdicciones y vasallos, alcabalas, tierras y dehesas, bienes confiscados a moriscos y dinero a censo tomado por ciudades y villas (8).

Junta de Medios de 26 de agosto de 1596:

La Junta de Hacienda, convertida en Junta de Medios, daba un dictamen provechoso en muchos puntos, aunque fuese de efectos a largo plazo. Estaba compuesta, como tal Junta de Medios, por el presidente, marqués de Poza, Francisco de Salablanca, Pedro Luis de Torregrosa, Pedro Ortiz del Río, Mateo Ferro y Gaspar de Pons. Trató de leyes suntuarias, suspensión de licencias de saca, redención de censos, ventas de vasallos, juro y censos y crecimiento de alcabalas. A la par señalaba reducción de gastos, aumento de rentas y derechos con industria y buena administración, revisión de aranceles, arrendamiento de baldíos a los moriscos, multiplicación de acequias y riegos y fomento de cosas útiles y procurar quitar las dañosas (9).

(3) Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajos 7, 9 y 10 al 15.

(4) José Canga Argüelles, *Diccionario de Hacienda*. Madrid, 1834, tomo II, pág. 14, que cita la Junta de 1544 con referencia a Sandoval.

(5) Archivo de Simancas: Contadurías generales, legajos 309 y 300; Memoriales de la Cámara, legajo 444; Libros de Cédulas de la Cámara, 83; Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 380, y Gracia y Justicia, legajo 877.

Francisco Martínez de la Mata, *Memoriales sobre el remedio de la despoblación y esterilidad de España y el medio como se ha de desempeñar la Real Hacienda y la de los vasallos*. Dice que el arbitrio de la suspensión de consignaciones fué invención de un genovés convertido, fraile carmelita descalzo, fundado en las expresiones de fray Diego Gracián de la Madre de Dios.

(6) Canga, obra cit., tomo II, pág. 14. Sus datos anteriores al siglo XVIII necesitan confirmación por lo común. A esta Junta le asigna la fecha de 1560; a la Cédula, la de 14 de noviembre de ese año, y la de 15 de julio de 1576 a la que trata de las especies en que se había de pagar.

(7) Gil González de Avila, *Grandezas de Madrid*, pág. 256.

Sintetiza la situación la conocida carta de Felipe II a Francisco de Garnica, contador mayor de Hacienda, muy calificado, en que se expone el calvario sufrido y los acuerdos tomados antes de decidirse a medidas tan trascendentales, así como el contexto de la Cédula en sus 23 artículos, el clamor levantado por ella y las medidas complementarias para tomar cuentas, llegándose al fin al medio o concierto de 5 de diciembre de 1577.

(8) Canga, obra cit., tomo II, pág. 14. La relación de medios adoptados me parece incompleta e impropia de los vocales de la Junta de Hacienda. Remítome a la Junta celebrada por los mismos señores en 26 de agosto de 1596.

(9) Biblioteca de El Escorial, libro 1-12, fols. 1 a 22.

Junta de Medios de 1596:

Con motivo de la situación precaria de la Hacienda tuvo Felipe II varias reuniones con el presidente del Consejo de Castilla, D. Rodrigo Vázquez de Arce; el de Hacienda, a la sazón D. Francisco de Rojas, y contadores de gran nota, acordándose entre ellos la suspensión de consignaciones que lleva la fecha de 29 de noviembre de 1596 (10), como confirmación del auto dado por los presidentes citados en 13 del mismo mes.

Junta de Arbitrios:

En 27 de enero de 1598, y en aumento siempre las necesidades del Reino, reuníanse en Junta por orden del monarca el presidente del Consejo, el de Indias, el de Hacienda, los señores de este último Consejo y los fiscales Rui Pérez y Ramírez, para que por medio de los arbitrios que se les ocurrieran, vieren —decía el rey— «el modo de salir del aprieto por personas en quien tanto confía», y ni entonces, ni en otras resoluciones suyas de aquel tiempo y del siguiente reinado, acordaron por lo común sino anticipos de los hombres de negocios por vía de asientos, pues los arbitrios de que ya se había tratado eran la mayor parte de ellos a plazos y no servían para el caso. En verdad que pesaba demasiado sobre la Hacienda castellana el estado de los asuntos públicos (11).

Continuación, por la materia de la de 1598, era la que bajo el reinado nuevo se la designó con el mismo título. Desde el 10 de septiembre de 1599 se hacía en Valladolid una Junta de consejeros, que eran los presidentes de Hacienda e Indias; D. Cristóbal de Moura, marqués de Castell Rodrigo, y D. Juan de Borja, conde de Ficallo, del Consejo de Estado; D. Agustín Alvarez de Toledo, del de Indias; D. Juan de Menchaca, contador mayor de Hacienda; el tesorero D. Juan Pascual, y el fiscal del Consejo de Hacienda. Era para ir disponiendo las materias de arbitrios, y principalmente el de la molienda, que se quería volver a él en las Cortes, como se hizo luego; pero que levantó muchas contradicciones, cambiándolo, en su consecuencia, por el de la Sisa del vino, que cubría unos tres millones de ducados al año, a dos maravedís el azumbre, frente a cinco que representaba el desechado, por menos viable, y medio concertado por el reino para el Servicio de los diez y ocho millones de ducados en seis años. De todos los tratados se había ido dando cuenta a S. M. en Medinaceli por una repre-

(10) Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 388. Contadurías generales, legajo 300. La suspensión lo fué por auto de 13 de noviembre de 1596, proveído, previa autorización, por el presidente del Consejo Real, Rodrigo Vázquez de Arce, y el de Hacienda, D. Francisco de Rojas, marqués de Poza, aprobado por Felipe II en Cédula de 29 de noviembre de 1596. El Medio general lleva la fecha, en Madrid, de 29 de noviembre de 1597. Felipe III suspendió también pagos en 1607. Tuvo su Medio y su Junta del Decreto

(11) Archivo de Simancas. Consejos y Juntas de Hacienda, legajo 371. Los presidentes seguían siendo los citados en la nota anterior. Los fiscales, eran personas muy calificadas. Ramírez de Prado es bien conocido; Rui Pérez, fiscal del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda desde 16 de febrero de 1580 en lugar del licenciado Juan de Guardiola, era hombre bien impuesto en su oficio, y siguió en la Fiscalía hasta su promoción al Consejo Real, de fiscal también. Puede proporcionar datos en la materia mi estudio *El Consejo de Hacienda bajo la presidencia del marqués de Poza*, en los párrafos sobre Juntas y arbitrios.

sentación de este organismo, el cual concluía su misión en diciembre, resolviendo los que se habían de proponer al Reino, procurando ganarse, en el interin de la declaración, la voluntad de los diputados (12).

Junta de Arbitrios de 1606:

En la fecha indicada habían sido llamados a San Lorenzo los presidentes del Consejo Real, Ordenes y Hacienda, juntamente con el conde de Villalonga, Alonso Ramírez de Prado y el padre confesor, para tratar del crecimiento del precio de la plata (13), como lo hicieron, o por vía de liga; pero hallaron tantos inconvenientes, que desechó el arbitrio, platicando en sustitución del de la molienda, ya tratado otras veces, sobre cuyo artículo se impondría un real por fanega (14); se esperaba que saliera otro arbitrio de perpetuación de oficios renunciabiles, aun dentro de los veinte días de vida del tenedor, pagando la décima parte del precio de adquisición y la veintena a la venta siguiente (15); se trató asimismo del de la seda de fuera del Reino, subiendo los derechos de introducción y aun otros muchos (16).

Posteriormente siguió tratando la Junta del crecimiento de la plata en liga del 15 por 100, para recoger con éste la que corría de vellón, a cuyo efecto se mandó embargar la de particulares que venía de Indias, trocándola por la moneda nueva; pero se dejó el medio, se restituyó la plata a sus dueños y sólo se trató de remediar el vellón con hacer otra más pequeña con alguna plata y de diferentes precios (17).

Junta de Teólogos y Juristas:

Otra Junta, también de arbitrios, integrada por consejeros de Hacienda y ampliada con teólogos y juristas, trató, en octubre de 1607, del crecimiento de los juros, subiendo los de 14,20 y 30 a 20,25 y 35, respectivamente; pero se dejó también por los inconvenientes de que adolecía el medio (18).

Junta de Medios de 1615:

Fué una derivación de haberse suspendido a los asentistas el pago de sus consignaciones en el año de 1607, y del Medio de 1608. Así como en la segunda quiebra española del tiempo de Felipe II se dió ingreso en la Administración de los efectos a pagar a los que se llamaron diputados del Medio general, concierto con los hombres de negocios, representados los acreedores de la corona por el genovés Héctor Picamiello y otros intere-

(12) Luis Cabrera, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*. Madrid, 1857, págs. 39-41, 52-60 y 66. Las Cortes eran las de Madrid de 1598 a 1601.

(13) Cabrera, obra cit., pág. 287.

(14) Cabrera, obra cit., pág. 290.

(15) Cabrera, obra cit., pág. 290.

En el reinado de los Reyes Católicos se dispuso no se pudiera renunciar oficio si el renunciante no vivía veinte días después de la cesión.

(16) Cabrera, obra cit., pág. 290; y en la 387, 24 de octubre de 1609, que todavía duraba la Junta de Presidentes del Consejo Real, Hacienda y Ordenes, del obispo de Canarias, padre confesor don Hernando Carrillo y dos contadores mayores que entraban en ella. Ello daba la norma de la situación de la Hacienda.

(17) Cabrera, obra cit., pág. 387. En 24 de octubre de 1609.

(18) Cabrera, obra cit., pág. 319. En 27 de octubre de 1607

sados como él, se formó la Junta de referencia con el fin de desempeñar la Hacienda; pero integrada ésta por los mismos acreedores, que sólo trataron de cobrar sus créditos, proponiendo enajenaciones de juros, oficios, aumentos de éstos, jurisdicciones y ventas varias, medios los más fáciles y rápidos, dada la situación apremiante y los conceptos financieros de entonces, así de españoles como de extranjeros. Los procuradores a Cortes, en defensa de sus ciudades y villas, pidieron en el Reino la supresión de la Junta, o cuando menos que se compusiera de naturales; pues como ellos decían en las sesiones de 9 de febrero a 1 de julio de este año, so color del desempeño, los diputados del Medio trataron de acomodar sus asientos, débitos y partidas, haciéndose pago de lo más bien parado e imposibilitando el desempeño; decían también que era contrario a una condición del Servicio de los 17.500.000 ducados, que prohibía dar oficios a extranjeros, cuanto menos los de Hacienda, «y no parece haya cosa tan contraria a derecho y buena razón como ser uno juez en su causa; y siendo los genoveses los más interesados en la Hacienda de S. M., no es justo que por ningún camino tengan su administración, fuera de que se ofende mucho la reputación de los grandes ministros de S. M. y de todos sus reinos y vasallos, buscando consejo para lo referido de nación extranjera y mayormente de quien con su trato y negociación ha sacado tanto oro y plata y la mayor parte de la riqueza de estos reinos» (19).

Junta para arbitrar 300.000 reales:

En 26 de noviembre de 1656 se creaba una Junta para arbitrar al efecto 300.000 reales (20).

Junta de Medios de 1657:

Del tiempo de Felipe IV es la Junta creada el 7 de julio de 1657 para elegir medios generales en interés de la monarquía, que tuvo subsistencia hasta los confines del reinado, sin perjuicio de otra del mismo nombre, con vida en 1653 (25 de octubre), a quien se preguntaba de orden del rey, para que se enviaran los datos al presidente del Consejo de Hacienda, lo que se hubiere beneficiado del Donativo y otros efectos a la fecha de la pregunta (21).

En 6 de julio de 1659 se erigía una Junta para que entendiese en el Medio de beneficiar algunos efectos (22).

Junta de Medios de 1662:

La Cédula de 14 de agosto de 1662 de asuntos de Hacienda nos da cuenta de la reforma de una Junta llevando sus negocios, sin duda por

(19) Canga, obra cit., tomo II, pág. 15. Archivo de Simancas. Dirección general del Tesoro. Inventario, 24, legajos 1 al 19. Contadurías generales. Contaduría de la Razón, legajo de asientos y factorías y de Diputación del Medio general y Contaduría de Relaciones. Hombres de Negocios. *Colección de Cortes de Castilla*, tomo 28, págs. 537 a 554. Cortes de Madrid de 1615, de 9 de febrero a 1 de julio.

(20) *Colección Molero*, tomo XVI.

(21) *Colección Molero*, tomos XVI y V.

(22) *Colección Molero*, tomo XV.

excepción, al Consejo de Hacienda, en cuyo seno se formó otra de Medios por los ministros que señala (23).

Junta de enero de 1686:

En enero de 1686, ante el apremio de las circunstancias, se celebraba en palacio una Junta magna para remediar los males de la monarquía, repitiéndose la sesión; pero aunque se trató de aliviar al Reino quitándole cinco millones de impuestos, reducir los tribunales y prometerse que ni la reina madre ni la esposa del rey intervendrían para contrarrestar los acuerdos de la Junta, es lo cierto que ocurrieron dificultades para ponerlos en práctica, y la irresolución del rey era parte para que la nueva planta de Consejos y Chancillerías no se amoldare a la de 1621. concluyendo por suspenderse las reformas de Consejos y Secretarías y dilatarse después.

La Junta se componía del cardenal de Toledo, presidente de Castilla, el de Italia, el de Hacienda (el de Indias no pudo ir, aunque fué llamado), el almirante y condestable y D. Manuel de Lira de secretario; el martes hubo otra sesión, a la que asistió el presidente de Indias, marqués de los Vélez; la reforma había de comprender a muchos y tendría detractores; en la de 13 de febrero se trató de aliviar de tributos a los pueblos desde el año 1656 hasta la fecha. Mientras tanto, Carlos II, el día del Consejo Grande, se fué a ver y contar las fieras del Retiro (24).

Junta de Medios de 1687:

Declararon en ella los concurrentes que no había medio alguno extraordinario de que disponer, que todo estaba acabado; se hizo referencia al gran número de contribuciones y arbitrios puestos desde 1631, y a la miseria y despoblación que se había adueñado de Castilla. Acordaron que las rentas generales se mantuvieran reducidas a un solo arrendamiento; señalamiento a los juristas del importe líquido de su haber; prorratio entre las provincias y reinos de España de la manutención de la escuadra; supresión de los millones; que se pusieran en administración alcabalas, tercias y cuatro medios por ciento, aplicándolos a juros; que el remanente del pago de éstos, inválidos, viudedades y mercedes de palacio se aplicara a los hombres de negocios, y al pago de gastos los rendimientos de las rentas arrendables, los de las generales, la plata de Indias y el producto de la Bula, dejando el subsidio y excusado para las Galeras. Acordóse también que, siendo importante la obra, se nombrara otra Junta de Ministros para nuevas consultas (25).

(23) Archivo de Simancas. Contadurías generales, legajo 312. De estas Juntas tenemos poca documentación, y ésta sobre reglas varias de administración financiera. Acaso fuera a la que se refiere la consulta de la Junta de Medios y del conde de Castriello.

(24) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo 79, págs. 339, 345 y 349. Cartas del duque de Montalto a D. Pedro Ronquillo, embajador en Inglaterra en 1686.

(25) Canga, obra cit., tomo II, pág. 15. La constituyeron el gobernador del Consejo, el presidente del Consejo de Hacienda, el superintendente general, el confesor del rey, fray Pedro de Mantilla y cuatro consejeros encargados de examinar el presupuesto, que eran D. Gil de Castejón, don José Soto, D. Francisco del Baus y D. Ignacio Bautista de Rivas. Esta es la Junta a que se refiere la Memoria presentada a Carlos II por el marqués de los Vélez en 10 de mayo de 1687.

Junta de Estado para proponer arbitrios en 1688:

Esta Junta la presidió el rey. Se trató de la reforma de sueldos, mercedes y plazas de Consejos y Secretarías; que no se mudasen las fincas o rentas a los juristas (26); evitar la saca de moneda; rebajar a la mitad el rédito de los censos de particulares, aplicándolo al Erario; aumentar el porte de las cartas del correo; contribución sobre coches de rúa y caminos; ajuste de cuentas con administradores y hombres de negocios; extender a los eclesiásticos el pago de alcabalas y de cientos; supresión de sueldos dobles; suspensión de futuras encomiendas de órdenes militares; aplicación de rentas y pensiones eclesiásticas a los gastos de la real capilla; rebaja de intereses y capitales a negociantes con el Erario, graduándolos por las ganancias; disminuir el número de empleados de la Hacienda, que llegaban a 40.000 con estar arrendadas las rentas, y reducir todos los tributos a uno solo, no por capitación, sino por fuegos (27).

Junta de Consejeros, a propuesta del almirante, para arbitrar remedios en beneficio de la Hacienda (28):

En la Junta había falta de medios para las urgencias presentes porque no se los quería buscar, encaminándolo ello a la oposición al conde de Oropesa; se preguntó al almirante, por medio de D. Manuel de Lira y por orden del rey, cuáles eran los medios que discurría para esas urgencias, respondiendo el interesado que no era arbitrista, pero que S. M. nombrase cuatro ministros de Estado en Junta particular y se consultaría todo ello. Habían de ser, según él, el condestable, el marqués de los Vélez, el de los Balbeses y el de Mancera, siéndole indiferente que asistiera o no el conde de Oropesa. En la Junta magna celebrada días después, el Almirante presentó un escrito largo sobre la materia, entendiéndose que los medios que proponía habían de lastimar a muchos y eran más los interesados y poco el fruto de la reforma pasada, en la que hubo más confusión que alivio, para creer en la presente. Criticábase que no sería pequeño milagro si el rey asistiera a dos Consejos seguidos cada semana; porque aborrecía cualquier aplicación y a la persona que se la proponía. La Compañía del Comercio de Indias, que había sido propuesta hacía dos años, falló porque anularía el Consejo de ellas y todos sus dependientes; como decía algún cortesano independiente: «Las Indias son nuestra perdición más que nuestro remedio.»

Junta de Medios celebrada ante S. M. en el Rubí el año 1688:

Proponían que se perdonara a los pueblos la mitad de la renta de

(26) Propuesta sólo del duque de Alba.

(27) Canga, obra cit., tomo II, pág. 16. Constituyeron esta Junta el presidente del Consejo, los duques de Alba y de Osuna, el marqués de Mancera, el condestable y superintendente general de Hacienda. Con esta Junta guardan relación la Memoria o voto presentado a Carlos II por el conde de Oropesa en 27 de enero de 1688 y el parecer del Consejo de Castilla erigido en Junta del mismo año.

(28) *Colección de documentos inéditos*, tomo 79, pág. 469. Madrid, 30 de diciembre de 1688. Cartas del duque de Montalto a D. Pedro Ronquillo, embajador en Inglaterra.

millones y no se variaran las hipotecas afectas a pago de los juros; arreglo de la cuenta y razón de las rentas de Milán, Nápoles, Sicilia y Flandes, trayendo parte de sus productos a España, sin dejar su distribución al arbitrio de los gobernadores; que se creciera la moneda, pues con cuatro millones de ducados que podían circular en Castilla, no era posible pagar 800.000 a que ascendieran los pagos de la Corona; que se reformaran gastos en el palacio y empleados y mercedes; bajar a la mitad los sueldos de los virreyes; cometer a los corregidores la recaudación de las rentas, y reformar la planta del Consejo de Hacienda (29).

Junta de Estado y Medios en 16 de enero de 1689:

Propuso, con el fin de defender nuestras fronteras de los franceses, el Servicio pecuniario del Consorcio de Sevilla y donativos de los Consejos (30).

Junta de Estado y Medios de 24 de enero de 1689:

Arrendamiento de la renta de lanas que estaba libre de empeños; resello de pesas, medidas y varas, llevando los derechos ordinarios; venta de veinticuatro cartas de naturaleza a extranjeros de los avecindados y arraigados en Cádiz, el Puerto de Santa María, Málaga, Sevilla y Alicante, con facultad de comerciar en las Indias; supresión del pago de gajes, propinas y luminarias a ministros (31).

Junta de Arbitrios de 7 de febrero de 1689, celebrada con S. M., con los mismos vocales que la de Rubí, en la cual propusieron: medio por ciento de los fondos señalados al Consejo de Hacienda, que valdría 1.800.000 reales, así como a los demás Consejos, y aplicar a Tesorería el importe de un año de los sueldos de los empleados civiles (32).

Junta de Arbitrios, presidida por S. M., de 23 de enero de 1690:

Proposición: Aumento del valor de la moneda, venta de lugares al contado y aplicación a Tesorería de 4.400.000 reales, importe total de las partidas parciales de propinas dobles, extensión de la plata de los Consejos, 1 por 100 del 2 por 100 que sacaba la Hacienda de las rentas y gastos de administración (33).

Junta de medios para sostener guerra contra Francia en 1693:

Supresión de sueldos de sargentos mayores; supresión de tenencias y

(29) Canga, obra cit., pág. 17. Se componía del conde de Oropesa, marqueses de Mancera, Balbes y los Vélez, el condestable y el almirante, para examinar un papel de arbitrios de éste, con cuyo dictamen se conformaron.

Omitimos las propuestas del Consejo de Castilla, el de Hacienda y el de Indias sobre arbitrios, también en el mismo año, aunque se les consultara como Juntas de Medios, porque no eran tales Juntas y caen por las razones conocidas fuera de nuestro estudio.

(30) Canga, obra cit., tomo II, pág. 18. Se compuso de los mismos individuos de la celebrada en Rubí el año 1688.

(31) Canga, obra cit., tomo II, pág. 18. La constituían: Presidente del Consejo, marqués de los Balbes, marqués de Mancera, almirante, condestable y duque de Osuna.

(32) Canga, obra cit., tomo II, pág. 18.

(33) Canga, obra cit., tomo II, pág. 18. La componían: Marqués de los Vélez, condestable, duque de Osuna, cardenal, marqués de Mancera y almirante. La Memoria presentada a Carlos II por el marqués de los Vélez en 6 de enero de 1690 está ligada con ésta.

alcaldías; rebaja de un tercio de los sueldos de los militares que no servían y de los consejeros de Guerra; en la misma proporción de los sueldos de la Casa Real y consejeros; suspensión de mercedes durante un año; donativo forzoso sobre todas las clases, y otro sobre comendadores; activar la reversión a la corona de las alcabalas y demás fincas enajenadas; préstamos a los acaudalados al 4 por 100; aplicación al Erario del tercio de las sisas de Madrid y las demás ciudades; acuñación de la plata de la Casa Real; obligar a los particulares a presentar su plata labrada, acuñando la tercera parte y quedándose el rey con el 10 por 100 de señoriaje; acuñación de la plata de las iglesias que designaran los prelados; toma de una annata de la regalía de aposento; suspensión de encomiendas de Indias; economía en los gastos de la Casa Real, y que la reina empeñara sus alhajas (34).

Junta de Medios en 1737:

Cobro de los atrasos de rentas, importante 31.378.220 reales; suspensión de pagos de créditos atrasados; que no se concedieran pensiones, reforma de los gastos de todas clases; redención de la regalía de aposento de Madrid; pagos en Tesorería, quitando las consignaciones sobre rentas particulares; suspensión de plazas supernumerarias y futuras; que nadie disfrutara dos pensiones; cese de sueldo a todo español que residiera en el extranjero; reforma de anticipaciones a hombres de negocios, y suspensión de pagos de toda deuda anterior a 1736 (35).

Junta de Medios de 1740:

Propuso como arbitrios para enriquecer al Erario: Anticipo de seis mesadas a los arrendadores de rentas que siguieran por otro cuatrienio, pero en el mismo precio; arrendamiento de la renta del tabaco; solicitar de la Compañía de Guipúzcoa un préstamo de siete millones y medio de reales, a reintegrar por los derechos que ésta fuere adeudando; arrendamiento de la renta de aduana a D. Juan Giraldehi (36).

Junta de Medios en 1779:

Donativos gratuitos en Indias a los hacendados y Corporaciones mercantiles y de artesanos; establecimientos de loterías en las ciudades principales de Indias; un fondo de rentas vitalicias en América; contribuciones en nuestras colonias americanas de las que parecieran a los virreyes, así como ventas en aquellos países de títulos de Castilla, empleos y hábitos; concesiones de encomiendas de indios en los lugares que fueran bravos;

(34) Canga, obra cit., tomo II, pág. 19. La Junta esta se componía del presidente del Consejo Real, gobernador del de Hacienda, tres consejeros de Castilla, uno de Hacienda, el padre confesor de S. M., el cura de San Justo, un padre jesuita y el padre Cornejo de San Francisco.

(35) Canga, obra cit., tomo II, pág. 19. Se constituyó la Junta con el gobernador del Consejo, el secretario del despacho de Hacienda, que lo era el marqués de Torrenueva, el de la Guerra, duque de Montemar; un consejero de Castilla, D. José Ventura Güell; uno de Hacienda, D. José Gaspar de Segovia; el secretario de Millones, D. Casimiro Uztáriz; El contador de Valores, D. Antonio López Salces, y el superintendente general de Juros, D. Alejandro de la Vega. En la misma Junta a que se refiere la memoria presentada a Felipe V en 15 de julio de 1737 y que la completa. Archivo de Simancas. Secretaría de Hacienda, legajos 396 al 399, años 1738 a 41.

(36) Canga, obra cit., tomo II, pág. 20. Y en 1731 se comenzó la administración de tabacos por la Hacienda y se habían declarado lesivos los arrendamientos.

aumento de la tercera parte de las rentas provinciales en Castilla y Aragón y en los derechos de aguardientes y licores (37).

Junta de Medios en 29 de junio de 1779:

Medios propuestos: Traer de Cádiz la cantidad que cita; constituir un fondo vitalicio por la suma expresada; tomar dinero del de los Santos Lugares a reintegrarlo, y con igual condición otra cantidad que consigna del fondo de bienes de difuntos y lo mismo de los consulados; préstamos sobre los cinco gremios al de Madrid, al tres y medio por 100. Totalizadas las cifras alcanzarían 63 millones de reales. Fuera del cómputo quedaba lo que pudieran granjear del fondo de Correos (38).

Junta de Medios en 22 de julio de 1781:

Se propuso por ésta un préstamo de 48 millones al 6 por 100, reintegrable al plazo de seis meses; cien millones en el extranjero, al 5 y 1 por 100 de comisión; aplicación al Tesoro de las prebendas de beneficios no curados que vacasen; establecimiento de un 8 por 100 sobre las rentas de los conventos monacales; 2 por 100 sobre el caudal de reducciones de juro, y préstamo de 120 millones de reales (39).

Junta suprema de Estado:

Por real decreto de 8 de julio de 1787 se crea la Junta suprema de Estado, a semejanza de la que por órdenes verbales del rey se celebraba entonces, compuesta de todos los secretarios de Estado y del Despacho Universal, a la que concurrirían en los casos de gravedad que ocurrieren los demás ministros del Consejo de Estado que para él se nombrasen o los de otros Consejos, o también los generales y personas instruidas y celosas que se creyesen útiles o necesarias.

Esta Junta sería ordinaria y perpetua, con sesiones semanales en la Secretaría de Estado, sin etiqueta alguna ni precedencias.

Trataría de todos los negocios de carácter general en los recursos de las siete Secretarías de Estado y del Despacho Universal, «ya sea cuando se formen o introduzcan nuevos establecimientos, leyes o ideas de gobierno, ya cuando se reformen, muden o alteren en todo o en parte las antiguas».

Lista de negocios pendientes, competencias, libro reservado de acuerdo, relaciones exteriores, tratados, régimen, gobierno y distribución de los tribunales de Justicia, reforma de abusos, mejoría de costumbres y fácil comprensión y ejecución de las leyes, ramos de guerra y marina, Indias, pagos de las deudas de la Corona, ingresos y gastos, propuestas de mando y desarrollo del comercio.

Esta Junta duró hasta el 28 de febrero de 1792, en que por real decre-

(37) Canga, obra cit., tomo II, págs. 20 y 21. Fueron vocales el secretario del Despacho de Hacienda, el gobernador del Consejo D. Pedro Rodríguez de Campomanes, D. José Moñino, el abate Pico, D. Andrés Barcia, cinco diputados del reino y el procurador general de éste.

(38) Canga, obra cit., pág. 21. Componían la Junta el secretario de Estado, conde de Florida-blanca, D. José Gálvez y D. Miguel de Márquez.

(39) Canga, obra cit., tomo II, pág. 21. Fueron vocales el gobernador del Consejo, el conde de Campomanes y el tesorero general, marqués de Zambrano. La Memoria presentada a Carlos III en 1781 explica la propuesta y rebate algunas proposiciones.

to, fechado en ese día en Aranjuez, vino en restablecer el rey el ejercicio del Consejo de Estado de que se consideró presidente, cesando consecutivamente en sus funciones la Junta de que hemos hecho mérito, con vida desde el 8 de julio de 1787, según va referido (40).

Junta de Medios en junio de 1794:

Venta de bienes raíces de fundaciones establecidas para redención de cautivos y socorro de peregrinos; enajenaciones de las fincas de la corona que no utilizan los monarcas; de parte de los maestrazgos; parte de las encomiendas de las Ordenes militares; aplicación al Erario del importe de las vacantes de las prebendas y beneficios eclesiásticos no curados; sacar un 25 por 100 del fondo de espolios y vacantes; cantidad alzada y por una vez a los Consulados de España e Indias; creación de vales por 60 millones de pesos, subsidio anual de 36 millones de reales sobre el clero; aumento del precio de la sal; recargar derechos a las importaciones extranjeras suntuarias; abrir un fondo vitalicio con alicientes a los caudales; aumento de las medias annatas de las piezas eclesiásticas; un 4 por 100 sobre herencias y legados de sangre y un 6 sobre los de las personas extrañas; contribución de criados y de coches; aumentar la limosna en la bula de indulgencias, y supresión de los sueldos que gozaban por sus destinos políticos los eclesiásticos que disfrutaban prebendas (41).

Junta de Medios en 4 de mayo de 1798:

Propuso: Donativo gracioso; servicio extraordinario durante dos anualidades de un 10 por 100 sobre toda clase de rentas de trabajo o de industrias, así de Indias como de España, exceptuando al labrador, artesano o jornalero; reformas en la Casa Real; venida de caudales de América en barcos veleros; negociaciones de Tesorería sobre las cajas de Indias, enajenación de bienes de la corona, venta de encomiendas y de bienes de Comunidades, aplicación a Tesorería de los frutos de los curatos vacantes y extensión del uso del papel sellado a las letras de cambio y documentos de comercio (42).

IV.—A los organismos titulados Juntas de Hacienda corresponden las siguientes, de que vamos a hacer mérito

Junta de Hacienda:

Continuación de la del mismo nombre, creada en el último decenio de la vida de Felipe II, era, con otros asuntos de la misma índole, la encarga-

(40) Archivo Histórico Nacional. Consejos, libros 1.494 $\frac{1}{4}$ y 1.382.

(41) Canga, obra cit., pág. 21. La constituían el marqués de las Hormazas, el conde de la Cañada, el marqués de Irandas y D. José Díez Robles.

(42) Canga, obra cit., tomo II, pág. 22. Fueron de ella el marqués de Irandas, el conde de Cabarrús, D. Felipe Canga Argüelles, Miguel Cayetano Soler, el tesorero general, D. Manuel Sixto Espinosa, por el Banco Nacional, un director de Filipinas y otro de los cinco gremios mayores de Madrid. *Memorias sobre el estado actual de la Hacienda*, por D. Pedro Varela, de 1793 a 1796, continuador de la gestión del marqués de las Hormazas.

da de intervenir en los asientos que se hacían con los hombres de negocios (43), nombrándose, al efecto, nuevos ministros en lugar del presidente del Consejo de Hacienda marqués de Poza, licenciado Alonso Ramírez de Prado y Juan Pascual (44) entre otros, dejándoles fuera de ella por su des crédito y designando en su lugar a D. Juan de Borja, al padre confesor fray Gaspar de Córdoba (45), al contador Domingo de Zabala, al fiscal Juan Alonso Suárez y secretarios D. Pedro Franqueza y Peñarrieta, los cuales comunicaban con D. Juan de Zúñiga, presidente del Consejo, conde de Miranda, las resoluciones tomadas, para lo cual se hacía Junta en palacio, por sí y en aposento diferente del que se solía. Corría toda la materia de Hacienda, cobros, pagos, libramientos, resolución de asientos, por el padre confesor del rey, «quitados los Consejos ordinarios», causa de los grandes excesos y descuidos habidos en los ministros, de gran consideración en asientos y provechos particulares (46).

Renovación más bien que creación nueva de la anterior, aunque singular para los asientos, plaga de aquel régimen, fué, a mi juicio, la a que se refiere la Cédula de 5 de mayo de 1603, que la encomendaba todos los negocios de Hacienda (47).

La Junta de Hacienda, nueva o grande, establecida en diciembre de 1606:

Se creó para tratar del desempeño de S. M. y de otros negocios de esta materia, teniendo ella supremacía sobre los demás Consejos que había de Hacienda, entendiéndose que desharían el de Contadores mayores. La primera Junta tuvo lugar el día de Nuestra Señora de la O. Entraban en ella: duque de Lerma, conde de Miranda, presidente de Hacienda, licenciado Ramírez de Prado, conde de Villalonga, contador y Peñarrieta, marqués de las Navas, fiscal de Hacienda y secretario Pedro de Contreras.

(43) Los asientos de que se había de huir en cuanto se pudiera, conforme a las Ordenanzas de El Pardo de 20 de octubre de 1593, era misión tratar de ellos el Consejo de Hacienda por importantes y delicados. La limitación con esta materia para el Consejo implicaba derogación del precepto y falta de garantía.

(44) Cabrera, obra cit., pág. 236. En febrero de 1605 murió Juan Pascual. Había sido arrendador de Rentas Reales, asentista, tesorero general, quebrado con un pasivo contra la Hacienda de 16 millones de ducados, embargándosele lo que se le halló, aunque dijera en su testamento que tenía ajustadas sus cuentas y se le debían 500.000 ducados, afirmaciones corrientes en los hombres de negocios, frecuentes como sus quiebras.

(45) Cabrera, obra cit., págs. 117, 193 y 234. El padre confesor era el que todo lo decidía en asuntos de Hacienda; él y Ramírez de Prado llevaban el peso de las materias financieras. Murió fray Gaspar en 2 de junio de 1604. Le sustituyó interinamente como confesor el dominico fray Diego de Mardones, en propiedad por Cédula de fines de diciembre de 1605, y en octubre de ese año le hicieron de la Junta de Hacienda, con las mismas facultades que su antecesor.

(46) Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 409. Por la consulta de 15 de enero de 1601, en pro de la organización, el Consejo consultaba que los despachos de la Junta se señalaran por ella y no por el Consejo, pues no están enterados de ellas, y sin embargo fué decretado: «Que no se meta en esto, pues no le cumple.»

(47) *Colección Molero*, tomo III.

Creo, a pesar de la contradanza de estos organismos, que ésta es la misma Junta que vemos actuar posteriormente en sus consultas hasta los meses de febrero y marzo de 1620, de la cual vimos documentación.

Ella trató de las reформaciones de trajes y de otras cosas en beneficio del reino para excusar excesos y gastos (48).

El año de 1630 se reformaron varias Juntas para el arreglo de la Hacienda, conforme a disposiciones de 20 de enero y 31 de marzo, lo que no era obstáculo a que en 1652 se creara otra Junta de Hacienda con el mismo fin que tantas otras, acaso influida la creación por el memorial del conde duque a Felipe IV, fechado en El Pardo a 3 de febrero del último año citado (49).

La Junta para los negocios de Hacienda de Portugal, creada por Cédula fechada en Valladolid el 20 de octubre de 1601, señala la gran limitación de facultades del Consejo de Hacienda y de las Contadurías mayores de Hacienda y Cuentas; estuvo formada por cinco ministros y un secretario, que lo fueron, al tiempo de estatuirlo, por el presidente del Consejo citado, marqués de Poza; el padre confesor Fray Gaspar de Córdoba, del Consejo de Estado; Pedro Alvarez Pereira, del Consejo de Portugal; Juan Pascual, Alonso Ramírez de Prado y secretario Pedro Franqueza.

Carecía de jurisdicción en un principio, y Felipe III se la concedió, como rey de Castilla, para mejor ejecutar las órdenes en los asuntos que en este reino se trataran, pudiendo desde entonces avocar deudores, compeler a dar cuentas, prender personas y bienes, inhibiendo a toda clase de tribunales, justicias y Consejos, y derogando disposiciones que se opusieran a la institución (50).

5.—A derechos varios de rentas e ingresos de la Corona, administración de ellos y cuentas de unas y otros, corresponden las Juntas respectivas, tales como éstas:

La Junta de vestir la Casa Real, con facultades de adquisición, organización y ornato:

Abraza desde 1540 a 1668, en cuya última fecha fué agregada al Consejo de Hacienda, según reza la cédula de 27 de agosto del año de 1668, cometiéndole el conocimiento de todos los negocios en que entendía aquélla (51).

(48) Cabrera, *Relaciones*, págs. 295 y 322. *Colección Molero*, tomo III.

(49) *Colección Molero*, tomo IV. Canga, obra cit., tomo II, pág. 97.

(50) Archivo de Simancas. Quitaciones de Corte. Alonso Ramírez de Prado, por entonces en gran predicamento, hombre de nota, había sido fiscal de Hacienda desde el 2 de abril de 1590 al 13 de octubre de 1599, y estaba versado en los asuntos de Portugal, consejero de Hacienda y titular de otros cargos. Pedro Alvarez Pereira tenía el cargo del despacho de los asuntos de aquel reino y secretario del mismo. Pedro Franqueza era secretario de Estado y del Consejo de Inquisición. Juan Pascual era del Consejo de Hacienda. Había sido arrendatario de la renta de la sal y de su asiento, hombre de negocios, merecedor de serlo. Archivo de Simancas. Cédulas de Hacienda, libro 89. Esta señalada de los que formaban el organismo.

(51) Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajos 1.707, 1.754, 1.769, 1.770; 1.773, 1.781, 1.785, 1.788, 1.790 y 1.820; años de 1540, 1634, 1636 a 39, 1636 a 40, 1636 a 44, 1637 a 43, 1635 a 38, 1639 a 44 y 1640 a 42. Copias de la *Colección Molero*, tomos V y VI.

Junta de Obras y Bosques:

Se creó por Carlos I en 1545 para la administración de cazaderos y palacios, y la otorgó muchas atribuciones Felipe II; era como el Consejo Supremo de la Real Casa y Patrimonio, con mezcla de atribuciones gubernativas y judiciales, como las había en todas las instituciones de esta clase bajo el régimen de nuestra antigua monarquía. Fué su cometido cuanto se relacionaba con las propiedades de la Casa Real, desenvolvimiento de ella y cualquier otro acto de dominio y administración, tales como causas de los sitios reales, aplicación de condenaciones, veda general de caza y pesca y otros conexos. En reali ad tenía toda la potestad y jurisdicción cuanto a sus asuntos privativos, de los que entendía en la organización general el Consejo Real, el de la Cámara de Castilla, Patronato, Consejos de la Guerra y de Hacienda, Sala de Alcaldes de Casa y Corte y Chancillerías. La Cédula dada en 15 de julio de 1599, en Villafranca del Panadés, hizo depender de ella todos los asuntos. La integraron el presidente del Consejo de Hacienda, marqués de Poza; el contador mayor, Juan de Menchaca; Juan Pascual, tesorero general; Alonso Ramírez de Prado, fiscal de la Contaduría mayor, y secretario Juan de Ibarra. Dependía del Consejo de Hacienda. La Cédula para reunirse había de estar refrendada por el presidente, previas señales de los consejeros del organismo, trámite que desaparece en el curso del reinado de Felipe III. La autoridad de los secretarios de despacho limitan sus funciones y merman su poderío. Por Cédula de 1768 fué suprimido el tribunal de esta Junta y nombrado juez el decano de la Sala de Alcaldes. Gozaron sus miembros de gajes y emolumentos varios (52).

Junta de Población del Reino de Granada:

Después del levantamiento morisco en la Navidad de 1568, y extrañados los insurrectos de sus hogares, fué el organismo encargado por su creación de repoblar sierras y marismas, acudiendo, al efecto, a la división de tierras, arrendamientos, aperos, anticipos, tributos y otros asuntos de la misma índole, entidad que, excediéndose en sus funciones, con miras fiscales y tacto escaso, unido a las obligaciones mancomunadas para el pago entre todos los vecinos de un concejo y las impuestas a éstos de tener completo el número de colonos; responsabilidades en descuido y atraso de labranzas, con la discontinuidad en las visitas, ocasionaron la despoblación. A fin de ejecutar la Cédula dada en Aranjuez el 28 de febrero de 1571, para la expulsión y ocupación de bienes de moriscos en las sierras

(52) Gil González de Avila, *Grandezas de Madrid*. Núñez de Castro, *Sólo Madrid es Corte*. Fernando Cos Gayón, *Historia jurídica del Patrimonio Real*. Madrid, 1881. Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajos 366 y 396. Tribunal Mayor de Cuentas, cuarta época. Las cuentas de la Contaduría de la Razón de Obras y Bosques abrazan desde el año 1592. Legajos 1.490 a 1694. Archivo de Simancas. Quitaciones de Corte. A Obras y Bosques pertenecieron también la cámara, casa, caballeriza, priorato, abadías y pensiones que gozó el segundo D. Juan de Austria, de 1645 a 1686, legajo 137. Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes, 1768, fols. 579 a 591.

y marismas del reino de Granada, se formaron Juntas de diferentes ministros, una en Madrid y otra en la capitalidad de aquel reino, para que ejecutasen el acuerdo de la primera, y se dió a la de Granada el título de Consejo o Junta de población. Para el efecto del cometido se dictó la instrucción de 27 de agosto de 1573, comprensiva de 37 cláusulas, completándose lo legislado en sus puntos capitales por la Cédula de 5 de septiembre de 1578 y un reglamento, seguido de otro, que lleva la fecha de 1595 (53).

Junta de Millones:

El tributo de Millones, tan funesto para la economía castellana, tuvo también su Junta de tal nombre, emolumentos y honores y aun ayuda de costas a los vocales de ella, si bien no se le podía librar cantidad alguna sin consulta y resolución de S. M., conforme a lo dispuesto en 30 de marzo de 1649. En tal Junta estaba representado el Reino por dos procuradores comisarios, que turnaban de seis en seis meses en la administración del servicio, conforme a lo acordado por el Reino en las Cortes de Madrid de 1607-11; a pesar de representar los procuradores la defensa del servicio y del país; la pugna entre las ciudades con voto, por cuestión de precedencia de lugar, daba motivo a la detención de los asuntos, aunque los instaban las partes, por no reunirse el organismo (54).

También había Junta de carácter tan concreto como para un asunto determinado: tal como la formada para que informase sobre ciertas mercedes hechas a Octavio Centurión; su fecha era la de 29 de noviembre de 1620. Si la Junta de Gobierno y Mercedes, creada por Felipe II, se hubiera restablecido en la época de Felipe III, como se acordó en principio, a ella perteneciera este asunto (55).

Junta de la Regalía de aposentamiento de corte:

El origen del aposentamiento de corte como tributo se remonta al año 581 de Roma; se practicaba con frecuencia por caridad, política o mutua correspondencia; se determinaba lo que podía pedir el huésped, las exacciones, la proporcionalidad en el derecho y el orden en las jerarquías. Las disposiciones romanas rigieron en Castilla desde Fernando I, en cuyo palacio había aposentador privativo, y para los demás los llamados de camino. Alfonso XI creó la Junta llamada de Aposento en 1341, constituyéndola el aposentador mayor y aposentadores del libro y corte, y otros; pero es lo cierto que no se halló la justificación en Simancas cuando en 1580 se buscó el origen de esta Junta por orden de Felipe II.

(53) Francisco Gallardo Fernández, *Rentas de la Corona*, tomo III, págs. 267 a 282. Juan Sempere y Guarinos, *Memorias sobre la renta de población del Reino de Granada*. Granada, 1799. Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajos 340 y 371. Desde la visita de Arévalo de Zuazo en 1578 no hubo ninguna otra hasta la de Jorge Baeza Haro y Diego de Mendoza en 1593. Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 1.854, año 1660. Antecedentes sobre las Juntas de Población del Reino de Granada.

(54) Copias de la *Colección Molero. Colección de Cortes Castellanas. Cortes de Madrid de 1607 a 11*, tomo XXXIV, pág. 461, pág. 483. Sesión de 29 de agosto de 1608. *Colección de Cédulas reales*, del autor, tomo 666 t. *Colección de Cortes de Castilla. Cortes de Madrid, 1617 a 1620* tomo XXIII, págs. 264 y 281. Sesiones de 24 y 29 de mayo de 1619.

(55) Copias de la *Colección Molero*, tomo XIV.

Las ordenanzas de Felipe IV, de 1621, son las capitales en la materia; tiene la Junta jurisdicción privativa en su cometido, con inhibición de todo tribunal, y se cumple lo ordenado; pero se apela a la Sala de Justicia del Consejo de Castilla.

Compone la Junta el aposentador mayor, de carácter vitalicio; aposentadores del libro y corte, que preceden a los regidores de Madrid en el reconocimiento de casas para tasa de alquileres; un aposentador y un regidor en virtud del contrato de 1606, cuando volvió la corte de Valladolid; un fiscal, un secretario, dos contadores, un relator, un agente fiscal, un alguacil, un escribano y un maestro de obras. S. M. tenía la mitad de las casas de cómoda división; en las otras, no divisibles, el dueño contribuía a la regalía con la tercera parte del tributo de la media annata; las visitas a la villa se hacían de seis en seis años. El número de aposentadores sería de cinco, se aposentaba por antigüedades y se consignaban las prohibiciones; había una larga lista de las personas que se habían de aposentar por casas o por dinero.

Las Juntas se celebraban en casa del aposentador mayor, y sus ordinarias eran de tres días semanales, durando dos horas cada una de las sesiones (56).

Junta de Reformación del Consejo de Hacienda y Tribunales de oidores y de oficiales de Libro, agregados y consumidos, que dieron las ordenanzas oportunas:

Se creó la Junta como consecuencia de la visita que el licenciado Melchor de Molina estaba efectuando a los organismos de Hacienda, y del informe de que no se esperase al de ella, sino que se pusiese remedio al desbarajuste administrativo, comunicándolo al efecto a ministros inteligentes. Para la efectividad del propósito entraron en la Junta el doctor D. Juan Rojo y Campofrío, presidente del Consejo de Hacienda y sus Tribunales; D. Melchor de Molina, ya nombrado, y los licenciados D. Juan de Chaves y Mendoza y D. Francisco de Tejada y Garci-Pérez de Ariciel, del Consejo, y que en ella se viera y consultara al rey lo que pareciera razón, haciéndolo así al acompañar las Ordenanzas, comprensivas de treinta y ocho capítulos. La fecha de la institución es la de Madrid, a doce de noviembre de 1621 (57).

Junta de Media annata:

Con motivo de los grandes empeños en que se hallaba la Hacienda en 1631, la Corona se valió de ciertos medios para ocurrir a la necesidad sentida, y fué uno de ellos el derecho de media annata en todos los reinos y estados de S. M., consistiendo en la mitad de la renta del primer año de todo oficio o merced que no fuesen de eclesiásticos, disposición de 22 de

(56) José Bermúdez. Regalía del aposentamiento de Corte, 1738. Copias de la *Colección Molero*, tomo XV. Canga, obra cit., tomo I, pág. 81. Archivo Histórico Nacional. Consejos de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, año 1583, fols. 62 a 86; año 1585, fol. 137; año 1644, fols. 334 a 336, y año 1715, fols. 144 y 145.

(57) Archivo de Simancas. Contaduría del Suelo, segunda serie, legajo 2.

mayo de 1631, en que se insertaban reglas múltiples de exacción, y se creaba la Junta citada, que se limitaba a cuanto se refería a la organización y cobro del tributo, a cuyo efecto se publicó el oportuno reglamento y otra disposición de reforma con fecha 7 de marzo de 1632.

La administración de este derecho corrió en Sala particular del Consejo de Hacienda, que se compuso de presidente y cuatro consejeros, desde 28 de marzo de 1643, en cuya data se reformó la Junta que lo administraba, agregándola al Consejo. A las reglas dadas desde 1631 en años sucesivos, unas vigentes y otras derogadas, sustituyeron las dispuestas en el Buen Retiro a 3 de julio de 1664, respetando la organización de 1643, hasta lo mandado por la Cédula dada en Madrid a 16 de febrero de 1696, encomendando al Consejo de Hacienda la administración y cobranza del tributo, con vigencia de reforma, salvo las singularidades que establece, desde 1 de enero del año de la data (58).

Junta del Papel sellado:

Entendía en la organización y normas para la recaudación del tributo; La fecha debe de ser muy poco posterior a la del año 1636. Data de la creación de la renta.

Suprimido el Consejo de la Sal por Cédula de 20 de febrero de 1633, se nombró una Junta que entendiese en las incidencias de los asuntos de que conocía el Consejo extinguido (59).

Cédula de 13 de diciembre de 1641 nombrando una Junta que entendiese en beneficiar las sucesiones en segundas vidas de todos los oficios que no fuesen de la administración de justicia (60).

La Junta para evitar los fraudes en las rentas reales, creada con mejor intención que fortuna en 13 de septiembre de 1658, no prestó servicios prácticos ningunos por el desbarajuste en todos los órdenes de la administración y la flojedad en los mandatos (61).

Por decreto fechado en 17 de noviembre de 1659 se formó la denominada Junta de Cobranzas (62).

Junta de Reconocimiento de los impuestos:

Se llama así a la formada para examinar los que había con el fin de concluir una reorganización. Formábanla, entre otras personas, varios ministros, y remisos en el cumplimiento del cometido, representó el Reino a S. M. la negligencia para que mandase fuesen a ella, como se ordenó con fecha 24 de octubre de 1663 (63).

(58) Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajos 684, 764, 774, 782, 804, 805, 809, 826, 834, 839, 843, 858, 871, 884, 928, 935, 936, 1.022, 1.056, 1.090, 1.106, 1.807, 1.811 y 1.882. Juan Rípiá, *Práctica de la administración y cobranza de las rentas reales*. Madrid. Ibarra, año 1769, páginas 381 a 403. Copias de la *Colección Molero*, tomo IV.

(59) Copias de la *Colección Molero*, tomo IV.

(60) Copias de la *Colección Molero*, tomo IV.

(61) Copias de la *Colección Molero*, tomo IV.

(62) Copias de la *Colección Molero*, tomo XVI.

(63) Copias de la *Colección Molero*, tomo XVI.

Junta de Aranceles:

Se creó, respondiendo a su nombre, para emprender la obra arancelaria. Desde Carlos II, que la instituyó la primera vez, ha llegado a fines del siglo XVIII con varias interrupciones y nombres diferentes, pero con igual eco netido, traspasando luego la centuria anterior (64).

Junta para tomar cuentas al prior y cónsules de Sevilla, que lo habían sido de 1689 a 1705, por los préstamos del antiguo Consulado general de Andalucía por cantidades entregadas a la Hacienda en los años 1694 a 1705, inclusive, y de la del *Prorratoe* por las entregadas a cada acreedor de los caudales de América.

Reales órdenes de 16 de diciembre de 1705 y 3 de diciembre de 1706 (65).

La Junta de Incorporación, creada en 23 de noviembre de 1705, se llamó así porque tuvo por finalidad volver a la Corona las fincas, derechos y acciones enajenadas de ella y de las cuales no tuvieran título los teneedores. Para la justificación se dió un plazo amplio: hasta el 30 de junio de 1708, y los que probaron su derecho figuraron luego en el Salvado de Incorporación (66). Por real decreto de 8 de enero de 1717 se extinguió este organismo, y su cometido pasó al Consejo (67), hasta el decreto de 19 de octubre de 1742, en que se nombró para estos negocios de incorporación, con las propias facultades que los dos anteriores organismos, un ministro comisionado (68), disposición derogada al subir al trono Carlos III, que por decreto de 24 de febrero de 1760, restituyó al Consejo, juntamente con los negocios de Incorporación, los de Lanzas, Medias annatas y otros (69).

En 1707 ordenó S. M. se transigieran y ajustaran las cuentas pendientes en la Contaduría Mayor de ellas, y a este fin se había de formar Junta, a la que habían de asistir las personas entendidas que nombraba (70).

La Junta de Facultades era la que intervenía en la concesión a los poseedores de mayorazgos para imponer a favor de sus cónyuges la sexta parte de la renta anual de sus vinculaciones (71). El año fué el de 1713.

La Hacienda procedente de Indias se dirigía y regulaba desde 1713 por una Junta, compuesta por tres ministros del Consejo de Indias y tres del de Hacienda, presidida por un presidente de Hacienda y el fiscal de Indias. Administraría y dirigiría; trataría de los beneficios, gastos, rentas, regalías y derechos, con inhibición de los Consejos de Indias y Hacienda,

(64) Antonio García Jiménez, *Índice de Reales decretos en materia de rentas*. Madrid, año 1845, pág. 622.

(65) *Colección legislativa de la Deuda pública de España*. Madrid. Imprenta Nacional, tomo III, págs. 2 a 26.

(66) Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 70.

(67) Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 81.

(68) Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 94.

(69) Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 107. Archivo de Simancas. Contadurías generales, legajo 814. Salvado de Incorporación, legajo 402. Contaduría del Sueldo, segunda serie, legajo 2. Archivo de Simancas. Estado, legajo 7.915, fols. 188 a 190 v.

(70) Copias de la *Colección Moleiro*, tomo XV.

(71) Archivo de Simancas. Secretaría de Gracia y Justicia, legajo 876, año 1713 a 1788.

sin mezcla de ningún otro organismo, si se exceptuaba a la Contaduría Mayor, facultada para presentar, ver y concluir las cuentas de las rentas, como lo hacía con todas las demás del reino (72).

Junta de Rentas reales:

Por pragmáticas de Felipe V, sus fechas en Madrid, a 21 de mayo y 8 y 20 de diciembre de 1714, fueron reorganizadas las rentas reales para evitar los fraudes de arrendadores que por sus demasías anularon algunas de ellas, a cuyo fin, y rescindidos como estaban los arrendamientos de algunas, por decreto de 21 de mayo de 1714 para desde 1 de enero de 1715, acordó el rey que todas las rentas generales se administren por una mano y bajo una Junta y administración general de Madrid, a la cual da facultad para nombrar el personal que convenga, dando las consiguientes instrucciones y cobrando los derechos conforme a los aranceles vigentes a la muerte de Carlos II, hasta que con los comisarios de Inglaterra y Holanda se formen otros nuevos de recíproca conveniencia; y habiendo de correr por la Junta la administración en el interin y se dispone una Compañía que todo lo tome a su cargo, concede facultad en todos los órdenes al precitado organismo, con jurisdicción privativa e inhibición de cualquier otro organismo. A la Junta en que hubiera de haber pena corporal, concurrirían tres ministros togados del Consejo de Hacienda, a elección del veedor general, y antes de publicarse la sentencia se consultaría con el monarca; se haría dos veces cada semana, a elección del veedor. Por disposición de 13 de abril de 1716 cesó la Junta referida, estableciéndose que las rentas generales y provinciales se arrendarían por el Consejo de Hacienda (73).

Junta de Propios y Arbitrios:

Era la que entendía en la administración e inspección, y como organismo superior en la materia, de propios y arbitrios, que eran los bienes y rentas peculiares de los pueblos de España, como dehesas, sisas, posadas, mesones, tiendas y otros, aplicándoles a los gastos de policía, enseñanza, caminos, puentes y calzadas y varios más, de fondos tan cuantiosos, que en 1786 el valor de ellos en los 12.526 pueblos que los tenían, ascendió a 95.995.280 reales 32 maravedís, y en 1792 se entregaron para la extinción de vales reales 48.826.868 reales del sobrante de propios y arbitrios que, cubiertas sus cargas y obligaciones, el sobrante anual de ellos en 1785 era de 71.298.703 reales con 8 maravedís (74).

Junta de la Renta general del tabaco:

Intervenía en la organización, desarrollo y administración de la renta, prosiguiendo los expedientes y causas por defraudación. La renta quedó en administración desde que en 1731 cesaron los asentistas en este ramo.

(72) Gallardo, obra cit., págs. 73 y 74. Archivo de Simancas. Secretaría de Guerra, Indias, Buenos Aires, Cuba, Chile, Filipinas, Florida, Luisiana, etc.

(73) Nueva recopilación, libro IX, título VIII. Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 81.

(74) Canga, obra cit., tomo II, pág. 449. Archivo de Simancas. Secretaría de Hacienda, legajos 425 al 453.

Creemos que la creación de la Junta sea coetánea al cese de los asentistas o poco posterior a este hecho (75).

Junta de Baldíos:

Procedente acaso de los tiempos de Felipe IV, entendía en los asuntos propios de estos bienes y de la defensa y conservación de los mismos que habían dejado todavía libres rentas cuantiosas sucesivas. Felipe V, por su decreto de 8 de octubre de 1738, destinaba a los pueblos varios jueces de baldíos por el intermedio de la Junta, que causaron trastornos y perjuicios, y a ello obedece la representación al rey suplicando el reintegro de los baldíos y realengos, pastos y aprovechamientos de que fueron despojados por la Junta desde 1737, restituyéndolos a su pacífica posesión. Fernando VI, por su provisión en Madrid a 18 de octubre de 1747, accede en parte, con la reglamentación que apunta, a lo pedido por los pueblos y organiza la materia. A la resolución acordada había precedido el informe de los fiscales favorable a la reintegración y la solicitud de la Diputación de los Reinos.

Fué suprimido el organismo en 1741. Finada la Junta, por decretos de 12 de julio y 6 de noviembre de 1743, las remisiones en discordia de los pleitos de baldíos se verían por tres ministros de los que fueron de la Junta por instruidos en tan importante regalía, y en su defecto los nombraría el gobernador del Consejo Real (76).

Juntas del Catastro:

Juntas para la formación del Catastro del marqués de la Ensenada:

La una se estableció en la Corte y la otra en el Buen Retiro, y ambas en 1749. Los comisionados de provincias dirigirían la correspondencia de las 22 de los antiguos Reinos de Castilla y de León a la formada en la Corte, y los intendentes a la del Buen Retiro. El interrogatorio general lleva la fecha de 10 de octubre de 1749, y las respuestas y comprobaciones de 1750 a 1782 (77).

Junta del Banco de San Carlos:

La creación del Banco Nacional de San Carlos por real cédula de 2 de junio de 1782, la intervención del poder central que lo estatuyó, su reglamentación, la trascendencia económica del instituto y la generalidad del servicio con el primordial de auxiliar al Gobierno, autoriza a considerar sus Juntas generales como una de tantas comprendidas en estos apuntes (78).

(75) *Colección de Cédulas*, del autor, tomo 666 de la numeración de libros. Gallardo, obra citada, tomo I, páginas 131 y 132. Pedro Lerena, *Memoria de Rentas públicas*, S. Lorenzo, 7 octubre 1787.

(76) Nueva recopilación, libro II, tomo IV. Auto 102. *Colección de Cédulas*, del autor. La de 18 de octubre de 1747. Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes. Informes de los fiscales, 31 mayo 1747.

(77) Archivo de Simancas. Dirección general de Rentas. La documentación del Catastro abraza las Salas 44 y 45.

(78) Ramón Santillán, *Memoria histórica de los Bancos*. Madrid 1875, tomo I.

Junta de Facultades y Viudedades:

Decreto para que la tenga y denomine por de la clase, grado y honor de las de los Consejos y tribunales superiores, 1795 (79).

Junta Suprema:

Cédula por la que se crea temporalmente una Junta para dirigir las enajenaciones de los bienes pertenecientes a hospitales, hospicios, casas de misericordia, de reclusión y de expósitos, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos, mandada hacer por decreto de 19 de septiembre de 1798-1799 (80).

VI.—Al grupo de Juntas varias que se ocuparon por su constitución de deudas y débitos, corresponden en el orden cronológico ya notado:

Junta de Descargos:

Fué constituida para pagar las deudas del emperador con parte de su recámara desde su abdicación, y así rigió en el curso del tiempo con las de otros reyes, hasta que las consignaciones de Carlos III para el pago de deudas de sus antecesores permitieron una satisfacción efectiva a los acreedores.

Por cédula de Carlos III, su fecha en Buen Retiro a 22 de febrero de 1760, se consignan 50 millones de reales por una sola vez y 10 millones anuales para ir pagando con ambas cifras los créditos contraídos por la Corona en el reinado de Felipe V, y en armonía con la instrucción de esta misma fecha; se reconocen los liquidados por la Junta de Descargos de los de Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II, según Cédula, su data en Buen Retiro a 23 de marzo de 1760; se pasa la documentación a la Contaduría general de valores y se suprime la mencionada Junta. Por otra Cédula también hubieron de reconocerse los créditos de Fernando VI (81). Para ligar materias damos en este lugar cuenta de la Junta creada en 20 de enero de 1789 para transigir con los acreedores de reyes anteriores las deudas de éstos. Estaba compuesta de los contadores generales de valores y distribución y del fiscal del Consejo de Hacienda y Junta general de Comercio y Moneda, facultándola al efecto y sometiendo los conciertos a la aprobación del monarca. Por instrucción dada en Madrid a 18 de diciembre de 1789, se establecen las prelaciones y gradaciones de créditos, e informando en el expediente para pasarlo luego a la Contaduría mencionada. Había de celebrar este organismo dos sesiones semanales, martes y sábados, de diez a doce, y la constituían D. Leandro de Borbón, como contador general de valores; D. Pedro Martínez de la Mata, contador general de la distribución,

(79) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes, 1795, fols. 370 a 374.

(80) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes, 1799, fols. 331 a 340.

(81) *Colección de Cédulas*, del autor. *Colección legislativa de la Deuda pública*, tomo I, páginas 97 y 98. Escribiche, *Diccionario de legislación*. Madrid, 1839, tomo II, pág. 727.

y D. Juan Francisco Antonio de los Heros y Herrán, fiscal del Consejo de Hacienda, más la Junta general de Comercio y Moneda ya mencionada (82).

Junta de los donativos:

Con motivo de los varios donativos pedidos por Felipe IV se nombró para cada uno de ellos una Junta de gestión, investida, entre otras facultades, de las de expedir libranzas y acordar consignaciones: y así hubo la de 16 de enero de 1625; la de 1629; la creada por Cédula de 4 de julio de 1632 para el de este año; la de 18 de agosto de 1635, que había de durar este año y el siguiente, con relación de las personas que salieran a pedirlo a los pueblos, la de los años de 1649 a 1651, con el repartimiento de los ministros que marcharan a los efectos del cobro a ciudades, villas y lugares en 6, 13 y 14 de septiembre de 1650; la de preparación para el donativo general que se había de pedir a todas las comunidades, con la instrucción que habían de guardar los funcionarios a consulta del Consejo, que lleva la fecha de 3 de abril de 1651, la indispensable para el que estuvo en trámite en 1654 y la del donativo general de 1655.

También las hubo en cada uno de estos otros: el de 1664; el de 1667, regulándolo por el anterior, conforme a Cédula de 14 de junio; el denominado del Millón de ducados, ordenado en 7 de agosto de 1673; el de 1676, facultando a los corregidores para la exacción de otro de la misma cuantía que el anterior, acordando una más entre las personas de caudal de la Corte en el año 1677, y, en fin, de los que tenemos noticia, el ofrecido por los obispos de España para la guerra con los turcos en 1682.

Por cierto que vamos a consignar a título de curiosidad que los procedimientos empleados distaban mucho de la voluntariedad, porque ni el modo de proceder del padre Sicilia en el de 1592, cuando la gente se resistía a la *dáviva*, ni el solicitado en 1603 que no llegó a efectuarse, ni mucho menos el de 1677, dejaban en libertad a los requeridos. En este último el procedimiento era llamar un consejero a cada uno de los hombres de caudal, y si negaba la contribución regresaba a su casa acompañado de cuatro guardas que le asistían solícitos con el salario de cuatro ducados diarios «hasta que vomitaba el oro». De aquí la despedida de criados para aparecer pobres y la crisis de éstos (83).

Junta de Negocios de los Fúcares:

Acreeedora esta Compañía de asentistas alemanes de la corona de España desde el reinado de Carlos I, en el de Felipe IV se crea una Junta para entender en los asuntos de dinero en relación con ellos, y el 19 de mayo de 1638 se da un decreto para que tal entidad, en armonía con su co-

(82) Archivo de Simancas. Hay una sección titulada Descargos del Emperador. *Colección de Cédulas reales*, del autor. *Colección legislativa de la Deuda pública*, tomo I, pág. 99.

(83) Copias de la *Colección Molero*, tomos IV, V, XI, XV y XVI. Archivo de Simancas. Contadurías generales. Contaduría de la Razón. Legajos relativos a esta gestión de donativos, cuyo nombre llevan. Biblioteca Nacional, 6.148. Valencia. Juan Antonio, *Diario de noticias de 1677-78*, en *Colección de documentos inéditos*, tomo LXIX, pág. 67.

metido, haga un tanteo de lo que resultare por alcances a favor de la entidad mencionada (84).

Junta de Quiebras.

El real decreto de 10 de enero de 1723 creaba esta Junta con destino al cobro de deudas atrasadas, y cuyos productos debían entrar en arca separada de la Superintendencia de Juros. La formaban tres ministros togados de la Sala de Justicia y de la de Capa y Espada. Se referían los decretos de 15 de junio de 1718, 10 de abril de 1720 y 22 de abril de 1722 como insuficientes para la consecución del propósito, y quedó extinguido desde 1720 el Juzgado de quiebras (85).

Junta de la Deuda de Juros.

Esta entidad, formada por real decreto de 1 de julio de 1749 para la validación o nulidad de tal deuda, según se practicara en otros tiempos para alguna clase de ella, estaba constituida con independencia de todos los Tribunales, por ministros de satisfacción y conocimiento en la materia, tales como el marqués de los Llanos, que había de presidirla, D. Blas Jover y Alcázar, D. Miguel Ric, D. Pedro Salvador de Muro y D. Francisco de Cepeda; era fiscal de ella D. Juan Antonio de Alcalá y secretario D. Rosendo Sáez de Parayuelo. El ponente de los expedientes de calificación lo era el D. Pedro Salvador Muro, pues aunque quedaban anulados todos los procedentes de asientos, como formados por intereses crecidos y otros de las calidades señaladas, y los demás en suspenso, y no podía darse regla fija en ellos fuera de las apuntadas, precisaba en justicia un examen singular, a cuyo efecto se habían de ver en la Junta los tenedores para hacerles comprender la injusticia de su posesión.

El real decreto de 1 de enero de 1752 aclaraba las dudas de la Junta sobre la ejecución del de 1749 (86).

Junta del Real fondo vitalicio:

Para llevar a efecto la idea de la renta vitalicia, que tuvo principio por real decreto de 1 de noviembre de 1769, se nombró una Junta compuesta de tres ministros: uno togado y dos de Capa y Espada del Consejo de Hacienda; los que propondrían un contador que interviniese la cuenta y razón, debiendo conocer la Tesorería y Depositaria de los caudales y su inversión, a cargo de la Compañía de los Cinco gremios mayores de Madrid (87).

Junta Suprema de Amortización:

Se creó por real decreto de 11 de enero de 1799, con facultades absolu-

(84) Copias de la *Colección Molero*, tomo IV.

(85) Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 89.

(86) Ripia, obra cit., págs. 522 a 527. *Colección legislativa de la Deuda pública*, tomo I. Juro fué una deuda nacional y transferible, perpetua o al quitar, impuesta sobre las rentas del Estado. Los de merced proceden de la Edad Media. Los onerosos del siglo xv y siguientes. Hubo doce clases de ellos, enorme suma. y con la quiebra de la renta el descrédito del papel. Los hubo también de muy variado tipo de emisión, de 5.000 a 40.000 el millar.

(87) *Colección legislativa de la Deuda pública*, tomo I, pág. 594. La componían el marqués de Someruelos, D. Salvador de Qurejazu y D. Pedro Francisco Gooseus.

tas e independencia de Consejos, Chancillerías y Audiencias. Tuvo por objeto dirigir las enajenaciones de los bienes raíces de beneficencia, y por otro decreto de 13 de febrero del mismo año se la encargó el conocimiento del cobro y aplicación de fondos destinados a la extinción de los vales reales y pago de los intereses de esta deuda, así como de organizar la Caja de amortización, que fué fundada para sostener el crédito de dichos vales. El 29 de junio del citado año el rey extingue la Junta, por haber «concluido felizmente los principales objetos de su institución» (88). Sin embargo, es lo cierto que desacreditó con sus medidas los vales, más bien que consolidarlos, en su vida de seis meses.

Junta de Vales reales era la establecida para la formación de la Caja de reducción en ellos en 1799 (89).

En 1800 se creó la Junta que había de entender en la consolidación de vales reales, en virtud del reconocimiento hecho por pragmática de que las siete creaciones de ellos era deuda legítima de la Monarquía, responsable y obligada a pagar sus intereses (90).

7.—De comercio, moneda y minas son los organismos de que vamos a hacer mención por orden cronológico.

La Junta de Minas tiene un historial muy antiguo: de 12 de enero de 1624, en que fué creada; pasando a ella los asuntos que se llevaron antiguamente, en todo el curso del siglo xvi, por la Contaduría mayor de Hacienda, que intervenía en el beneficio de cualquiera clase de minas, escoriales, desmontes y echaderos, concesiones de gobierno y administración, dando instrucciones, ordenanzas, etc., y regulando las explotaciones, así las de la corona como las de los particulares. Por cédula de 15 de mayo se la concedió jurisdicción amplia y privativa con reglas para la mejor administración. Por la de 30 de mayo la confirmación. Por decreto de 31 de abril de 1747 se incorporó a la Junta de Comercio y Moneda, denominándose también de Minas (91).

Junta de Comercio, después de Comercio y Moneda y luego de Minas:

Separados los asuntos de comercio de la jurisdicción de la Cámara de Castilla, se pusieron en esta Junta, creada por decreto de 19 de enero de 1679 y 25 de enero y 4 de marzo de 1683, con jurisdicción privativa e inhibición absoluta de todos los tribunales. El decreto de 9 de abril de 1685 limitó sus facultades con la creación de la Superintendencia de Fábricas, cometido que habían llevado los corregidores. En tiempos de Felipe V, el

(88) Canga, obra cit., tomo II, pág. 10. Archivo Histórico Nacional, 1799, fols. 331 a 340.

(89) Archivo Histórico Nacional, 1799, fols. 1.220 a 1.224.

(90) Archivo Histórico Nacional, 1800, fols. 659 a 681.

(91) Tomás González, *Noticia histórica documentada de las minas de Guadalcanal*, 1831, dos vols. Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 97. Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 1.716, años de 1603 a 1647, y legajo 1.733, año de 1630.

año 1730, se refundió en la de Moneda, con ampliación en su título del nuevo cometido, y siguiendo en el conocimiento de los negocios gubernativos y de justicia como en 1679; más tarde, en 3 de abril de 1747, le fué agregada la Junta de Dependencia de Extranjeros, y por otro decreto del 31 del mismo mes y año la de Minas. En 1814 se dictaba un decreto cometiendo al Consejo de Hacienda el conocimiento de los negocios en que entendía la Junta de Comercio y Moneda, y en el año siguiente, orden con el mismo fin (92).

Junta de Jueces conservadores de Comercio en relación con el desenvolvimiento del mismo y facultades y obligaciones del personal: año de 1706 (93).

Junta de Comisarios españoles e ingleses en Sevilla, cuyo fin de organismo mixto se refería al comercio también, como el de la Corte, que constituía su par: años de 1718 a 1732 (94).

Junta de Comisarios españoles e ingleses en Madrid: años de 1722 a 1743 (95):

Para el cumplimiento de las disposiciones dictadas sobre moneda en 1728 se creó una Junta particular de ella, con jurisdicción privativa y suprema, por decreto de 15 de noviembre de 1730, compuesta de seis ministros, uno de ellos el secretario del Despacho de Hacienda, como superintendente general de las Casas de Moneda; dos ministros togados, dos de Capa y Espada, un fiscal togado, un secretario, un relator, un escribano y un agente fiscal (96).

En 9 de diciembre de 1730 se une a ella la general de Comercio, con la denominación de Comercio y Moneda (97), y muy posteriormente se agregó al Consejo de Hacienda. En 24 de junio de 1770, por Cédula en Aranjuez, se delimitaban las facultades de la Junta general de Comercio y Moneda por la intervención en los asuntos comerciales de entidades varias, en pugna porfiada sobre facultades de otros organismos (98).

La Junta de Dependencia de Extranjeros fué creada en 12 de marzo de 1714, con su cometido independiente hasta el año 1747, en que fué agregada a la de Comercio y Moneda. En 8 de marzo de 1716 se daba Cédula sobre los extranjeros que debían regularse por transeúntes o avecindados, a consulta de este organismo, expidiendo Cédula a los jueces conservadores para su conocimiento y efectos. Fué suprimida por decreto de 21 de diciembre de 1748 (99).

(92) Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 96 y 97. Cópia de la *Colección Molero*, tomo XVI.

(93) Archivo de Simancas. Estado. Juntas, de 1706 a 1763, legajos 7.582 a 7.604.

(94) Archivo de Simancas. Estado. Juntas, legajos 7.605 a 7.616.

(95) Archivo de Simancas. Estado. Juntas, legajos 7.617 a 7.636.

(96) *Autos acordados a la Nueva Recopilación*. Madrid. Ibarra, 1772, pág. 88. Gallardo, obra citada, tomo I, págs. 95 y 96.

(97) Canga, obra cit., tomo II, pág. 23.

(98) *Colección de Cédulas*, del autor, tomo XIX, fols. 164 a 167.

(99) Gallardo, obra cit., tomo I, pág. 97. *Colección de Cédulas reales*, del autor, tomo XIX. Escriche, obra cit., tomo II, pág. 732.

Enlazada con el régimen comercial del siglo XVIII, dependiente de rentas generales, o sea de la exportación e importación de productos, figura la titulada Junta de Conferencias, que tenía secretaría, y cuyo cometido acabamos de indicar; ella se relacionaba con la Junta Suprema de Estado desde la creación de ésta (100).

Junta reservada de Moneda:

Intervenía en la recolección de moneda y pasta de oro y plata, por compra o préstamo, y su reducción al nuevo cuño de 1770 (101).

8.—A los ramos de Guerra y Marina corresponden las Juntas de que pasamos a hacer mención.

Junta Superior del Almirantazgo:

Por real cédula de 13 de enero de 1625 se crea en esta corte la Junta Superior del Almirantazgo para conocer las apelaciones de pleitos y causas civiles, criminales y mixtas en última instancia. Ella se relacionaba íntimamente con los asuntos del Consulado, que se creó el de Sevilla por Cédula de 4 de octubre de 1625.

Se nombraron para esta Junta del Almirantazgo a fray Diego de Brihueza, obispo de Segovia, del Consejo de Estado y presidente de Flandes; al licenciado Baltasar Gil Imón de la Mota, caballero de Santiago, del Consejo del rey y del de Hacienda; a D. Diego Mesía, caballero de la misma Orden, del Consejo de Guerra, y a Juan de Pedroso, también caballero de Santiago (102).

Junta de Caballería del Reino.

Fué creada por Felipe IV, con carácter de permanente e inhibición de Consejos y Tribunales, por decreto de 14 de julio de 1659, para que en todo tiempo y en los días que fuere necesario se trate en ella única y privativamente de la aplicación de las disposiciones vigentes para el mejor efecto del aumento de la cría caballar, conservación de castas, beneficios de los criadores, prevención de los daños y otros. Felipe V, por su decreto de 4 de marzo de 1725, ante el hecho de estar completamente arruinada la cría, tan necesaria al país, da normas para su restablecimiento, confirma la Junta y nombra a las personas que sucedieren en los empleos de gobernador del Consejo, caballerizo mayor, ministro decano del Consejo, asesor de las Caballerizas reales, y de los ministros de Capa y Espada del Consejo de Guerra, y para secretario el nombrado por el rey. La Ordenanza para la cría caballar tiene la fecha de 8 de marzo de 1746. Se extinguió esta Junta en 24 de mayo del año acabado de citar, pasando sus negocios al

(100) Memoria de D. Pedro de Lerena. San Lorenzo el Real, 7 octubre 1789. Copias de la Colección Molero, tomo XVI.

(101) Archivo de Simancas. Secretaría de Hacienda, años 1768 a 1788, legajos 838 y 839.

(102) Biblioteca Nacional $\frac{3}{23.124}$.

Consejo de Guerra. En 1797 se separan los asuntos del Consejo, cometiéndolos de nuevo a una Junta Suprema compuesta de cinco individuos, uno de ellos teniente general, que había de presidirla. Su cometido era el fomento de la cría, Escuela de veterinaria y causas civiles y criminales pertenecientes al ramo. En 1802 los asuntos tornaron al Consejo (103).

Junta de Armadas:

Entre las disposiciones multiplicadas que diera la Administración castellana figuran las de conservación de montes y plantíos, atendiendo, en lo que competía al Consejo de la Guerra, a la fabricación de bajeles. Dependiente del Consejo era la Junta de Armadas, con la misión que indica su nombre, y cuya fecha de creación supongo sea del tiempo de Felipe II, aunque las noticias que nos proporcionan las leyes recopiladas no sean anteriores a los años 1694 y 1695 (104).

Junta de Ordenanzas:

Era su cometido las ordenanzas, órdenes, instrucciones, pragmáticas y toda clase de papeles de los diferentes ramos de la Secretaría de Guerra para su estudio, preparación, conservación y servicio. Fué creada en tiempos de Felipe V (105).

Junta de Fortificación:

Se extendía en su cometido, así a los edificios de toda España como a los de América, Italia y plaza de Orán, y tenía la facultad de presentación de proyectos.

Abrazó en cuanto al tiempo desde el año 1737, traspasando el siglo XVIII (106).

IX. - A asuntos de policía corresponden por su cometido las Juntas siguientes:

Junta de Policía de Madrid:

Creada bajo el reinado de Felipe II y la previsión de sus consejeros en 1594, tenía por misión el adorno y policía de sus edificios, el trazado de las obras de casas, la intervención en las construcciones, limpieza y riego de las calles, factura de hornos y otras edificaciones de industrias, enderezados tales fines al crecimiento de la villa y al ornato de ella, así como a la policía de las personas para distinguir las del mal vivir (107).

(103) Escriche, obra cit. Leyes recopiladas, libro VI, título X. Archivo de Simancas. Secretaría de Guerra, legajos 239 al 251. Tratan de otros muchos asuntos, aun inconexos.

(104) Nueva recopilación, libro VII, título VII.

(105) Archivo de Simancas. Secretaría de Guerra, legajos 4.238 a 4.242, años de 1748 a 1788, y 496 a 503, de 1701 a 1803 (suplemento).

(106) Archivo de Simancas. Secretaría de Guerra. Por el asunto y su generalidad en el cometido, la documentación es mucha y abraza los legajos de los años 1563 a 1797, y desde el 5.836 al 5.897, años de 1737 a 1806.

(107) *Colección de Cortes de Castilla. Cortes de Madrid de 1592-98*, tomo XII, pág. 586. Sesión de 31 de agosto de 1593. Aunque Junta local, la incluimos entre las generales por la importancia de ser de la capital de la monarquía.

Junta de Policía de Valladolid:

Paralela a la de Madrid, de la que fuera copia, instituíase en Valladolid una idéntica en abril de 1601, de la que daba cuenta el conde de Miranda que había de presidirla, significando de parte de S. M., en larga plática, el deseo del acrecentamiento, ornato y beneficio de la villa, deseando se proveyera de todo lo necesario para ello, y, al efecto, se acordó anduvieran veinte carros para limpiar y regar las calles, embargo de las obras de las casas para construirlas conforme al trazado dado por ella, y despachándose Cédula para edificar, con doce años de exenciones las de huéspedes y tres para las demás. También le estaba cometido a este organismo la policía sobre las personas, con facultad para conceder o negar autorización de entrada en la ciudad, siendo infinito los que no iban en vista de la dificultad, pero se alargó el permiso dando puerta franca a todos con que se registren en un plazo de cuatro días para conocimiento de las personas sospechosas, vagas y ociosas y sucesivo lanzamiento, evitando así la confusión que había en Madrid (108).

Junta de Composición de casas. Se creó en 9 de abril de 1630, en cuyos asuntos entendía la Cámara de Castilla en épocas anteriores.

Trataban de apuntalamientos, quita de éstos, obras, diferencias con inquilinos para que no se admitieran recursos contra ellos, licencias para obras, alzados de ellas, notificación de las mudanzas, modo y hora de cerrar las puertas y otros (109).

Junta de Abastos de granos creada para socorrer y surtir de ellos a las provincias (110):

La Junta general de Granos del Reino creada en 1750, cuya misión se refería a cuestiones de abastos para el de cada pueblo, incluyendo el de sementera, regulando los depósitos de compra, los de caudales a crédito con calidad de reintegro en los mismos granos, arreglo de precios de la semilla, obligando a la equidad y a vender el remanente, cubierto el consumo y la sementera, etc. (111).

X.—A sanidad corresponden la Junta de este nombre, la de Médicos y la gubernativa de los Colegios de cirugía

Junta de Sanidad:

Felipe V crea la Junta de este nombre apenas tuvo conocimiento de la peste de Marsella en el estío de 1720, con otras disposiciones de orden

(108) Cabrera, obra cit., págs. 109, 103 y 99. La colocamos entre los generales de la administración por ser entonces Valladolid la capitalidad.

(109) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes, folios varios, por casas. Copias de la Colección Molero. Documentos curiosos sobre composición de casas en la Corte en 1623, y consulta de la Cámara sobre competencia para conocer de la composición de casas en 19 de octubre de 1644. Ello se relaciona con las Cédulas de los tiempos de Carlos II y Carlos III acerca de la materia.

(110) Archivo de Simancas. Secretaría de Hacienda, legajos 858 a 872, años 1729 a 1799. La tengo por distinta de la Junta general de Granos.

(111) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia, legajo 1.057.

sanitario. El organismo estaba compuesto del gobernador y cuatro ministros del Consejo; que atenderían a cuanto correspondiese a salud pública, expidiendo el monarca, con el parecer de la Junta, preceptos varios y formando luego compendio de los existentes, ordenados por uno de los ministros. Ellos se refieren a prohibiciones de comercio, caso de peste, cuarentenas, patentes, testimonios de aduanas y sanidad para el ingreso de los géneros y otros. La legislación capital en la materia lleva las fechas de 2 de octubre de 1720, 10 de febrero, 17 de marzo, 16 de junio, 9 de agosto y 10 y 25 de octubre de 1725 (112).

Junta de Médicos:

Tuvo por misión la organización, procedimientos, estudios y garantía de la clase médica. Fué también creación de Felipe V (113).

Junta gubernativa de los Colegios de cirugía:

La correspondieron las mismas facultades que a la Junta de Médicos y debió su creación (114).

11.—A los asuntos de gobierno y administración, que hoy diríamos, corresponden cuantas Juntas carecen de acomodo en otras divisiones, Son éstas:

Junta de Gobierno y Mercedes:

Los negocios de gobierno y mercedes se llevaron en Castilla bajo el organismo de tal título, durante el reinado de Felipe II, por una Junta también central, y al cabo de los años, cuando no había actuado, se trató de resucitarla; en ella habían de entrar el cardenal de Toledo, padre confesor, conde de Miranda, D. Juan de Borja y el conde de Villalonga (115). De haber existido, o de no haberse perdido la tradición antigua a ella habría correspondido el asunto sobre cuantas mercedes otorgadas al ascentista Octavio Centurión, para cuyo conocimiento e informe se creó una Junta especial el 29 de noviembre de 1620 (116).

La Junta llamada de los Lunes, sin duda por tener sus reuniones en este día los miembros de ella, fué creada en 1598, y entendía por Breve apostólico de concordar los pleitos que hubiere entre obispos y prelados del reino, con las mesas mestrales y encomiendas sobre diezmos y cosas eclesiásticas (117).

En fines de 1600 hablábase de hacer una Junta como la que había en tiempo del rey D. Felipe para resolver los negocios y consultas de los Con-

(112) Archivo de Simancas. Secretaría de Guerra. Suplemento, legajos 557 y 558, años de 1720 a 1785. *Colección de Cédulas reales*, del autor.

(113) Archivo de Simancas. Secretaría de Hacienda, legajos 407 a 409, años 1728 a 1749.

(114) Archivo de Simancas. Secretaría de Hacienda. Hospitales y facultativos, 1758 a 1800. legajos 6.546 a 6.577.

(115) Cabrera, obra cit., pág. 283, año 1606.

(116) Copias de la *Colección Molero*, tomo XIV.

(117) Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 372, año 1598.

sejos; pero no se sabía los que habían de ser nombrados para ellas; acaso fuera aquella misma que recomendara García de Loaisa a D. Felipe II la dejare establecida para que, con el Consejo, se gobernare el hijo durante los primeros años del reinado (118).

Por el mes de septiembre de 1600 se había tratado que hubiere dos veces a la semana Junta de algunos ministros del Consejo de Indias, con dos consejeros de Hacienda y otros de Guerra para que trataran en diferentes días de lo que allá se ofrecía en la materia (119).

Junta de Negocios de Indias de Portugal:

Otra Junta de que se tiene escasa noticia era la en que concurrían al Consejo de Indias en 1602 dos consejeros de Guerra, el secretario Esteban de Ibarra, los demás del Consejo mencionado y dos consejeros del de Portugal, con el secretario de este organismo, Junta que trataría de los asuntos apuntados a juzgar por la composición de la misma (120).

Junta grande de Reformación:

Estaba compuesta de los presidentes de los Consejos y ministros varios calificados. Trataban de la distribución entre ellos de los asuntos del Reino y medidas que se habían de tomar para el remedio universal del país. Los capítulos mandados guardar eran 23, y se dieron en Madrid a 10 de febrero de 1623.

La cédula de erección lleva la fecha de 3 de septiembre de 1622 (121).

Al año de 1626 corresponde la creación de la *Junta* formada para resolver *competencias*, según lo establecido por Cédula de S. M., en cuyo contexto se restablece el modo de votar (122), cesando de entender en ellas el Consejo Real, abusivo en muchos casos fiado en su potencia, cediendo tan sólo ante el Consejo de la Suprema (123).

Junta de Prevención de títulos y caballeros y orden para que por la Cámara se den los despachos de los que resolviere:

13 de septiembre de 1640 (124).

Junta de Presidios, cuya misión indica su título; se formó acaso antes de 1647 (125).

Junta de Inteligencias de Portugal.

Era su misión el formar los sumarios y remitir las causas a la Sala de Alcaldes: año de 1648 (126).

(118) Cabrera, obra cit., págs. 26 y 93.

(119) Cabrera, obra cit., pág. 83.

(120) Archivo de Simancas. Guerra, legajo 589. Hubo competencia por los asientos y se resolvió que se alternase de derecha a izquierda, sentándose cada uno en el lugar que le tocara al entrar, conforme a resolución en Valladolid a 26 de mayo de 1602.

(121) Copias de la *Colección Molero*, tomo XIV. De notar es que en 8 de abril se había creado por real Cédula una Junta grande. Archivo Histórico Nacional. Consejos, libro 1427.

(122) Archivo Histórico Nacional, año 1626, fol. 386.

(123) Archivo de Simancas. Como antecedentes de competencia pueden verse los legajos del Consejo y Juntas de Hacienda, 330, 345, 348, 359, 371, 372 y 388.

(124) Copias de la *Colección Molero*, tomo XV.

(125) Archivo de Simancas. Consejo y Junta de Hacienda, 1647 a 1664. Relaciones.

(126) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes, año 1648, fol. 47.

Junta mandada formar en Madrid a 21 de octubre de 1655 para tratar del misterio de la Inmaculada Concepción, a la que se le sometía también el examen y la censura para imprimir libro o papel que trate de ella (127).

Junta de Ministros para arreglar la competencia suscitada entre el Consulado de Sevilla y los diputados del comercio general de Andalucía.

Real decreto de 9 de diciembre de 1699 (128).

Formación de la Junta de gobierno que dejó dispuesto S. M. durante su ausencia, lista de los señores que la componían y forma de hacer los despachos: año de 1700 (129).

Junta de Refacciones:

Tenía por misión, entre otras, la de devolver al estado eclesiástico y a los militares la cantidad con la cual habían contribuido estando exentos. Por disposición de 23 de septiembre de 1703 se mandó extinguir y disolver con la jurisdicción que le estaba concedida y que los expedientes pasaran a la justicia ordinaria y las apelaciones al Consejo, por juzgar que así encontrarían las partes breve despacho y menos costas, pues los salarios excedían al producto (130).

Junta del Bureo era el tribunal especial y privativo que antiguamente estaba establecido en palacio para conocer en segunda instancia de los negocios civiles y criminales de la real servidumbre por vía de apelación de las sentencias dadas en primera por el juez o asesor de cada ramo.

Entendía en los delitos que cometieren los empleados de la Casa real como tales, y en las demás causas civiles y criminales, aunque no tuviesen ninguna relación con sus oficios. El reglamento es del 19 de febrero de 1761, en el que se relatan las facultades, y con él las resoluciones de 29 de septiembre de 1786, 18 de octubre de 1796 y 6 de marzo de 1799. Su historia es de tradición borbónica (131).

Junta del Breve:

Debía de ser de carácter eclesiástico y con jurisdicción determinada en ciertos asuntos, por cuanto se recibían en la cárcel de corte, en cumplimiento de real orden y orden del Consejo de la Cámara, su fecha en 2 de mayo de 1708, los reos presos que se enviaban a ella por la Junta del Breve para tenerlos en custodia con separación de los demás presos seculares que hubiere y en piezas cómodas (132).

(127) *Colección de autos acordados*. Madrid. Ibarra, 1772.

(128) *Colección legislativa de la Deuda pública*, tomo III, pág. 27.

(129) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes, año 1700, fols. 444 a 450.

(130) Escriche, obra cit., tomo III, pág. 424. Nueva recopilación. Autos acordados, libro III, título IX, auto 14. En la ley de Presupuestos de 1835 quedó abolido este privilegio del clero, y en abril de 1846 aún se pagaba a los militares en filas, pero cuando en consumos existía el arriendo, no la administración.

(131) Escriche, obra cit., tomo II, págs. 217 y 727.

(132) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, año 1708, fol. 147. No he podido obtener otras noticias que las señaladas. La orden la firma D. Bernardo de Solís y está dirigida a D. Luis de Mirabal, que debía ser el Jefe de la cárcel. En los comienzos los Breves eran la fórmula usual que empleaban los Pontífices para el despacho de los asuntos judiciales.

Junta para examen de Ordenanzas:

En enero de 1741 ordenó el rey la formación de una Junta que, integrada por nueve vocales cuyos nombres expresa, se había de reunir tres veces semanalmente para ver y examinar la colección de Ordenanzas para el Consejo de Hacienda, sus tribunales y oficinas, por D. Francisco de Oya Azores, ministro togado del citado Consejo, que, con autorización del monarca, había desarrollado la obra, a imitación de las *Recopilaciones de España e Indias*, por libros y títulos en número de nueve libros. El dictamen fué favorable, salvo cuanto al Tribunal de Cuentas, respecto al cual hubo voto particular, siendo la fecha de ambos en Madrid a 2 de junio del año 1742 (133).

Junta del Montepío de oficinas:

Se estableció el 27 de abril de 1764; su cometido era la buena administración, propuesta de inversión de los caudales sobrantes, cumplimiento de los fines pios y observación de las reglas de gobierno insertas en su reglamento general; comprendía la Secretaría de la Cámara y Reales Consejos, Tesorería mayor, Contadurías generales y otros que expresa (134).

Junta formada de orden de S. M. por el arzobispo de Tepas, su confesor, el gobernador del Consejo e inquisidor general para la averiguación de si el clero estaba oprimido, como afirmaba el obispo de Cuenca; lo que se ha privado a los Ordinarios desde 1760; sobre plan de estudios y libros de las universidades, casas de regulares extinguidos, jesuitas y los destinados a seminarios, etc. (135).

Junta Suprema de Correos y Caminos:

Es la única competente en estos ramos, y en ella deben resolverse los negocios de apelación, súplica, agravio o queja de los autos y retención de los jueces subdelegados, sin que de sus determinaciones en revista pueda introducirse recurso alguno, salvo al monarca, en los casos que puede tener lugar. Su fundación se verificó en 1794. Su extinción, en 1809 (136).

* * *

Hemos concluido la enumeración y atribuciones de las Juntas. De ello se desprenden varias consecuencias, que vamos a procurar ir sentando sucesivamente. En cuanto a la parte orgánica de la administración castellana, al régimen de los Consejos en el período austriaco se opone desde Felipe III un período decadente de particularismos en las personas y en las materias que pugna con todo sistema de razón en muchos casos. Las Juntas consultan, y a las veces ejecutan, pero en ocasiones la responsabilidad ante el monarca en el sistema político de entonces la tienen los conseje-

(133) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia, legajo 1.014.

(134) Gallardo, obra cit., tomo I, págs. 100 y 101.

(135) Archivo Histórico Nacional. Consejos, 51.423, número 2.

(136) Escribiche, obra cit., tomo II, 213 a 216. Nueva recopilación y autos acordados. Archivo Histórico, 1809, fol. 365.

ros, cuyos miembros señalan las consultas sin asistir a ellas. Sus acuerdos de que los signos sean de los asistentes, opiniones emitidas en pro del buen servicio, se resuelven con un decreto de que no se entrometan en la cuestión porque no les compete. Dicho de otro modo, se niegan al Consejo iniciativas, después de haberlo limitado en sus funciones. En cuanto a las personas, suelen no figurar en ellas individuos capacitados por sus estudios jurídicos o de administración general o prácticos que, habiendo ingresado al servicio de la corona de auxiliares de contadurías, tesorerías, depositarias, secretarías y otros organismos oficiales de nombre vario en la época, fueron ascendiendo por su mentalidad, sus trabajos, asiduidad y rectitud en el curso del tiempo; así fueron buena parte de los ministros de Carlos I y Felipe II. En reinados posteriores se nutrirá el personal de la administración en las camarillas de los validos, en los despachos de asentistas y cambios, de arrendadores de rentas, de la Casa de Contratación, de capitalistas de Indias o de Casas linajudas. En los reinados de Felipe IV y Carlos II, de franca decadencia, es donde figura en la dirección del país, y en mayor número, lo más granado de la nobleza castellana. En el siglo xvi, oficiales de las contadurías valían para ser mayordomos de los grandes; en el xvii, los servidores de éstos ocupaban puestos en los organismos oficiales. El duque de Alba o el almirante del reinado de Carlos II se oponen al de Oropesa en las Juntas, más que por sus conocimientos respectivos en las materias tratadas, por mera cuestión de personalismos; el duque de Alba del reinado de Carlos I era consultado en 1523 acerca de los medios de haber dinero, y se excusaba por su condición militar que, presto a cumplir con su rey, no había entendido nunca en materias económicas: son signos del tiempo. Excusado es decir que las ordenanzas varias se incumplían, a veces apenas dadas, como cláusulas de las de Lerma de 1602, que pongo de ejemplo, por tratarse de puntos tan importantes como materias de contadurías.

Las cuestiones de precedencias crecen diariamente, deteniendo los asuntos, como en la Junta de Millones, o suspendiendo la tramitación de ellos en la de competencias, como en la Junta de los Lunes.

La incompetencia de la administración culmina en las Juntas de Medios. La previsión dejaba de ser norma. Si prescindimos de arbitrios, tales como suspensión de consignaciones, asientos y donativos, no hallaremos en esas Juntas sino el camino iniciado en la época de Felipe II, sin que hubiera quien hablase ya de leyes suntuarias, de redención de censos, de reducción de gastos, de aumento de rentas y derechos con industria y buena administración, de revisión de aranceles, de arrendamiento de baldíos a los moriscos, de multiplicación de acequias y de riegos. Pero de ello podían tratar en Junta de 1596. Sabablanca, Torregrosa y Pons, tres ministros de competencia indiscutible. Es menester llegar, en el reinado de Felipe IV, a las recomendaciones del conde duque, o en el de Carlos II, a un título de Castilla, como el marqués de los Vélez, para pensar en la sinceridad y buen acuerdo en las cuestiones de dinero.

Las Juntas se multiplican de tal modo en el reinado de Felipe IV, que el Consejo de Castilla estudiaba en varias sesiones de 1643 si convendría reformar o suprimir algunas de ellas, concluyendo por dictaminar que la dirección de las materias no corriera por Juntas, sino por Consejos, con lo cual evidenciaba la preterición de éstos, la desorganización administrativa y el deseo de volver al sistema antiguo, más racional y de menos riesgos. Quevedo critica con su natural gracejo la creación de tantas Juntas, y refiriéndose al Consejo de Hacienda, añade: «y con estas separaciones el Consejo está sin qué hacer, y el erario condenado en costas»; como que siguiendo la materia, se lamenta de las contadas reuniones de algunas de ellas, diciendo:

«Que ministro que se junta,
a quinientos le sale cada junta.
Y esto es en oro y plata,
y anticipado el tercio.»

En el reinado de Carlos II los negocios siguen el orden normal del desconcierto. Se trata de acudir a las necesidades del momento, y Juntas de Medios, de Arbitrios, de Hacienda y de Rentas, ponen a contribución sus conocimientos para salir al día lo mejor parados. A la suspensión de consignaciones, partiendo desde el año de 1627, por el decreto de 1647, sucedían, en tiempos de Felipe IV, los de 1652, 1654 y 1662, sobre la misma materia, y en los del hijo, las de suspensión por un año de rentas y mercedes, en 1676; la revocación de las cobranzas de hombres de negocios, en 1678; el perdón de débitos, los donativos y la suspensión de mercedes, en 1691. Algunos de los medios de las Juntas de 1686, 1687 y 1688, sobre todo, eran muy aprovechables, pero en normas ordinarias, con tiempo y con organización.

En el orden de las cuestiones que venimos tratando, el reinado de Felipe V, con ser más orgánico, se asemeja al de Felipe IV; es, sin embargo de alguna que otra Junta, justificada por su naturaleza, como la de Incorporación, representativo de la devoción a los organismos particulares, pues creó más de veinticinco. El de Fernando VI es el de la moderación en este sentido; el de Carlos III es el de la tendencia a los Consejos, y el de Carlos IV, no obstante algunas creaciones, el de la tradición del reinado antecedente.

* * *

De los acuerdos varios de las Juntas encargadas en definitiva de allegar dinero para las necesidades reales, la finalidad más precisa cuanto a cuestiones materiales, se pueden sacar algunas enseñanzas. La revisión de mercedes y derechos, que realizaron los Reyes Católicos en las Cortes de Toledo de 1480 con el nombre de Declaratorias, tras de dos reinados

tan débiles como el de Juan II y Enrique IV, la repite Felipe V, sirviéndole singularmente de causa los procederes y larguezas de los monarcas del siglo XVII, en toda cuestión de dominio, por medio de la Junta de Incorporación, cuya provechosa labor volvía a la Corona propiedades cuyos tenedores no pudieron justificar su derecho documentalmente. Ciertamente que ni él ni sus sucesores establecían la línea divisoria entre el haber particular del monarca y el de la Corona; y considerándolo todo como patrimonio real, cargaba al presupuesto 150 millones de reales para finiquitar deudas desde Carlos I a Fernando VI; pero concluyó una deuda por transacciones con los acreedores mediante la Junta creada al efecto, continuadora en la materia de la de Descargos del emperador Carlos V. En el orden rentístico y de la administración financiera hubo consultas atinadas, se realizaran o no, que de ello no eran las Juntas culpables, sino los ejecutores, y aun la situación precaria del país.

Prescindiendo de los conceptos que regían en la Edad Moderna, del criterio de la escuela liberal o de los preceptos de la economía realista, muchos de sus acuerdos merecen lo que se les llama: la reducción de censos, polilla de la propiedad privada, como la de los juros de la pública; la revisión de aranceles; el arrendamiento de baldíos; la multiplicación de acequias y de riegos; leyes suntuarias; prorrateo, entre las provincias y reinos de España, de la manutención de la Escuadra; contribución sobre coches de rúa y de camino, que en la centuria de los Borbones había de tener efecto; extensión a los eclesiásticos del pago de alcabalas y de cientos; principio de la igualdad tributaria; reducción de empleados, y el de los tributos a uno solo, no por capitación, sino por casa poblada; reforma de los gastos de palacio; activar la reversión a la corona de alcabalas y demás fincas enajenadas; suspensión de pensiones dobladas; cese de sueldo a todo español que residiera en el extranjero; enajenación de las fincas de la Corona que no utilizaban los monarcas; 4 por 100 sobre herencias y legados de sangre y 6 por 100 sobre los de los extraños; contribución de criados y de coches; enajenación de bienes de la Corona; extensión del uso del papel sellado, y administración de las rentas por gestión directa, constituyen un índice muy apreciable de las Juntas de Medios y de Arbitrios.

Claro es que al lado de las de mayores atribuciones figuran algunas de cometido tan estrecho, que no debieron crearse nunca: las de arbitrar 300.000 reales, beneficiar algunos efectos, mercedes concedidas a Octavio Centurión, sucesiones en segundas vidas de todos los oficios que no fueren de la administración de justicia, fraudes en las rentas reales, cobranzas, reconocimientos de impuestos, facultades, negocios de los Fúcares, ordenanzas, prevención de títulos y caballeros, refacciones, que de no haberse tratado sus asuntos en los Consejos respectivos, debieron ocuparse de ellos las Contadurías, la Intervención, una visita determinada, un funcionario de categoría, y todo ello constituye precisamente un argumento más en la crítica del sistema.

CRISTÓBAL ESPEJO.

LA CASA DE PANADERÍA

Me propongo reconstruir la historia de la Casa Panadería, tres veces interesante por artística, histórica y desgraciada, y creo haberlo conseguido, deshaciendo algún error y aportando nuevos datos a su construcción, hasta ahora desconocidos para el número considerable de autores que al hablar de la plaza Mayor y Casa Panadería encuentran materia abundantísima para sus disertaciones. Está, en efecto, la historia de Madrid tan unida a la de esta vieja plaza, que pueden decirse unidas Madrid y la plaza Mayor por la fuerte ligazón de los mismos recuerdos e idénticas memorias.

Siempre es interesante la historia de un viejo edificio, esa historia, que pudiéramos llamar íntima, sellada con las preocupaciones de la mente que lo concibió y de la mano que supo construirlo, y la más amplia aún de su vida; la vida de un edificio por el que han pasado los ojos, admirados e indiferentes, de muchas generaciones; que ha recibido el homenaje, a la majestad que albergaba, de las muchedumbres en los días de fiestas, cañas y torneos, ante el cual ha pasado gayamente vestida la multitud, ansiosa por contemplar a los reyes y a los valientes y esforzados caballeros de la corte que iban a tomar parte en los torneos montando briosos alazanes; pero no sólo ha presenciado alegrías: también frente a él se levantó en más de una ocasión el afrentoso instrumento de las ejecuciones, y asimismo ha sentido sobre su elegante y sobria fachada, que tantas veces sirvió de marco a las figuras reales, las furiosas llamas de los incendios que iluminaron la plaza una, dos y hasta tres veces.

Y éste es mi solo propósito: sacudir el polvo de unos viejos e ignorados manuscritos para esclarecer su construcción, aún muy en bruma; de esos manuscritos que pueden guardar contra el tiempo — el cruel y eterno devastador de grandezas — un nombre o una fecha; datos, en fin, de positivo valor para la historia del arte de Madrid. Y ya que está en la corte, y respecto del resto de España está tan mal representada, resucitemos en todas las ocasiones las glorias artísticas, olvidadas quizá de puro conocidas, como en este caso, y busquemos los datos, las fechas y los nombres que pueden servir de grano de arena para la historia del arte.

I

La Casa Panadería está situada en el lienzo Norte de la antigua plaza Mayor, antes llamada del Arrabal, cuya construcción se debe a la iniciativa, o por lo menos a la orden, del monarca Felipe III, siendo encargado

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

de ello Juan Gómez de Mora, discípulo de Juan de Herrera, que la llevó a cabo en el término de dos años, y cuyo coste fué de un millón de ducados, a pesar de su magnificencia.

La fecha en que la Casa Panadería se edificó por primera vez ha sido desconocida para la mayoría de los escritores que han tratado de ella, pues erróneamente dicen y afirman que nuestro monarca Felipe III encargó la construcción de la plaza Mayor y que al mismo tiempo se empezó la obra de la Casa Panadería, destinada en su parte baja a casa real, para que los reyes pudieran presenciar las fiestas que se celebraban en dicha plaza. Pero si fué por orden de Felipe III, el hecho no pudo ser anterior a 1598, fecha en que este monarca empezó a reinar, y los documentos aseguran en cambio que ya estaba comenzada antes.

Entre los escritores a que me refiero está Mesonero Romanos, que dice como Felipe III mandó arreglar la plaza Mayor a Juan de Mora y como se construyó al mismo tiempo el elegante y suntuoso edificio de la Casa Panadería.

En un artículo (1) del *Semanario Pintoresco Español* fija su anónimo autor la fecha en 1619.

Como los citados, la mayoría de los que han tratado este asunto coinciden en suponerla comenzada bajo el reinado de Felipe III.

Pero en cambio, la verdadera fecha es conocida para el conde de Pólenos, el cual, en dos artículos publicados en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* (2), señala el año 1591 como aquel en que se empezaron a construir unas casas para hacer panadería.

También Schübert, como el anterior, con bastante aproximación, la coloca en el año 1590 (3).

Es posible que tampoco sea exactamente ésa la fecha, pues por ahora es dudosa en unos meses de diferencia; así, mientras las actas (4) del Municipio dicen que en «el 31 de Agosto de 1589 ya estaba comenzada», hay otros documentos que demuestran es su fecha la de 1590, por ser el año que el rey manda derribar las casas para hacer panadería.

El sitio en que estaba situada es, como he dicho, el lienzo Norte de la plaza Mayor, y ocupa el lugar de las casas que pertenecían a Baltasar López, mercader, y María de Cárdenas, su mujer, vecinos de Madrid, y que ellos venden a María Pérez, viuda de Juan de Peñalosa, el día 7 de mayo de 1590 (5). Por el documento consta que vendían «unas casas que nosotros havemos y tenemos en esta dicha villa..., en la plaza Pública mayor della, a la hacera de encima de la rropería». Señala la escritura sus

(1) «La Real Casa de Panadería en la plaza Mayor de Madrid», 1844, págs. 401-402.

(2) «Incendios ocurridos en la plaza Mayor de Madrid», 1919, y «Las Casas Ayuntamiento y la plaza Mayor», 1913, págs. 36-61.

(3) Otto Schübert, *El Barroco en España*, págs. 140 y 194.

(4) *Libro de Actas del Municipio*, cap. II, fol. 470.

(5) Documento del Archivo Municipal. Sigs. 3-37-8.

linderos, expresando que la casa en cuestión tenía por delante la plaza pública. Como cosa curiosa merece fijarse que «se reservan los primitivos dueños, por tiempo de 8 años, una ventana de las tres de las del segundo piso o suelo, la de uno de los dos lados escribe el documento—, e no la de enmedio, para que desde ella podamos e puedan ver todas las fiestas y rregocijos que se hicieren en todo el dicho tiempo de los dichos 8 años en qualesquier días dellos, así fiestas de toros, cañas, torneos, procesiones, como otras qualesquier fiestas e rregocijos y execuciones de justicia».

La venta importó 1.500 ducados. Las casas, según consta en el acta de posesión del día 15 de mayo de 1590, estaban en los soportales de la plaza Mayor de esta villa.

El día 16 de julio de 1590, la compradora, María Pérez, fundó un censo sobre dichas casas a favor de los vendedores, por el que se obligaba a hipotecar otros bienes suyos para responder del censo, dejando como razón que las casas (1) «están mandadas derribar por mandado de su magestad para acer el sitio dellas y de otras que junto a ellas están panadería».

Una vez fijado el sitio en que había de construirse la Real Casa de Panadería, ¿quién fué el encargado de llevarla a término?

Los escritores, a excepción del conde de Polentinos, que nombra a Diego Sillero, además de Juan Gómez de Mora, nombran sólo a éste. Parece que todos tienen razón.

Demuestra que el maestro mayor fué Juan Gómez de Mora un documento del año 1622 (2), en que, al hablar de las rejías de la Panadería, dice como fueron encargadas a Pedro de Salamanca, que las hizo conforme al modelo que le dió Juan Gómez de Mora, maestro mayor de las obras de ella.

En cambio, otros documentos de 12 de marzo de 1591, dicen: «comparecen ante escribano Diego Sillero, alarife de la villa, Luis de Lucón, alarife de la villa, y Antonio de Valladolid, vecino de Madrid, éstos dos fiadores del primero, y dijeron que por quanto los señores de la junta, que por mandado de su magestad se hace por el ornato y policía, obras y limpieza y salud desta villa, an encargado al dicho Diego Sillero la obra de la Panadería que se ha de hacer en la Plaza Mayor desta villa, en el corral de los toros y en las demás casas que para ello están tomadas, para que la haga toda ellaa tasación..., como parece por el acuerdo de 3 de junio del año 1590; ellos se ofrecen como fiadores de Diego Sillero».

«En 1594 Juan de Ballesteros, vecino de Alcalá de Henares, y Pedro filón de la Sierra, vecino de la villa del horcajo, maestros de obras, estando en Madrid dicen a la villa que sabiendo que la obra de la Panadería que esta villa hace en la Plaza mayor está *encomendada* a Diego Sillero, maestro de obras que hace oficio de alarife de la villa, a tasación, y para darle y pagarle todo aquello en que se tassare la dicha obra, ellos se com-

(1) *Libro de Actas* citado, fol. 87.

(2) Documento del Archivo Municipal. Sigs. 3-92-37.

prometen a tomarla a su cargo hasta acabarla, pidiendo, en consecuencia, que Sillero cesase en la obra y ésta se les confiase a los solicitantes.»

Ambos documentos nos demuestran que era Sillero el encargado de su ejecución y fué, en efecto, el que la hizo, pues en el año 1594 firma un documento (1) pidiendo recursos para proseguir la obra, que le era muy costosa; luego, cuando Gómez de Mora fué encargado de la construcción de la plaza Mayor, debió proseguir la obra ya comenzada; de otra manera no se explicaría uno el que los documentos nombren a los dos. Además, las fechas de los citados documentos —unos, los que nombran a Diego Sillero, de los años 1591 y 1594, y el que da como constructor a Mora, del 1622— vienen a demostrar esta hipótesis.

¿Cómo era este edificio, que había de cobijar, siquiera por algunas horas, las personas de la real familia y su corte? No podía ser una mansión que pasase inadvertida entre las bien alineadas casas de la plaza Mayor, y a pesar de que J. M. Cuadrado (2) dice que esta real casa apenas se distinguía de las demás, entre las cuales estaba metida y alineada, sino por las columnas que revisten los pilares de su pórtico y por el agudo dintel de las dos torres que se levantan por encima de sus tejados, el solo hecho de poseer dichas torres nos demuestra que en efecto no lo fué.

No son muchos los monumentos literarios que se han conservado de ella, porque la mayoría de los escritores suelen decir que como fué destruida por el incendio del año 1672, no merecía la pena detenerse en su estudio; sin embargo, puede hacerse una idea por lo que consta en los documentos y el discurso del regidor Juan de Tapia (3). Este hace una descripción que coincide en su mayor parte, por no decir en su totalidad, con los datos que Jerónimo Quintana nos ha dejado en las *Grandezas de Madrid* (4). Por ellos sabemos que tenía 122 pies de delantera y 56 de fondo. En el centro, y debajo de la superficie del suelo, había unas bóvedas y capillas de gran fortaleza y duración, que habían de sustentar el edificio, «y de cuya resistencia dan fe Antonio de sigura y andrés de herrera (5)», en el año 1601. No obstante el número considerable de pilastras, que algunos hacen llegar a 54, sostenían a su vez otras tantas columnas redondas, y algunas de ellas cuadradas, altas, con sus capiteles y basas. Por encima de las dichas bóvedas y capillas y todo lo que no estuviese en cuadro se labró de ladrillo colorado con muy buena mezcla de cal, y después de igualado se cubrieron las traviesas de piedra berroqueña para atar con las losas en que estaban sentados los pilares que sustentaban los suelos de la Panadería. El suelo estaba formado por losas de dos pies y un cuarto de grueso; pues si se empedraba con piedra menuda, corría el grave riesgo de desem-

(1) Véase en el Apéndice el documento número II.

(2) En su obra *Recuerdos y bellezas de España*, pág. 83.

(3) *Libro de los Acuerdos de la Villa de Madrid*, desde el año 1671 en adelante. En el Archivo Municipal. Véase Apéndice, documento número

(4) Capítulo titulado «Suntuosidad de edificios públicos», pág. 375.

(5) Archivo Municipal. Documento sigs. 3.91-22. Véase Apéndice, documento número III.

pedrarse con mucha frecuencia, a causa de las cabalgaduras que continuamente entraban.

Ya, dejando la parte baja, ¿qué vista ofrecería? El conde de Polentinos, que coincide con los datos conservados por el citado Jerónimo Quintana, nos la describe muy detallada y acertadamente en su artículo publicado en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* del año 1913, por lo cual no voy a detenerme en esta materia; únicamente me limitaré a decir que el escudo que estaba empotrado encima de la cornisa del balcón no fué colocado en el año 1654, como dice el conde de Polentinos, pues un documento del Archivo Municipal (1) demuestra que lo fué antes, y en el año 1641.

Pero esta gran obra tenía, sin embargo, que tener sus defectos y deficiencias (además de las propias de aquel tiempo) pues en el año 1634 manda el rey que se hiciese un paso para que, entrando los coches por la plaza en la Panadería, pudiesen salir por otra puerta a la calle Mayor (2).

Igualmente, en el Ayuntamiento del 17 de diciembre de 1640, se acordó reparar la casa de la plaza Mayor por donde el rey entraba a la Panadería a ver las fiestas, pues estaba caída, siendo el encargado de dicha obra Giusepe Maestrob Canselado (3).

En el año 1641 se procura adornarla en su fachada y se coloca un escudo encima del balcón de sus majestades, siendo el escudo obra de Gregorio Ruiz, y su coste de 450 reales. Dicho escudo, que tiene las armas que antes estaban situadas en un (4) «tablero que tenía 12 pies de alto y siete de ancho, enborotadas y aparejadas muy bien al olio y doradas el escudo del Rey y los dos de Madrid», estaba situado entre las dos torres de la Panadería, como consta de la tasación de los peritos: un carpintero y un pintor.

En el Registro de la Propiedad Municipal, legajo 2.º, número II, consta que en el año 1654-55 el mismo rey ordenó por un decreto el arreglo de la escalera. Y en 16 de agosto de se dió el siguiente decreto:

«La escalera de las Casas de la Panadería, por donde subimos a los balcones en los días de fiestas que se hacen en la plaza, es agria y desacomodada al subir, y indecente al bajar por el embarazo de las faldas de la reina, de la infanta, mi hija, y de las damas, y aviendo mandado que se hiciese una planta para que se fabricase otra escalera de mayor capacidad, comodidad y decencia, se a formado la que va aquí, la cual ha aprovechado por tenerla por propósito.»

Mandaba el rey, en consecuencia, que se fabricase con arreglo al plano —hasta ahora inédito— del cual acompaño fotografía.

Como se desprende, la casa había ido mejorando, y hasta aumentando. Y consta el acuerdo de los señores del Consejo de su majestad del día 3 de

(1) Sigs. 3-92-25.

(2) Archivo Municipal. Sigs. 3-91-28.

(3) Archivo Municipal. Sigs. 3-92-23.

(4) Archivo Municipal. Sigs. 3-92-25.

marzo de 1611 en el que dijeron: «que aviendo entendido lo mucho que a costado la obra de la panadería de esta Villa, la qual, aunque se a hecho ber diferentes beces y reparar de manera que esté segura y con la perpetuidad que contiene, y para asegurar esto y juntamente para el hornato y pulicia desta Villa, y porque en la calle mayor podía luzir más haziéndose la obra que está traçada por Joechin de Grajar, Agustín de Pedrosa y Alonso Carrero, alarifes desta Villa..., que en sustancia es hacer un quarto que corresponda a la dicha panadería, que salga toda a la dicha calle mayor; a de haver entrada para que se puedan usar dellas en las ocasiones de fiestas y en las demás que paresciere, con unos balcones que salgan a la dicha calle mayor...»

Pero todo ello, que creían firme y duradero, no estaba destinado a pasar a la posteridad, ni siquiera a sobrevivir al siglo, y así en el año 1672 se vió destruída por un violento incendio, del que fué la cuna, y que pronto pasó al resto de la plaza, produciendo así su total ruina.

Por lo mucho que de ello hay escrito puede uno darse idea, y no voy a entretenerme en ello por demasiado conocido.

II

RECONSTRUCCIÓN

Fatalmente destruída la Casa de Panadería por el incendio violentísimo que de ella surgió en la noche del 20 de agosto del año 1672, a que antes aludí, no tardó en ser empezada de nuevo.

La misma junta nombrada para ello hace ver la necesidad de comenzar cuanto antes la obra de la reedificación, y, en efecto, en un escrito de D. Martín Verdugo, del día 8 del mes de noviembre, año de 1672, se demuestra como se vieron ya los alzados y plantas para la nueva obra, dándose comienzo a un concurso en el que toman parte varios alarifes, entre cuyos nombres figuran los de Gregorio de Terán, como lo demuestra el *Libro de los Acuerdos* (1), que dice: «Haviendo precedido llamamiento para tratar en lo tocante a la fabrica de la Panaderia sevió un Paper y orden del Sr. Presidente del thenor siguiente.

La Reyna Nuestra Señora me ha remitido con decreto de doze deeste las Plantas que ha echo Gregorio de Teran Architecto para la nueba fabrica de la Panaderia remitoselas a Vs para que puedan berssejuntas con las demás que ay enesta materia guarde Dios a V. M. 15 Septiembre 1672—rubricado por el Sr. Presidente del Consejo— Sr. Marqués de la Vegay y vista juntamente la planta que ha hecho Gregorio Teran Architecto se acordó se ponga con las demás y para el día que setomase resolución se traigan con ellas.»

(1) Ya citado.

Figuran también en la lista de los concursantes «Juan de León y thomas Roman maestro de obras y se acordó que se consulte y añada una Planta que han trazado algunos maestros estimandose que debe aver mas plantas de otros maestros peritos para elexir la que se tuviere por conveniente» (1). Se vió otra de Juan García.

Pero, entre todas, ¿cuál fué la preferida? ¿Cuál se consideró más digna para recibir, siquiera fuera accidentalmente y durante poco tiempo, las figuras reales?

Los escritores todos, incluso el conde de Polentinos, que hasta aquí había acertado en la historia de este interesante edificio, no logran sus traerse al error y lo aportan con su mejor fe a la Historia del arte.

Yo, en realidad, por mi escasa preparación y poca autoridad, temo dar el nombre del verdadero autor de la planta elegida, porque hace desaparecer de todos los libros el ya célebre nombre de Donoso; y, sin embargo, la realidad se impone. El estudio detenido de los documentos demuestra bien a las claras el error en que se ha vivido respecto del autor de la planta de la Casa Panadería en su reconstrucción no fué Donoso; éste interviene, sí, conjuntamente con Claudio Coello; pero el *autor* de la planta fué *Thomas Roman y Compañeros*.

¿Qué documentos lo demuestran? ¿Qué pruebas tenemos de ello? Todas las condiciones del contrato (2) que han resistido al tiempo y nos ofrecen claramente las firmas de los afortunados artífices que iban a contribuir al engrandecimiento de Madrid con una obra que presidiría majestuosa el lienzo Norte de la plaza Mayor, teatro de tantas fiestas, pero también de tantos infortunios.

Dicho contrato y las condiciones se encuentran en el Archivo Municipal; una copia de él adjunto al final; pero aquí quiero incluir el párrafo que nos demuestra el verdadero autor.

«La Junta acordó cuando vió los alzados y plantas que Thomas Roman, Juan de Leon y sus compañeros ahecho y las de Josef y Manuel del Olmo mandarselas a su Magestad a que eliga.»

Otro. «La misma junta en la cual formaban parte el Padre Francisco bautipta de la Compañía de Jesús, Fray Lorenzo de San Nicolas de la orden de los Recoletos Agustinos Architectos y Juan Ruíz maestro de obras y haviendo visto las plantas echas por Thomas Roman maestro de obras y Josef del Olmo *apreciaron* las hechas por *Thomas Roman* sin hallar enellas cossa que en mendar ni reparo que hacer.»

¿Queda ahora alguna duda respecto del autor? ¿Puede decirse, creyéndolo, que fué Donoso? Si permaneciésemos creyéndolo, después de vistas las pruebas, podría decirse que cerrábamos los ojos ante la verdad, voluntariamente.

(1) *Libro de los Acuerdos*, ya citado.

(2) Véase Apéndice, documento número I. (Copia del original que está en el Archivo Municipal. Sigs. 3-92-10.)

Y ahora, que creo haber dejado esclarecido el error que hacía a Donoso el autor de este viejo e interesante edificio, intentaré hacer una descripción, con todos los detalles posibles.

Materiales.—Las losas que tenía antes del incendio se aprovecharon; pero desechándose las pasadas al fuego por otras nuevas de la misma calidad que las anteriores. Es decir, que una vez más en la historia del arte se cumple el principio de aprovechamiento que todos los antiguos usaron. Las piedras habían de ser berroqueñas o de canterita. También usaron el ladrillo para bóvedas, etc.

¿Qué disposición tenía? ¿Cómo era el edificio en cuestión? Su aspecto, desde la plaza Mayor, no podía ser más sobrio ni interesante. Sin querer reclama nuestra atención, destacándose a la par que armonizando con las demás casas de la hermosa plaza, que, en verdad, no llega en belleza a la de Salamanca; pero que no deja de tener gran importancia. Apenas entrar en dicha plaza vemos destacarse la sobria fachada, que descansa sobre recios pilares de piedra, que forman el soportal, y que se unen formando arcos semicirculares, dando origen a una arquería de 11 arcos; los pilares son de piedra tosca.

Está formada dicha fachada por tres cuerpos, y los extremos son dos torres. El primer cuerpo tiene 10 huecos, que forman balcones, y en el centro se destaca el balcón real, mientras que en los otros dos cuerpos superiores no existen más que los 10 huecos.

La fachada estaba formada por 11 claros, con sus medias columnas, con basa y capitel, arquivado, friso y cornisa.

El balcón de sus majestades, y el que le corresponde arrimado a las casas que fueron de sardeneta, tenía sus arcos salmeros. Todo se labró de albañilería, y las ventanas que daban a la plaza tenían soportadas de piedra berroqueña con su arquivado.

Las torres, que seguramente ocupaban el mismo sitio que otras que debieron existir antes del penoso incendio, estaban rematadas por chapiteles, empicados y empuados, rematados por una cruz y una bola. Las esquinas subían de abajo a arriba, de mayor a menor, almohadilladas hasta recibir las cornisas, que eran de cantería.

Digo que las torres ocupaban el mismo lugar que otras que debieron existir antes del incendio, porque de ellas nos habla José María Cuadrado (1); también Schübert (2) lo da como probable, y sobre todo Quintana, en sus *Grandezas de Madrid*, nos las describe seguro.

La fachada, a pesar de su seriedad, se adornó con frescos pintados por Claudio Coello, que el tiempo, actuando en su poder destructor, hizo desaparecer, y de los cuales no nos quedan más datos que los que comprende la descripción de Schübert, que nos dice: «En el primer piso empleó basamentos coronados rodeados de figuras, y en el segundo cuadros ovales con

(1) *Recuerdos y bellezas de España.*

(2) *El Barroco en España*, págs. 140 y 194.

figuras y ricos guarnecidos y en el tercero bustos coronados con nichos sobre las correspondientes basas.» Esta decoración engalanaba un poco más su sólida arquitectura, y, según Schübert, ofrecía un aspecto solemne de grandeza en que ganaba lo pictórico a lo arquitectónico.

No podría dejar pasar inadvertidos los escudos de armas que contribuían a su embellecimiento, y que fueron traídos por Nicolás Barberi, quien se comprometió a traer de Génova las armas reales de su majestad (1), de mármol blanco, labradas en toda perfección, y cuatro armas de la villa y dos mármoles para los letreros. Todo ello labrado en conformidad de los dibujos que se enviaron allí para este fin, y por lo cual se pagó al dicho Nicolás Barberi 140.168 reales de plata, como se había comprometido; y en efecto, todo ello vino de Génova antes de septiembre del año 1674, y cumpliendo el compromiso, el día 28 de febrero, D. Francisco Pascual de Ibarra, juez en Alicante, certificó que en dicho día entró en dicho puerto la nave nombrada *Arca de Noé*, de la cual era capitán Miguel Angelo Rossó, y en el día 2 al 3 la llamada *Nuestra Señora de Loreto*, en las cuales venía el envío (2).

El coste fué por «el coste y costas de los marmoles que an venido de Xenova con el flete asta puestos en alicante conforme la quenta se hadado son (con el cambio) 150.868 reales». Los gastos en Alicante (3) —según la cuenta firmada por Paulín (a quien venían dirigidos)— fueron 338 reales de plata.

Estos tableros de mármol que se encargaron para las inscripciones fueron labrados y colocados uno sobre la cornisa con la siguiente inscripción:

«Reynando Carlos 2.^o—Governando D.^a Mariana su madre año de 1674.»

Otra se colocó en el arco del callejón del Infierno, hoy del Triunfo; otra sobre el arco frente a la bajada a los sótanos o Caballerizas (4).

Además de estas inscripciones y mármoles, que daban una nota más de suntuosidad en la fachada, había una serie de adornos, debidos al maestro ensamblador Pedro Delanda, hechos en yeso, que decoraban la ventana de sus majestades, y por los dibujos para ello y los de las armas reales y las de la villa le pagaron 339 reales de vellón (5).

También se pagó a Marcos García, dorador de bronce, 1.500 reales por «8 rematos rramilleteros de bronce y quatro mascarones dansimismo de Bronce todas doce pieças doradas de oro molido que ande servir para adornos albalcon de sus Magestades».

(1) Véase en el Apéndice el documento número IV (Copia del contrato existente en el Archivo Municipal).

(2) Véase Apéndice, documento número IV, titulado «Escudo».

(3) Véase Apéndice, documento número IV del Archivo Municipal. Sigs. 3-92-16.

(4) Véase Apéndice, documento titulado «Inscripciones en la fachada».

(5) Véase Apéndice, documento titulado «Adornos».

A Alonso Carrasco se le dieron 5.496 reales por 88 bolas remates en bronce que se pusieron en los balcones de la Panadería.

Obra de Rodrigo Carrasco fueron los remates blancos de la sobreventana del balcón del rey.

Hay que añadir que se encargó para imprimir con ella la fachada una lámina de bronce que se ajustó con Pedro de Villa Franca, pintor y escultor de su majestad, «que bibe en la calle de las vertas, dandole 5.000 reales de vellón y comprometiendose a darla en el termino de 2 meses» (1).

Toda esta espléndida fachada estaba coronada por un tejado de pizarra que contribuía con su tinte oscuro a realzar la sobriedad del vetusto edificio.

Franqueemos ya el dintel de la puerta, y lo primero que encontramos es un portal formado por arcos de canterita, de piedra berroqueña, y bóvedas de ladrillo sobre dichos arcos y tabicados y doblados con dos dobles y jarrados por abajo y macizos de yeso y ladrillo todos los ensartes hasta su corona, de manera que quede a nivel del suelo o lladero de la parte del cuarto de sus majestades.

«La escalera Principal por donde subían las reales personas tenía las 4 pilastras de enmedio de cantería y las paredes repisadas de yeso». Las gradas de una pieza, y cuya materia al parecer no podríamos precisar, pues según una condición del contrato de los constructores habían de ser dichas gradas de «Una pieza cada Una, de piedra berroqueña, y las piedras en que andessentar labaranda debalaustres de Ierro andeserajustados con las alturas»; pero según otra condición del mismo contrato (la número dice «Es condición que la escalera Real de sus Magestades a deser de graro 18), das de Madera con un Bocel o filete y copapada del ancho que se demuestra la planta y encima el adorno de sobre escalera que le cupiese en la conformidad que estaba guarnecida por estar y en el mismo sitio».

Como se ve, la contradicción existe, y es grande; pero siguiendo en la lectura del mismo contrato nos encontramos con otra condición que lo aclara, dándonos la clave del asunto.

Hay una aclaración que dice «que la escalera Real de sus Magestades que como supone en la condición que adesar de madera se advierte que conbenimos enque sea de Una Pieza echandole un barron de Ierro acada una por debajo».

Además de esta escalera principal existían otras para el uso corriente, pues en una de las condiciones dice que a las personas que vivan para cuidar de lo bajo «se les ha de dar una escalera a cada lado», por dentro de la Panadería, «por altarse mas de Veinte y seis pies de alto desde el patio hasta el suelo del cuarto de sus Magestades y las pilastras ser muy delgadas Para tanta altura»; y en la condición 20 dice a su vez «que seandeacer dos escaleras donde demuestra la planta de Peldaños de Viga de media

(1) Véase Apéndice, documento titulado «Lámina de Bronce».

Vara aseRada con sus cielos rasos guarnecidos entodos los tiros y mesas y pasamanos labrados de madera». Todo ello blanqueado.

La sobreescalera se adornó con un recuadro y con perfiles y adornos que fueron a gusto del artífice, como se desprende del contrato.

Además, según dice el conde de Polentinos, estaba adornaba con un zócalo o azulejos iguales que los que decoraban tan brillantemente la cámara o cuarto desde el cual presenciaban sus majestades las fiestas; cuando hable de esto diré algo sobre dichos azulejos. Parece que sí, que también la escalera estaba adornada con ellos, aunque los documentos no dicen nada de ello directamente.

En cuanto al interior, ¿cómo era?; ¿qué distribución tenía? En el Archivo Municipal existen unos planos que, aunque no están fechados, la letra en que están escritos sus rótulos o letreros nos hace suponer son los de su reconstrucción, porque son del siglo xvii. Van firmados por Juan García de Gonzalo.

Dichos planos, que son dos, uno de la planta baja y otro de la alta, darán mejor la idea de lo que esta Real Casa de Panadería era en sí.

A la parte delantera, y a ambos lados, tenía unas escaleras, que conducían al segundo piso y que daban una a cada extremo del edificio y contiguas al cuarto de sus majestades. En la parte que daba a la calle Mayor había una tercera escalera, sin duda destinada al servicio de los habitantes y tiendas que ocupaban aquel extremo del edificio, destinado en parte para vivienda de los corregidores; según hace constar el conde de Polentinos (1), se acordó en sesión del 7 de septiembre de 1672. En la parte baja, y en el extremo derecho (visto desde la plaza Mayor), había unas habitaciones destinadas para el «Alcayde». Esta, más alguna otra dependencia, era lo que constituía la parte baja.

En su parte alta (que tenía casi la misma distribución), ocupando casi todo el frente, estaba el cuarto de sus majestades, subdividido a su vez en sentido longitudinal, formando una arquería de tres arcos, de los cuales el del centro era mayor, y los de los extremos, iguales. Cada uno de estos aposentos, que en realidad eran uno solo, estaban espléndidamente adornados con azulejos, que contribuían a dar una nota de riqueza en el majestuoso salón.

Estaba formado por vigas de terciá y cuarta, con bovedillas y cielos rasos, ricamente decorados por dos célebres pintores: Joseph Donoso y Claudio Coello, que acordaron pintar y decorar las salas, que eran tres (2), y por cada una se les había de dar 1.000 ducados, obligándose a darlas acabadas y pintadas para fin del mes de marzo de 1674. Dándoseles para empezar la obra 700 ducados, y el resto en *mesnadas*, cada una a 3.614 reales, empezando desde el mes de septiembre del año 1673 y acabando en marzo del 74. Los dibujos que ejecutaron fueron vistos y elegidos antes por la

(1) Artículo citado, *Boletín* del año 1913.

(2) Véase Apéndice, documento número . Archivo Municipal. Sigs. 3-92-16.

Junta; pues en el acuerdo dice «pinttaremos y adornaremos las dichas 3 salas de la dicha cassa de la Panaderia executando sus adornos y demás cosas en conformidad de la planta de una de dichas salas que exevimos en dicha Junta y las de las otras dos. También entregaremos los dibujos de ellas para la elección y conformado que esté su execución las daremos acabadas de pintar y adornar enttodas formas a lo que nos ttoca ottocar pueda en nuestra facultad y arte para fin del mes de marzo...»

Ahora bien. ¿Cómo eran estas pinturas de que nos hablan casi todos los escritores del Madrid antiguo? El conde de Polentinos nos las describe con bastante extensión, y dice que Claudio Coello pintó la parte central del salón, que tiene un escudo inclinado, con las armas de la monarquía española, sostenido por cuatro virtudes cardinales y grupos de ángeles; el resto —dice— fué pintado por Donoso, y sus elementos arquitectónicos, barrocos de admirable perspectiva; en efecto, ésta es hermosísima, a poco que nos fijemos en la admirable composición; los colores de esta pintura al fresco nos hacen fijarnos en sus grandiosas figuras y, sobre todo, en el movimiento que parece desprenderse de ellas, especialmente la que representa la Justicia, con su balanza en la mano izquierda y la espada en la derecha. Tanto el tema como los atributos, con ser un asunto tan usado, están trazados con una perfección tal, que nos hacen pensar en algo nuevo.

El suelo lo forman baldosas, mientras que el de los cuartos restantes eran ladrillos «de herribera todo raspado y cortado». Tenía dicho salón un esquilfe por debajo, «guarnecido de yeserta y sus cornisas al rededor con un recuadro en medio y la pieca que leco Responde detrás y Caen las Ben-tanas al patio también con el esquilfe y adorno que la antecedente».

Los azulejos que forman la espléndida decoración, y que completan la obra de Donoso y Claudio Coello en el salón de sus majestades, fueron traídos por Alonso Gutiérrez y Joseph Martínez, vecinos de la Villa de Madrid y mercaderes de vidrios, como se acordó en la Junta del día 10 del mes de julio del año 1673, en que se obligaron de mancomún a entregar 14.000 azulejos, más o menos los que fuesen necesarios, conforme a la muestra vista en la Junta y llevada al oficio del presidente, en los cuales entran 650 alizares y los demás azulejos necesarios para ocho escudos de armas de su majestad, y otros ocho de las de la villa, y los azulejos para los ramillete-ros y los remates que les ordenara, comprometiéndose a entregarlos en la Casa Panadería para diciembre de 1673, por precio, cada azulejo de la granadilla, de real y cuarto, y los de las armas de su majestad y las de la villa y ramilleteiros y remates, a dos reales cada uno, y en caso de no darlos para dicho tiempo se les ponía 200 ducados de pena. Los alizares a 15 cuartos cada uno.

Importando el total de los azulejos lo siguiente:

15.374 azulejos de granadilla, a precio cada uno de... 38 ms.

12 escudos de armas de su majestad, y en ellos 576

azulejos, cada uno de..... 2 reales.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

12 escudos de armas de la villa, y en ellos 360 azule- jos, cada uno de.....	2	—
18 pilastras, y en ellas 1.152 ídem, ídem de.....	2	—
100 ramilletteros, y en ellos 600 ídem, ídem de.....	2	—
550 alizares, a.....	60	ms.

La colocación de todos ellos fué encargada en el cuarto de sus majestades y escalera principal a los soladores Andrés Martín, Luis Bueno, Antonio Asensio y Juan Valle. Completando, con sus tintes azules de legítimos talaveras, los escudos de sus majestades y de la villa, la nota de polícromía que darían con su presencia las telas de los personajes de la corte, que tantas veces se reunieron con la alegría y brillantez propia de aquellas espléndidas y clásicas fiestas.

Otra de las piezas que merece especial mención, por el cuidado que pusieron en decorarla, fué el patio, debido, sin duda, a que era lugar designado para los coches de sus majestades, y para el cual se ajustó con Carlos Gottier, en 1673, la fuente que había de ocupar el frontispicio del patio en el precio de 28.000 reales (1) —y cuya ejecución tuvo que amoldarse «al modelo y dibujo que presento y ha firmado de mí el presente secretario»—, y la cual se componía de 20 pies de latitud, sin contar los leones y el escudo, y 22 de ancho. Los leones se hicieron al contrario de como aparecían en el dibujo, es decir, agarrando el escudo; la figura era de mármol de Génova blanco; fué traída con los mármoles de los escudos en las naves *Nuestra Señora de Loreto* y *Arca de Noé*, por mediación de Nicolás Barberi, y vinieron en tres cajas (2). Dicha figura la componían dos niños y una estatua de Diana; su precio fué 100 libras, mas cuatro de dos sueldos y dos dineros por derechos.

Sobre dicha fuente se colocó un escudo, por el cual se pagaron 1.600 reales, y fué obra de Manuel Pereira, a quien también se le pagaron 10.600 reales de vellón por siete escudos de armas, incluyendo con dichos escudos sus respectivas coronas, asimismo de mármol.

Completando la decoración del patio, además de lo referido, existían los florones y jarros, que adornaban la arquitectura, y las bolas que estaban encima de la fuente, que eran de mármol blanco, del más blanco que se encontró en España; la obra restante fué de mármol de San Pablo, y los embutidos de jaspe de *sexí* (3). Dejando la fuente en disposición de que corra el agua en el término de diez meses, a partir de abril de 1673.

Se colocó también en el patio una reja, obra de Luis Collado, maestro cerrajero, que valió 500 ducados de vellón (4).

(1) Véase Apéndice, documento titulado «Fuente» (Archivo Municipal).

(2) Véase Apéndice, documentos titulados «Escudos de Armas y Fuentes» (Archivo Municipal).

(3) Véase Apéndice, documento titulado «Fuente» (Archivo Municipal).

(4) Véase Apéndice, documento titulado «Adornos» (Archivo Municipal).

La obra de cerrajería de todo el edificio se encargó a Pedro Sánchez, cerrajero de su majestad, Domingo Hexerán y Juan Gómez (1).

Existe, además, en el Archivo Municipal un plano del interior y de la segunda planta del mismo edificio, que carece igualmente de fecha, pero que también por su letra podemos fecharlo aproximadamente, siendo desde luego posterior, del siglo XVIII. Después de haber visto los anteriormente descritos, apenas mirarlo, nos salta a la vista su menor tamaño; es decir, el edificio perdió terreno, influyendo en ello sin duda el cambio de costumbres, con lo cual la Casa Panadería vió poco a poco declinar su importancia y pasó a la posteridad como un recuerdo histórico, y ya olvidado por conocido.

El pretender hacer su historia hasta la época actual es labor que con gusto lo hubiese hecho, si la premura del tiempo me lo hubiese permitido. Pero, a pesar de mis buenos deseos, me veo obligada a terminar por ahora con la reconstrucción de 1673-74. Quizá algún día siga mi estudio en las vicisitudes y cambios por que ha pasado la Casa de la Panadería, que fué durante algún tiempo ocupada por la Academia de San Fernando, y que presta hoy su asilo al Archivo Municipal, haciéndonos olvidar con sus pinturas y el brillo de sus azulejos los carcomidos papeles, testigos y recuerdos de tanta grandeza y tanta desgracia a la vez.

Por último, y antes de terminar, quiero dedicar un recuerdo de agradecimiento por las facilidades que me fueron dadas en dicho Archivo Municipal para mis investigaciones, y sobre todo al culto, y por mí tan apreciado, catedrático de la Universidad Central y Archivero, D. Agustín Millares Carlo.

ESPERANZA GUERRA SÁNCHEZ-MORENO.

(1) Véase Apéndice, documento titulado «Remates» (Archivo Municipal).

BIBLIOGRAFÍA

- Jerónimo Quintana.— *A la muy noble, antigua y coronada villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*. Edic. Madrid, año MDCXXIX, pág. 375, cap. LVI.
- Otto Schúbert.— *Historia del Barroco en España*. Traducción del alemán por Miguel Hernández Alcalde. Edic. Madrid, MCMXXIV, págs. 140 y 194.
- Semanario Pintoresco*.— *La Real Casa de Panadería en la plaza Mayor de Madrid*, 1844, págs. 401-402.
- Conde de Polentinos.— *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, año 1913. Capítulo titulado «Las Casas Ayuntamiento y la plaza Mayor de Madrid», págs. 36-61.
- Conde de Polentinos.— *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, año 1919. Artículo titulado «Incendios ocurridos en la plaza Mayor de Madrid», págs. 39-54.
- Mesonero Romanos.— *El antiguo Madrid*, págs. 121-137.
- Llaguno Amirola.— *Noticia de los arquitectos y arquitectura en España*, tomo VI, págs. 380-381.
- Gil González Dávila.— *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid*. Edic. Madrid, MDCXXIII, cap. V, fol. 12.
- Manuscritos del Archivo Municipal de Madrid y de la Biblioteca Nacional*.

APÉNDICE

DOCUMENTO NÚMERO I

Año 1672.— Archivo Municipal.

«Contrato-Condicioncs y precios para fabricar la nueva obra qucssea de hacer En la plaza mayor y panaderia.

Es condición que todas Las losas de Elección que ay se an de lebanlar Y reconocer Si están passadas al fuego o no, Y si lo Estubiesen no an de servir sino poner otra nuevas de Un pie de grueso y ancho y largo lo que Vbiesen menester segun Para donde fuesen.

Es condición que sea de Executar segun la planta baja todo lo que mira a la plaça de armeria de piedra berroqueña Las pilastras de piedra berroqueña asta el pabimento del quarto de sus Magestades.

Es condición que en todo lo que dice el portal an de ser arcos decante-rita de piedra berroqueña y bobedas de ladrillo sobre dichos arcos tabica-dos y doblados con dos dobles y jarrados por abajo y maciços de yeso y ladrillo todos sus ensartes asta su corona de manera que queden a nibel Por la parte del suelo o lladera de dicho quarto de ssus Mes.

Es condición que En todo El resto del dentro de la panaderia desde las rrejas adentro an desser assi arcos Como bobedas fabricadas de ladri-llo Con dos dobles y jarradas por devajo y maciças todos sus enjardes de yesso y ladrillo En esta mesma conformidad que las de encima de dicho portal.

Es condición que esta escalera Principal por donde an de ssubir los Reyes se a de acer las quatro pilastras de En medio todas de canteria y las de las paredes an de sser repisadas de yeso.

Es condición que las gradas todas an desser de una piedra berroqueña y las pilastras En que an de sentar la baranda de balaustres de Ierro an de ir ajustadas con las alturas Y que las de dichas gradas Con sus cajas an de tener tres dedos mas altas que los bocelos de dichas gradas.

Es condición que para que carguen las gradas se a de acer asi Como en las mesmas bobedas tabicadas de ladrillo con dos dobles y enjarjadas En la mesma Conformidad que las de arriba y por tales adornadas como me-jor pareciese a El arirffe acuyo Cargo quedare adbirtiendo que asi arcos como ympostas y rrepissas an de sser Emitados decantesta y el casco dela bobeda blanqueado.

Es condición que la sobre escalera se a de adornar con Un requadro Con los Perfiles y adornos que mejor lepareciese a el artifice a cuyo cargo Estubiese por ser parte Principal de dicha escalera.

Es condición que El alçado que Eligiesen los Señores dela Junta Plantas se a de Executar Sin poder Inobar En cosa alguna sino fuese Con parecer de dichos Señores.

Es condición que las mezclas de cal que se Vbiesen de acer an de ser Una espuerta de cal y dos de arena.

Es condición que el ladrillo que segastasse En las paredes a desser losado lo de las paredes de fuera y rrosado lo de dentro.

Es condición que el ladrillo que se gastase en las citaras a desser decorado y de lo que pinta y dichas citaras Se an de acer de Yesso cernido de criba.

Es condición que el yeso que se Vbiese de gastar En toda la obra se a de acer y machacar En ella y no sele a de hechar mezcla ni fraude alguno mas quetan solamente la piedra Y cisco que saliese della.

Es condición que todas Las armaduras an desser Cubiertas de piçarro y los chapiteles y pies derechos de buardillas y todos los faldones de las armaduras donde se a de pisar.

Es condición que los cubiertos delas piezas que se acen dibidiendo El patio an de ser tejados con teja de larribera y alero de modillones de madera por ser obra queCay En lo interior y no bersse sino es desde El Patio o ventana del.

Es condición que el Salon de sus Magestades a de ser debigas detercia y quarta Con bobedas y cielo rraso Por debajo.

Es condición que todos los demas suelos de todos los quartos an de ser con bobedilla con las maderas que les corresponden a sus guecos y en todas las paredes Soleras de Bigas de quarta y sesma y en los cerramientos Carreras de bigas detercia y quarta.

Es condición que asi para Encima de los capiteles de las pilastras que dibiden los patios Como para sus Entressuelos Se an de hechar dos bigas juntas deuna Vara en las dichas pilastras Enque an de cargar los suelos de bobedillas.

Es condición que En las piezas que atrabiesan y dibiden El patio se an de acer Entressuelos para que en ellos biban las personas que an decuidar de lo bajo dandoles Una escalera a cada lado por dentro de la panadería y eso por Causa de alçarse mas de Veinte y seis Pies dealto desde el patio asta el suelo del quarto sus Magestades y las pilastras son muy delgadas Para tanta altura.

Es condición que asi las Esquinas de las torres que miran a la plaça Como las ynteriores del último Cuerpo y cornisas asi de torres como de os quartos an de ser de canteria de Piedra berroqueña como lo demuestra El alçado.

Es condición que todas las portadas de las bentanas que miran a la plaça y pilastras del balcon de sus Magestades an de ser de piedra berroqueña.

Es condición que las armas y adornos del balcon de sus Magestades an de ser de piedra berroqueña de tamajón.

Es condición que el quarto de sus Magestades se a de solar de Valdosa y los demas quartos de ladrillos de la rribera, todo raspado y cortado.

Es condición y rematada toda la dicha obra dejandola blanqueada y solada Eceto puertas y bentanas cerraduras Plomo piçarra de los balcones

nes balaustras de escallera y los de las armaduras, tendrá de costa asta ciento y ochenta mill ducados de bellon.

Siguen las condiciones: Primeramente suponiendo que estén los cimientos y Bobedas de las caballeriças Buenos y que si tubieren algun Reparo se a de tajar despues de echo por la persona que los Señores nombren se an de sentar losas de elección de una quarta de grueso labradas y escodadas debajo de todas las pilastras y las de la planta de la panaderia en la plaça an de yr Encadenadas de cabo a cabo dejando Los claros de las lumbreras.

2. Es condición que todas las pilastras de la panaderia en el dentro an de Yr como la planta demuestra con sus boquillas en los Rincones de dos pies y quarto en quadrado Con çocalo y capitel toscano labrados y trinchantados despesadas que suban asta el alto del primero suelo de las Vigas maestras.

3. Es condición que la fachada de la plaça a de llebar once claros como demuestra el alçado y las pilastras Con sus medias columnas dela salida que les Pertenece con basa y capitel Architrabe friso y cornisa en la forma y con el adorno que en el se demuestra.

4. Es condición que el claro que en el se muestra por donde an de entrar sus Magestades y el que le coResponde aRimado a las casas que fueron de sardeneta An de llevar sus arcos salmeres aRegla en la forma que se muestra en el alçado.

5. Es condición que se an de sentar en el primero suelo las cadenas de Vigas de media vara de andar en dos Para que guarden el vilo de la pilastra en los Rincones de las Boquillas despues de guarneçidas con toda perfección.

6. Es condición que sobre Las dichas cadenas an de sentar los madeiros del primero suelo de gruso de quarta y sesma con sus Cielos Rasos guarneçidos y Remattados y salpicados de Cadenas.

7. Es condición que en la pieça donde asisten sus magestades se a de echar el cielo deVigas de terciã y quinta con su esquilfe por debajo guarneçido de Yeserta y sus cornisas alRededor con un requadro en medio y la pieça que le corresponde detras della que Cain las Bentanas al patio a de ser de bigas de quarta y sesma de Veinte y dos pies con el esquilfe y adorno que la antecedente.

8. Es condición que las dos galerias de damas y caballeros que cogen lo largo de la fachada an de llebar sus bobadillas toscas para Hacer Cielos Rasos por debaxo faxeados Por Rincon y Rematados de yesso negro y blanco.

9. Es condición que la fachada dela plaça se a de labrar dealbañileria de entrejunto e de jaboncillo agramillado Con cal y arena zernida de en mezclando a dos espuertas de cal tres de arena y la cal Repesada.

10. Es condición que En todas las Ventanas de la fachada de la plaça se an Echar soportadas de piedra berroqueña como a de ser lo demás de ellas. Con su arquitrabe como demuestra el alçado y las Bentanas donde asisten sus Magestades a de llebar el ornato que por el semuestra con toda perfección.

11. Es condición que en la dicha fachada se an de sentar sus cornisas pie... que entregen todo elgrueso de la pared y salgan con sus molduras

que muestra el alcado para sentar encima Los Balcones y laque cor... el edificio Recibiendo las Corientes de las armaduras.

12. Es condición que toda la madera de los suelos de qualquier largo que fuera a de ser de quarta y sesma labrada Con sus Bobedillas Rematadas.

13. Es condición que todas las CaReras de los ambitos maestros an de ser de Vigas de terciá y quarta labradas y los pies derechos de dichos ambitos así mismo de terciá y quarta Con alitaras de ladrillo y yeso cernido forradas y rematadas.

14. Es condición que todas las dibisiones que por la planta se muestran fuera de dicho ambito an de ser de giones de quarta y sesma entramadas y tal ...cadas jaharradas y blanqueadas.

15. Es condición que todas las armaduras an de ser de Vigas de quarta y sesma EnRasados encima con tabla deCoral yembarconado donde le to ...Bienclabado Conchillon Real y enpicaradas todas las dichas armaduras y emplomadas en los Rincones de las Buardas que serán... que muestra el alcado y otras quatro a la parte del patio.

16. Es condición que se an de Hacer dos chapiteles En la forma con el ornato que demuestra el alcado en picaRadas y enplomadas con Cruz y Bola y lo que en el se demuestra.

17. Es condición que las esquinas delas toRes ande subir de abajo aRiba de mayor y menor almoadilladas asta Recibir Las cornisas de las dichas toRes que an deser de Canteria como por el se demuestra.

18. Es condición que la escalera Real de sus magestades a de ser de gradas de Madera con su Bocel y filete y copadas del ancho que se demuestra la planta y encima El adorno de sobre escalera que le cupiese En la conformidad que estaba guarnecida por estar oy en el mismo sitio.

19. Es condición que el quarto Principal donde asisten sus magestades a de ser solado de baldosa y los demas quartos de ladrillo de Aranjuez cortado y Raspado con toda perfeccion.

20. que se an de hacer dos escaleras donde demuestra la planta de Peldaños de Viga de media Vara aseRada con sus cielos Rasos guarnecidos con todos los tiros y mesas y Pasamanos labrados de madera.

21. que se an de Blanquear todos los quartos de aRiba abajo y Cielos Rasos de la panaderia y escaleras Como se acostumbra.

22. que sea de losar el patio que está señalado en la planta de losas labradas y esquadradas de dos pies en quadro con mezcla de cal y arena de dos y una.

23. Que las tres medianerías se an de hacer sus paredes gruesas como la planta demuestra de albañilería con mezcla de dos de arena y una de cal zernida y llenas con ygualdad.

24. Que los maestros an de sacar la tierra al campo a su costa y se les aygan de dar los despojos que ay en la plaça de piedra y cascote y ladrillo que en la conformidad dicha ejecutado como el a declarado Costara la cantería albañilería y carpintería de esta obra Ciento y treynta y siete mill ducados y lo firmamos en Madrid a diez de noviembre de 1672 años.—*Marcos Lopez.—Luis Roman.—Thomas roman.—Juan de Leon.—P.^o Laynez.*

Es declaración que la escalera Real de su Magestad como se pone en la Condición que a de ser de madera se advierte que combenimos en que sea de Gradas de piedra de Una Pieza echandole Un berron de Ierro acada una por debajo que se nos a de dar asi con el demás Ierro para dicha obra.

Es condición que sobre las pilastras del cuerpo de la panadería y portales dela Plaça se han de hacer sus bobedas de lo que pinta tabicadas y dobladas y sacadas sus embocaduras y jarradas y Blanqueadas y rematadas en toda forma y esto sea de executar en lugar de la Caxa de Vigas y suelos rasos del dicho quarto.

Es condición que las armas que se demuestran en el Alçado nos obligamos de executarlas de piedra berroqueña o de tamajon como pareciere a los señores dela junta y en esta Conformidad con lo restante de la obra conforme a las condiciones ariba declaradas nos obligamos de xecutar la y Hacerla en los ochociento y treinta y siete mill ducados de Vellon y los despojos especificados y lo firmamos en Madrid a catorce dias del mes de noviembre de 1672 años.

Con estas condiciones nos obligamos a dar fenecida y acabada esta obra por lo que a nosotros toca en la conformidad de nuestra Planta y alçado en tiempo de diez y nueve meses que se an de empezar a contar desde el dia que se nos entregaron los dichos treinta mill ducados y si por alguna causa se nos dexasen de entregar los cinco mill ducados de cada Una de las dichas mesadas aprimerio del mes como lo ponemos en condición o se no mandare detener la obra por alguna razón ase mesmo tiempo que se delatare la paga ose mandare suspender la dicha obra se aya de añadir a los dichos diez y siete meses contados como dicho es y no Cumpliendo de nuestra Parte con lo referido, se nos ayan de descontar los siete mil ducados que restan del precio Principal a que nos obligamos y os obligamos a dar fianza a satisfacción de dichos señores dela Junta y lo firmamos en dicho dia mes y año.—*Juan de Leon.*—*Thomas Roman.*—*Marcos Lopez.* *Luis Roman.*

Y nos obligamos a hacer los cimientos que fueren menester y dice nuestra plana de pedernal fino y las armas de su Magestad y de Madrid y los letreros los hemos de hacer de piedra berroqueña o de tamajon y si a la junta le pareciere sea de otra piedra senos a debajar de nuestra postura lo que montase la piedra de tamajon o berroqueña.—(*Los mismos.*)

Año 1673.

La Junta acordó.cuando vió los alçados y Plantas que Tomas Roman, Juan de Leon y sus compañeros an echo y las de Josef y Manuel del Olmo mandarselas a su Magestad a que eliga.

La Junta en la cual formaban parte el padre Francisco Baupptista de la compañía de Jesús, fray Lorenzo de S. Nicolás de la orden de los Recoletos Agustinos architecttos y Juan Ruiz maestro de obras y haviendo visto las Plantas echas por Thomas Roman maestro de obras y Joseph del Olmo apreciaron las hechas por Thomas Roman sin hallar en el cosa que en mendar ni reparo que hacer.»

DOCUMENTO NÚMERO II

Año 1594.—Registro de la Propiedad Municipal. Leg. 2, núm. 3. Archivo Municipal.

«Muy poderoso Señor.

Diego Sillero maestro de obras a cuyo cargo está la obra y fábrica de la panadería que por mandado de V. Alteza haze esta villa en la Plaça mayor della, digo que yo tengo gastados muchas suma y a causa dello y de los muchos materiales que para ello tengo comprados y por ser muy costosos este segundo suelo que viene encima del que al presente está hecho, así de muy gruesas maderas como de mucha cantidad dellas que van en este dicho suelo y así mismo la cantería que aquí va es mucha y de muy grandes piezas que treinta y dos pilares que lleva no ay ninguno que no sea menester quatro pares de bueyes para traellos y en las dos portadas que salen a la Plaça ay piedras que pesan ochocientas arrovas cada vna y toda esta piedra así la que esta dicha como toda la de los arcos es menester poner diligencia en traello este verano porque sino se trae en todo el invierno no se podría dar golpe en toda la dha. panadería, sin otros materiales como cal y ladrillo lleva mucho este segundo suelo y siendo esto como es así tengo necesidad de que V'Alteza me mande dar cantidad de dinero para acudir a todas estas cosas &&.»

DOCUMENTO NÚMERO III

Año 1601.—Sig. 3-91-22. Archivo Municipal.

«Dezimos Antonio de Sigura y Andres de Herrera aparezadores en las obras Reales dela Casa de Madrid y casa del pardo y campo que por mandado del Señor Sebastian hurtado yeedor de las dichas obras Reales de su magestad y regidor de la villa de Madrid nosotros fuimos aver las bobedas y capillas que es tan hechas en la superficie de las panaderias en La plaZa mayor desta villa y que viesemos en que forma se haran los empedrados que an de tener encima las dichas bovedas Las quales emos visto y mirado para que la obra quede perfectamente acabada para la perpetuidad y deZimos considerada la firmeza que conviene que tengan Las dichas bobedas y capillas a nuestro parecer que para que todo quede atado y incorporado se limpie y barra toda la panaderia por cima de las dichas bovedas y capillas y se vaya rregando mucho y en las enberaduras y enxutas de las dichas capillas y en lo que no estuviere ygualado se labre yguala de ladrillo colorado con muy buena mezcla de cal y despues de igualado se echen sus traviesas de piedra berroqueña que aten con las losas que estan

sentados los pilares que sustentan los suelos de la panaderia las quales losas an de tener 2 pies y un quarto de lecho y una quarta de grueso y conviene que estas vayan labradas como todo lo demás y seasienten a cordel y nivel y los quadros deempedrado de cal y piedra y queseade muy buena mezcla e chando encada espuerta de cal otra de arena y la piedra con que se empedrara sea de..... ya de yr hecho y también labrado que la obra que esta echa se junte y encorpore para que quede tan firme como si todo junto se labrara porque asi conviene para la firmeza y seguridad de las dichas capillas por ser como es el fundamento de las dichas bobedas y fabrica y de no hazerse así seriaponerlas en grande riesgo de hundirse alguna de las dichas bobedas y hundiendose una seria mucho perjuizio y ruina de toda la fabrica y este es nuestro parecer y el mismo que dimos aveinte y seis dias del mes de enero deste año en la dicha panaderia en presencia de los señores.....»

DOCUMENTO NÚMERO IV

Año 1641.—Escudos.—Sig. 3-92-25.—Archivo Municipal.

«Digo yo Gregorio Ruiz que por orden de Madrid e echo unas armas para la panaderia para encima del balcon donde su magestá be los toros que al presente están puestas en un tablero de doce pies de alto y siete de ancho enberotadas y enlazadas a aparejadas muy bien al olio y doradas el esqudo del rey y los dos de Madrid.»

Año 1672-1674.—Sig. 3-92-16.—Archivo Municipal.

«Nicolas de Barberi a de azer traer de Xenova Las armas reales de su Magestad de marmol blanco labradas en toda perfección y tambien quatro armas de la Villa y 2 marmoles para los letreros todo labrado en conformidad de los dibuxos que se an entregado antes de ahora y están ya en Xenova Todo ha de ser por su quenta del coste y de los demás gastos asta que estén en Alicante o Cartaxena en sus caxas bien acomodados y por todos los dicho marmoles se le ha de dar 14016 reales plata y se le ha de dar Letra para dicha ciudad de Xenova a su favor y acora de presente por cuenta de la dicha cantidad se le ha de pagar en dicha ciudad 10 pesos a su justo valor de aquella moneda.

Y estando dichos marmoles descargados y puestos en tierra en dicha Alicante o Cartaxena los gastos o derechos asta Madrid a de ser por cuenta de Madrid. dichas armas y marmoles an de estar acavadas a fin de septiembre deste presente año y embarquen en el primer conboy que vaya de Xenova para Alicante o Cartaxena y en caso de que Dios permita algun embaraco o detención por causa de la mar o se perdiese el navio no este Barberi obligado a cosa alguna solo azer venir otras armas por su cuenta y en caso que los señores no quisieren haga el dicho Barberi volver los 80 reales de plata.

Don Francisco Pascual de Ibarra Juez Certifico. que el día 28 de febrero del corriente año entró en este puerto y ancoró La nave nombrada el Arca de Noe, Capitan Miguel Angelo Rosso que dijo venia de Jenova y con efecto en la jornada dicha desembarcó trese caxas de Marmoles para consignar a Guillermo Paulin cavallero vezino desta Ciudad y Consul por su M. de la nación Inglesa y en la jornada siguiente de 2 de marco de dicho año La nave nombrada Nuestra Señora de Loreto que entró y ancoró en este puerto y dijo venia de dicha Jenova con efecto desembarcó una caxa de Marmoles que consignó a dicho Paulin, de todas las quales dichas caxas supuso que traían las Reales armas de S. M. y las de la Villa de Madrid se estimaron en Setecientas libras moneda dese Reyno que causaron y se pagó de todos derechos Veinte yocho libras Sinco sueldos y 2 dineros y las Restantes otras tres caxas que son dos niños y una estatua de Diana se estimaron por cien libras y se pagó por todos derechos quatro libras, dos sueldos y 2 dineros toda las quales se despacharon de orden y por quenta del dicho Paulin para llevar como en efecto las llevaron a dicha villa de Md. (Sigue la fórmula.)

Alicante veinte y siete del mes de Abril 1674.

Total: Coste y costas de los Marmoles que an venido de X^a con el flete asta puestos en Alicante conforme la cuenta se hadado son (con el cambio) 150,868 reales. los gastos en Alicante conforme la quenta firmada por Paulin 338 de plata.

reales 160,226

Se an cobrado 80 r de p. y con el cambio r. 30,268.»

Año 1673.—Escudo.

«Coste de siete escudos de armas de Marmol para la Panaderia hechos por Manuel Pereira 106,004 reales de vellon para ponerlo uno en el patio de sus Magestades sobre la fuente y por ese mil y seiscientos Rs. seis escudos pequeños con sus coronas ansi mesmo del mismo marmol.»

DOCUMENTO NÚMERO V

Año 1672.—Adornos.—Sig. 3-92-16.—Archivo Municipal.

hechos los modelos por Pedro de Landa maestro ensamblador en yesso y los dibujos para los dichos adornos de la ventana de sus Magestades y las de las damas y los escudos de lass armas reales y los de la villa y le pagan 339 reales de vellon.

A Marcos Gar^a dorador de bronces entregó 8 remates o rramilleteros de Bronce y quatro mascarones anssi mesmo de Bronce todas las doce piezas dorados en oro molido que An de servir de adornos al balcon de sus Magestades y Concertado todo en mill y quinientos Rs. que se le an de dar.

Se pusieron 88 bolas remates de bronce que sean entregado para los balcones de la panaderia por Alonso Carrasco y costaron Cinco mill quatro Cientos y nobenta y seis R. y a Rodrigo Carrasco Ducados por los adornos blancos de la sobreventana del balcón del Rey.

Se pagó a Luys Collado 500 dº V. (maestro cerrero) por la reja del patio.

Adornos blancos del balcon de S. M. por Verdugo Carrasco 200 duc. de y los de las demás ventanas de dicha fachada y sentando as a mi costa por precio de mil Reales por cada adorno de cada bentana.

DOCUMENTO NÚMERO VI

Año 1673.—Fuente.—Sig. 3-92-16.—Archivo Municipal.

«Se ajustó con Carlos Gottier la fuente que se ha de hazer en el frontispicio del patio de la casa de la Panaderia en beintte y ocho mill Reales que a de executarla conforme al modelo y dibuxo que a presentado y ha firmado el presente secretario y la qual se compone de veintte pies de latitud sin los reales leones y escudo y 22 de ancho que los leones se an de bolver al contrario de como están en el dibuxo de modo que agarren el escudo y la figura se ha de hazer del natural de Marmol de genova blanco en la conformidad que se elixiese que los leones y carteles y florones y jarros que adornar toda la arquitectura y las bolas que están encima della han de ser de Marmol blanco del mas blanco que sehallare En España que toda la demás obra a deser de Marmol de san Pablo y los embutidos de Jaspe de—*Zext*— y adeponer los escudos delas Armas Reales y de la villa que se le dieren y ha de dexar la fuente en dissposición de que corra el agua y todo en conformidad con la planta.

Se he de hazer en 10 meses a partir de Abril deste año y le han de dar luego Diez mill y quinientos reales y me obligaré y daré fianzas.—*M. Verdugo.*»

DOCUMENTO NÚMERO VII

Año 1672.—Pinturas.—Sig. 3-92-16.—Archivo Municipal.

«Acuerdo: Abiendose visto en esta junta la planta para la pintura de una sala de las tres que se an de pintar por Joseph Donoso y Claudio Coello: Se acordó se la de por cada una de las tres salas que se an de pintar mill ducados obligándose eneste precio a darlas acavadas y pintadas a fin del mes de marzo del año que viene de mil seiscientos y settenta y quatro brindar una fianza que obligándose los dos de mancomun y traيران los dos dibujos que faltan para las dos salas y seles a de dar luego descontando settecientos ducados para empezar esta obra y la restante cantidad de los tres mil ducados se les a de dar *por mezadas* cada una a tres mill seiscien-

tos y catorce reales empezando desde el mes de septiembre deste año y acabando el mes de marzo y de los ocho setecientos ducados primeros habiendo hecho la obligación se les despache libranza.

Joseph Donoso y Claudio Coello: de la Pintura de las tres salas.

Pase por esta sección como nos Joseph donoso y Claudio Coello pintores y ermoseadores de esta villa de Madrid juntos y de mancomunidad uno y cada uno denos y nuestros bienes de parte y por el todo renunciando como renunciamos las leyes de los abusos devendi yel autentica presente y veneficio y

Decimos que por quanto en la junta del día 7 deste presentemes de agosto los señores Protector Correxidor y cavalleros rexidores comissarios dela obra y fabrica DE LA Nueva Reedificación de las Cassas de la panaderia se ajustó con nosotros el que huiesemos de pintar tres salas en conformidad de una planta que exhibimos de la una y ofrecimos traer como traeremos los dibujos de las otras dos y que por cada una dellas se nos avia de dar mill ducados aciendo por nuestra cuenta y que delos tres mill ducados que montaban se nos avian de dar y librar luego de contado setecientos ducados.

Para empezar dicha obra de pintura y que la referente cantidad cumplimiento a los dichos señores mill ducados se nos avian de dar y pagar por mesnadas al principio de cada una de los tres mill seiscientos y catorce reales empezando dicha mexada desde el mes de Septiembre que viene deste dicho año que vendrá de mill seiscientos setenta y quatro y que obligándonos de mancomun en el precio referido de tres mill ducados y a darlas acabadas y pintadas para fin de dicho año y mes de marzo se nos despacharon la libranza primera de dichos setecientos ducados que es todo lo referido en el dicho acuerdo segun ace constar.

(Aquí el acuerdo.)

Y en conformidad de lo referido y a mayor abundamiento de la mancomunidad y azeptando como azeptamos de nuevo el dicho ajuste Otorgamos que nos obligamos en favor desta villa de Madrid y de los señores de la junta y diputación dela reedificación fabrica de la dicha Panaderia y que en fuese parte lexitima deque dandosenos y pagandosenos los dichos seismill ducados los settecientos dellos aora en este presente mes de agosto los restantes de la cantidad a su cumplimiento por mesadas a principio de cada una arazón de seis mill seisdientos y cattorce reales empezando desde el mes de septiembre que viene deste presente año y acabando el dicho mes de marzo del año que viene de mill seiscientos y settenta y quatro pintaremos y adornaremos las dichas tres salas de la dicha casa de la Panaderia executando sus adornos en conformidad de la de la planta de una de la dichas salas que exevimos en dicha junta y las delas otras dos tambien entregaremos los dibuxos dellas para la elección y conformado que esté su execución las daremos acabadas de pintar y adornar en ttodas formas a lo que nos toca o tocar pueda en nuestra facultad y arte para fin del mes de marzo del año que vendrá de mill seis cientos y settenta y quatro haciendo poniendo por nuestra quenta todos los coloridos dorados y demas cosas y materiales que para su execución fuesen necesarios y en casso que no cumplieramos con lo suso dicho o parte dello queremos y

consentimos que esta villa de Madrid o los señores de la junta de la diputación de dicha Panadería o otra cualquiera persona que fuesse parte a nuestra costa y demas vienes y haciendas puedan mandar buscar los pintores y demas personas que entendiessen en el dicho arte coloridos y demas cosas necesarias que fueren menester para la execución trayendo de qualquier parte donde los huviere y por lo que mas contaren de los Precios y cantidad referida en el dicho ajuste y acuerdo suso y como se refiera en esta scritura costas gastos y menos cavos quese hiziesen y dinero huviesemos referido por quenta de la Pintura y adornos no teniendo los restantes y permanente en la execución de dicha pintura querenos y consentimos ser executados por (sigue la formula) y termina a 14 dias de agosto de mill seiscientos y setenta y tres años.—(Firmado *Donoso y C. Coello.*)»

DOCUMENTO NÚMERO VIII

Año 1619-1674.—Archivo Municipal.—Sig. 4-5-3.

Inscripciones en la fachada principal de la casa llamada Panadería, en la plaza Mayor, hoy de la Constitución.

Una, coronada sobre la cornisa:

«Reynando Carlos 2.^o—Governando D.^a Mariana su madre año de 1674.»

Otra, sobre el arco del callejón del Infierno, hoy del Triunfo, en piedra blanca:

«Reynando Carlos 2.^o y gobernando la Reyna D.^a Mariana de Austria su Madre y tutora; habiendose quemado esta Rl. Casa de la Panadería el día dos de Agosto de 1672 se redificó desde los cimientos, mejorada en fabrica y traza siendo Presidente de Castilla D. Pedro Nuñez de Guzman, Conde de Villaunbrosa y de Castronuevo Superintendente de la obra D. Lorenzo Santos de S. Pedro del Consejo Rl. de Castilla Caballero de la orden de Santiago, Corregidor de esta Villa D. Baltasar de Rivadeneira y Zuñiga, Marqués de la Vega, del Consejo de Hacienda y Caballero de la misma Orden y Regidores Comisarios D. Gerónimo Dalmac Y Casanats, D. Rafael Sanguineto, D. Tomás de Alava y Arigen y D. Andres Martinez Navarretas, Caballero de la misma Orden y Caballería de Santiago acabose en el 17 meses año de 1674.»

Otra, sobre el arco frente a la bajada a los sótanos o caballerizas, en piedra blanca:

«Reynando Felipe 3.^o por su mandado se desizo y derribo la plaza antigua de esta Villa y se labro de nuevo en tiempo de 2 años siendo Presidente de Castilla D. Fernando de Acevedo, Arzobispo de Burgos, Superintendente de su Fabrica, el Licenciado Pedro de Tapia del Consejo de Castilla y de la General Inquisicion, Corregidor D. Francisco de Villacis Caballero de la Orden de Santiago y Regidores Comisarios Juan Fernandez, D. Gabriel de Ocaña y Marron, Caballero de la orden de Santiago, Juan Pinedo, Francisco de Villacorta y Fernando Vallejo Gentilhombre de la Casa de S. M. y se acabó en 1619.»

DOCUMENTO NÚMERO IX

Año 1674. — Lámina de bronce. — Sig. 3-92-16. Archivo Municipal.

«Se encargó para imprimir con ella la fachada de la panadería y se ajustó con Pedro de Villa franca Pintor y escultor de su M. que bibe en la calle de las uertas dandole cinco mill Reales de Vellon por toda la costa de ella y la ha de dar en dos meses a partir del dia que se le den los 200 ducados a quenta.»

DOCUMENTO NÚMERO X

Año 1673. — Azulejos. — Sig. 3-92-16.

«En la Villa de Madrid a 10 dias del mes de Julio de 1673 citados el Sr. Procurador y los Srs. Marques de la Vega caballero de la dicha orden de Santiago, rexidores y comisarios de la dicha fabrica dixeron que mediante sea ajustado en dicha junta con Alonso Gutierrez y Joseph Martinez mercaderes de bidrios de esta Villa el que se obliguen de mancomun a en traer y entregar catorce mill azulejos mas o menos los que fueren nezesarios conforme la muestra que sea bisto en esta junta y se a llevado al Oficio del Presidente y secretario del Ayuntamiento en los quales entran seis-cientos y cincuenta alizares y los demás azulexos nezesarios para los 8 escudos de armas de S. M. y los otros 8 escudos de las armas desta Villa y los azulexos para los ramilleteros y remates y les ordenara Adarlos y entregarlos en la dicha casa de la Panaderia para Diciembre de este año a precio cada azulexo de la granadilla y guarnición de a Real y quarto y los de las armas de S. M. y las de la Villa y ramilleteros y remates a 2 reales cada uno y la alizare a quinze quartos cada una con calidad que no dando los puestos y entregados para dicho tiempo se les a de sacar doscientos ducados de pena en lo que ande consentir y en condición que ande ser libre la entrada de la puerta y se les ara dexar ocho mill reales de vellon luego descontado para hazer la prebención y como se fuera traiendo dichos azulexos se les an de hir pagando al precio referido y los dichos ocho mill reales sean de descontar de las ultimas partidas Habiendose obligado de mancomun los dichos Alonso Gutierrez y Joseph Martinez se les despache libranza de los ocho mill reales de vellon sobreentendidos Marzelo Roman de Ortega en el caudal de ellos segun doscientos cinquenta mill ducados que a tomado para la dicha obra de la panaderia. — *Martín Verdugo.*

Pase por estta escritura la obligación como nos Alonso Gutierrez y Joseph Martinez vezinos de esta villa de Madrid y mercaderes de bidrios en ella juntos y de mancomun a voz de uno y cada uno de nos y de nuestros bienes como renunciarnos.....

.... Decimos que por quanto en la junta que tuviesen el día diez de este presente mes los Señores Correxidor y caballeros rexidores Comisarios de la obra y fabrica de las cassas de la panaderia se ajustó como nosotros el que aviamos de entregar catorze mil azulexos mas o menos los que fuesen nezesarios conforme a la muestra que se a visto por dichos señores en dicha junta en los quales entran seiscientos y cinquenta alizares y los demas azulexos nezesarios para los dichos ocho escudos de armas de S. M. y otros ocho escudos de las armas de esta villa y Azulexos para los Ramilleteros o remates que les ordenaren y darlos entregados en la casa de la panaderia para fin de Diciembre deste año por precio cada azulexo de la granadilla y guarnición deaReal y quarto, Remates a dos reales cada uno y los alizares a quinze quartos cada uno y con las demas cualidades y condiciones que se contienen en el dicho acuerdo que es del tenor siguiente.

(Aquí el acuerdo.)

En conformidad de lo referido y a mayor abundamiento de la dicha mancomunidad referida y azeptando como de nuevo azeptamos el dicho ajuste Otorgamos que nos obligamos en favor de esta villa de Madrid y de los señores de la junta y diputación de la reedificación de la panaderia y fuese parte lexitima en traery que traeremos por nuestra cuenta y riesgo y dar entregados a nuestra costa catorcemill azulexos mas o menos lo que fuesen menester conforme a la muestra que dichos Señores ambisto en los quales entran seiscientos y cinquenta alizares y los demas azulexos nesesarios para los ocho escudos de armas de S. M. y otros ocho escudos de las armas desta Villa y los azulexos para los Ramilleteros o remates. Que se los ordenase labrados y fabricados y entregados en las casas de la panaderia para el dia fin de Diciembre deste año por precio cada azulexo de la granadilla y guarnición de *real y quarto* y los de las armas de S. M. y de la Villa y ramilleteros u remates a dos reales cada uno y los alizares 15 quartos cada uno a calidad y condición que no dandolos puestos y entregados para dicho tiempo senos an de sacar o descontar de la dicha cantidad que huviesemos de aver dosciento ducados de pena en que lo emos consentido y con condición que se nos an de dar libres las entradas de la puerta y darsenos ocho mill reales de Vellon de descontado para hazer la prevención y assi mismo se nos a de hir pagando como se fuera traendo los dichos azulexos a los precios arriba referidos y los dichos ocho mill reales que se nos dan descontado es condición que se an de descontar de la última partida. (Sigue la fórmula por la cual consienten el castigo si faltan a su palabra.)

Total de azulexos:

15374 de granadilla a..... 38 ms cada uno.
12 escudos armas de S. M. y en ellos 576 azul. que son a dos reales.
12 escudos armas de la Villa y en ellos 360 azul. a dos reales cada.
48 pilastras y en ellas 1152 azul. a dos reales cada.
100 ramilleteros y en ellos 600 azul. a dos reales cada.
550 alizares a 60 mos. cada uno.

Se encargó de colocarlos en la escalera Principal y cuarto de sus magestades a los soladores Andres Martin, Luis Bueno Antonio Asensio Juan del Valle.»

QUINTANA.—*De las Grandezas de Madrid.*

En esta gran plaza a la parte del Septentrion en el medio de aquel lienço está el sumtuoso edificio de la Panaderia que con razon le damos este nombre por ser la mas grandiosa fabrica que para este ministerio ay en toda España Tiene ciento y veinte y quatro pies de delantera y de fondo cincuenta y seis; carga esta grandeza sobre cincuenta y quatro pilas-tras cuadradas de piedra berroqueña que debaxo de tierra sustentan una boveda hecha de rosca de ladrillo fuerte donde los panaderos que van a vender pan tienen guardadas las cavalgaduras en lo que llevan. Sobre estas se levantan 24 columnas redondas y 30 pilastras quadrasdas con sus capiteles.

EL REXIDOR JUAN DE TAPIA. — *Discurso.*

Dixo: Aquel edificio señores a la parte del Septentrion de la plaza su delantera 124 pies al mediodia conforme Quintana porque midio no en la fachada sino en las delanteras donde estavan las rexaş enque se dava el pan sin medir los transitos de Oriente y poniente que ambos tenian 18 pies y con que sin ellos la reputa en la plaza de 124 pies y de fondo 561 tuvo una bobeda en el centro hasta la superficie de la plaza sobre cincuenta y quatro pilastras quadradas de piedra de canteria donde algunos panaderos metian sus vagajes mientras vendian y encima del techo de la boveda aplomo de las pilastras referidas estavan 24 columnas redondas y 30 pilastras quadrasdas con basas y capiteles las ocho.

Va a dos columnas para verse la semejanza y casi igualdad de ambos relatos, tomados de las fuentes ya citadas.

LA CONDESA DE CASTELLAR, FUNDADORA DEL CONVENTO «LAS CARBONERAS»

IV

FELIPE III, EL DUQUE DE LERMA Y LA CONDESA DE CASTELLAR

(Continuación.)

Tan conocidas eran en la Corte las virtudes de doña Beatriz Ramírez de Mendoza, que sus dichos y hechos fueron pasto de las conversaciones en el palacio de los reyes. De aquí que a nadie hubo de extrañar que el propio Felipe III expresara sus deseos de hablar con la fundadora.

Al quedar ésta viuda, convirtiéndose su casa en un verdadero convento, y en la capilla particular de la condesa decíanse a diario varias misas, considerándose como un honor el poder ofrecer el sacrificio en sitio de tanto recogimiento y de tanta austeridad.

Días hubo en que se rezaron once misas en la tal capilla.

Entre los que con más frecuencia acudían a tal objeto figuraba don Juan de Alarcón.

Fué este D. Juan Pacheco y Alarcón una de las figuras más populares y admiradas del Madrid de esta época.

De ilustre familia, hízose sacerdote al enviudar, y tan notorias eran sus virtudes, que fué nombrado visitador de los conventos de religiosas del reino.

No dormía en cama, ni comía cosa de regalo, ordenando a su criado que cuando le viera comer con gusto le quitara el plato de la mesa.

Refieren de él que tardaba dos horas en decir misa.

Tales eran los amigos de doña Beatriz Ramírez y tales sus admiradores.

Cierto día insinuó D. Juan de Alarcón a la condesa de Castellar que hablara con el rey.

Doña Beatriz no se inmutó, y con la mayor naturalidad hubo de contestarle:

—«Si fuera ello de algún provecho sí tendré esa conversación.»

Pero le asaltaron algunos escrúpulos, tanto en lo que había de decir al monarca como en la ocasión en que se celebraría esa entrevista.

—«Yo no he de ir a Valladolid y buscarme el momento»— exclamaba modesta la Castellar.

Mas D. Juan insistió, manifestando que Dios buscaría la ocasión.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

No es fácil penetrar en el propósito que guió a D. Juan de Alarcón; esto es, si fué inducido solamente por su amor al rey y considerar fuérale conveniente conversar con dama entregada tan de lleno al servicio de Dios, o si en la Corte surgió tal pensamiento, y la indicación de que estimulara aquél a la condesa a llevar a efecto tal entrevista.

Lo cierto fué que D. Juan de Alarcón salió para Roma, y que a poco los reyes vinieron de Valladolid a Madrid, enterándose doña Beatriz seguidamente de los deseos en aquéllos de verla y hablarla.

Era justificada la preocupación que le asaltó a la condesa, doblando con tal motivo las limosnas que a diario hacía, así como las asistencias a misas, oración y mortificaciones, para que Dios la iluminara en el trance que veía próximo.

Y tan próximo, pues llegó el rey a Madrid una noche, parándose en el palacio de su abuela la emperatriz, y apenas hubo llegado preguntó: «¿Está acá la de Castellar?»

Contestaron que no estaba, pero que al siguiente día iría.

Y al momento fueron a las casas de doña Beatriz a referirle lo ocurrido.

Dirigióse la condesa a palacio, mientras todos sus familiares quedaban rezando: *Fiat voluntas tua*.

Esta entrevista, de indudable interés histórico, celebrada entre el rey Felipe III y la condesa de Castellar, nos la ha transmitido esta misma en escrito, que aún se conserva inédito, de su puño y letra.

Reflejase en el diálogo la condición de aquel monarca eminentemente católico, pero débil y sometido al duque de Lerma, temeroso del carácter de éste, que, a lo que se ve, logró hasta separar al rey de su esposa en cuanto concernía el gobierno de la nación.

Esto se desprende del siguiente diálogo tomado a la letra del original de doña Beatriz Ramírez, para que no se pierda la ingenuidad del relato:

«En besando la mano al rey, que me hizo mucha fiesta y me la daba como yo le había criado, dije (la condesa): —«Yo tengo que hablar con V. M.»

El rey dijo: —«Subíos al aposento de la reina que iré luego allí.»

Doña Beatriz subió a saludar a doña Margarita, a la que aquélla no conocía «que yo —dice— estaba tan uraña que nunca atravesé palacio desde que salí casada de él».

Besó la condesa la mano de la reina y a poco subió el rey. Llamó éste a doña Beatriz, y apartándose a un lado, «con mucho gusto», díjole la de Castellar: —«Señor, debajo de la licencia que V. M. me ha dado que le diga lo que sea bien de su alma con la llaneza que mi madre lo decía a V. M., pues no le quiero yo menos...»

A esto dijo el rey:

—«Huelgo yo mucho de ello, condesa, que todo me lo digais.»

—«No, señor, no haga V. M. cuenta de que yo le diga esto, sinó oygalo como un recaudo que Dios le enbía.»

Doña Beatriz al llegar a estos momentos se siente libre de toda preocupación, «reparo ya (en) mí, se me quitó cuanto pavor llevaba, que en mi vida me he sentido con más libertad, como sinó fuera Rey y yo nada. Muy atenta a Dios dijo: Mire V. M. que le agradecería mucho que le enbía a dezir esto conmigo que soy la que crié a V. M. en mis brazos, y no quiero otra cosa de V. M., ni la he querido nunca, sinó que se salve y con grandes grados de gloria».

Él, turbado: —«Ya lo veo, Condesa».

—Mire, rey mío, que este reino se pierde y que tiene V. M. la culpa, y pagará la pena porque no está Dios obligado a dar la luz que a de dar a un rey a un particular de su reino.»

La cronista de esta conversación, la propia condesa de Castellar, dice al llegar a este punto: «Púsose muy colorado y yo librisima mirando cómo Dios le mobía tan ayna no vinieran las abes que se lo llevaran como hizo lindísimos atos.»

—«Yo no quiero —dijo el rey—, sinó serbir a Dios y agradalle; suplicadle que me alumbre este corazón (y poníase la mano en él con afeto y deseo).»

La condesa ofreció sus oraciones, mas el monarca no hallándolo sin duda suficiente, formuló la pregunta que doña Beatriz esperaba y deseaba.

—«¿Qué medios se os ofrecen?»

La condesa de Castellar contestó entonces en nombre de España, conocedora, en su mayoría, de lo que en la corte pasaba, y sin remilgos dijo:

—«Que tenga V. M. muy buenos consejeros.»

Defendióse el rey, sospechando sin duda adónde se apuntaba. Y, tal vez temeroso, replicó:

—«Yo os prometo que son muy buenos los que tengo.»

Doña Beatriz recogió con sus palabras el común sentir, tanto en lo que de Lerma se proclamaba como en cuanto al papel adjudicado a la reina.

—«Yo lo creo, Señor; mas ciega mucho el interés. Trate V. M. con la Reina nuestra señora, pues le ha dado Dios tan linda compañía, sus cosas; ¿Que aremos en esto u en esto? Que donde estan dos u tres en nombre de Dios alli esta El.»

Desentendióse Felipe III de este último particular preguntando:

—«¿No bastaría con mi confesor?»

—«No, señor; esto es amistad entre casados, al confesor con otras materias, mas no en esta llaneza.»

Esta conversación despertó la natural curiosidad entre las damas que rodeaban a la reina, pues duró cerca de una hora.

Una de ellas, sabiendo lo delicada que se hallaba Doña Beatriz Ramírez, llamó la atención de la reina:

—«La pobre de Castellar, que está muy enferma y estando en pié se a de caer.»

Levantóse aquella y dijo al rey, con el mayor disimulo, que la hiciese sentar.

El rey buscó con la mirada, y al preguntarle la condesa lo que buscaba contestóle:

—«Algo en que os sentéis.»

Doña Beatriz soltó «el un chapin del pié» y arrimose [arrimeme?] «algo así mas baja.»

Siguió la conversación cerca de otra hora, interrumpiéndola la llegada de un embajador.

La condesa de Castellar, al despedirse, rogó al rey no comunicara a nadie lo que por su bien le decía, ofreciéndolo así el monarca.

Tiene una segunda parte, y aun una tercera esta entrevista celebrada en las Descalzas Reales.

Pues al separarse del rey doña Beatriz Ramírez «satisfecho el corazón—según ésta dejó escrito—con mi embajada que no pareció sinó consejo lo que allí hubo», la llamó la reina y, muy afligida, dijo a la condesa de Castellar.

—«Condesa; doleos de mi, que no poseo el corazon de mi marido.»

Consoló doña Beatriz a la reina, que derramaba «tantas lágrimas que no e bisto en mi vida quien tantas le caygan», según expresión de aquélla:

—«Si posee V. M.; no se congoge, sinó supliqueselo a Dios que mucho quiere el Rey a V. M.»

Pero la reina, según el manuscrito que tenemos a la vista, abordó el entonces magno problema cortesano, ya que al despedirse de la condesa, díjole así:

—«Adiós, Condesa; pidaselo vos, y si le habeys dicho que no trate al Duque de Lerma ¿no está ay su hijo que es lo mismo?»

No quiso dejar amargado el ánimo de la reina, y doña Beatriz terminó diciendo:

—«Lo que importa [es] que quiera mucho a V. M. es lo que le he suplicado y así lo hace a V. M.» Y se despidió de la reina.

Y aquí entra la tercera parte de estas auténticas escenas.

Ya que apenas terminado el anterior diálogo, entró en la estancia el propio duque de Lerma, y como advirtiera llorosa a la reina y que acababa de hablar con doña Beatriz, hizole a ésta mal semblante.

«Izome mal semblante»—escribe la virtuosa dama—«aunque yo dejé a la Reina y le fui a dar la enhorabuena de un nieto que le había nacido.»

Estas últimas palabras expresan bien claramente hasta dónde llegaba el reconocimiento del poderío sin límites del favorito del rey, pues aunque la reina lo había nombrado, y aludido sólo la Castellar, en su presencia se le impone el ambiente que sobre toda la nación pesaba de una influencia sin contrapeso.

Mas una mano, a la que muchas cosas nos veda condenar, pero otras muchas nos aconseja enjuiciar con toda dureza, arrancó del manuscrito, del que logramos las anteriores noticias y las que siguen, una hoja, precisamente descriptiva, dado el giro en que se desarrollaban las escenas reproducidas, de la que debió celebrarse entre la condesa de Castellar y el

duque de Lerma, ya que en su manuscrito nos dice aquélla que, después de despedirse de la reina y de felicitar al duque, se dirigió a la tribuna destinada a la emperatriz, para desde ella adorar al Santísimo Sacramento, y estando en ella se llegó una dama de la reina, doña María de Meneses, diciéndole:

—«La Reina os llama, que vengais conmigo.»

Y las dos señoras, recorriendo varios pasadizos, llegaron al oratorio que llaman de D. Juan de Borja.

¿Quién esperaba a la condesa en este oratorio? ¿La reina? ¿El duque de Lerma? ¿La reina y el duque?

Lo ignoramos; pero después de lo presenciado por el duque en el momento de separarse doña Beatriz de la reina, y la actitud de ésta, parece desprenderse, dado el carácter y situación del de Lerma, que reclamara alguna aclaración de quien podía sospechar como causante de aquellas no ocultas lágrimas.

Dios le perdone al fautor del desaguizado que lamentamos su poca noble acción al arrancar una hoja de un tan interesante manuscrito.

Pero al reanudarse éste en la hoja subsiguiente, vuelve a asomarse el duque de Lerma, al parecer conversando con la propia condesa de Castellar, ya que pueden en aquél leerse estas palabras:

«Llegose a mi: —Por solo ber a V. S. bengo aquí; aunque ayer y oy me e sangrado.»

A lo que contesta doña Beatriz:

—«Beso la mano a vuestra señoría, que me pesa se esfuerce tanto; espere, le buscaré do se siente.»

En efecto, la condesa le buscó un banco, en donde le dejó sentado, apartándose ella por llegar «artas damas a entretenelle.»

Por la falta de la hoja dicha no se puede afirmar nada del lugar ni del momento en que esta escena se desarrolló; sólo presumir que fué entre el duque de Lerma, por el detalle de acudir «hartas damas a entretenelle» y la condesa de Castellar, por ser ella la que habla y decirlo así.

Mas a continuación se reproduce algo como un diálogo mantenido entre Lerma y un su hombre afecto: «uno de los sus privados», pues sí parece que el duque dijo:

—«En esto me tengo de andar, que él no able a ella ni ella a él», entendiéndose en este *él* al rey; añadiendo: «Yo la aré prender y saldré de este afan», el privado replicó:

—«Yo no la conozco, en mi bida la bi; mas del nombre que esta muger tiene se echará V. S. a perder y dirán que es pasión y no razon; al menos desterralla será sin duda» (32).

32. Véase lo que textualmente nos dejó escrito la condesa de Castellar:

«Un día vino a verme un clérigo muy siervo de Dios que llamaban D. Juan de Alarcon que era de los que decían misa a menudo en mi capilla. Dijome: Nuestro Señor será muy servido y, así lo he visto clarísimo, que vos habéis al Rey ¿Tendreis animo para ello? Dije: Si fuese de algun

Este segundo diálogo fué sin duda comunicado a la condesa de Castellar, si bien es posible se desarrollara con ocasión del suceso que en su lugar relataremos.

Tan curioso relato de la conversación mantenida entre la condesa de Castellar y el rey Felipe III, ratifica el concepto que de este monarca tiene formado la Historia.

Hombre piadoso, piadosísimo, sus escasas energías se quiebran cuando se enfrentan con el que de hecho ha logrado dominarle, secuestrando su voluntad o recibéndola por espontánea dejación del monarca.

provecho, si tendré. Dijo cuando no sea sino para justificar Dios su causa. El lo quiere sin duda. Dije: ¿Qué le tengo de decir? Dijo: Eso no lo sé, lo que Dios os inspirare le direis, mas tomoos la palabra. Dige: Señor yo no me he de ir a Valladolid ni buscarme la ocasión. Dijo: No será menester, Dios se la buscará; mira que no le falseis. Yo como si me pusieran a andar sobre una maroma, no sabiendo, se me hizo duro. Dijo: ya yo lo digo a Nuestro Señor. Y si no quiere la Condesa, que hare? Dijome; si no quiere la Condesa no me faltará a mí quien lo haga. Yo determineme con toda la dureza que tenía y repugnancia a hacerlo por servicio de Dios y tragué que se enojaria el Rey y que me cortarían la cabeza y que desonraba mis hijos y todo se perderia, mas hagase la voluntad de Dios en mí; que yo no me conviene sino arrojarle en sus benditas manos. Con este acto quede resignada, y cuando me lastimaban mis hijos y les decía lo que habian de hacer y decir cuando estubiesen sin mí, y como niños lloraban a Nuestro Señor *paratum sum cor, non sumus turbatus*, y con esto D. Juan de Alarcon se fué a Roma; pensaban en mi casa que me veían hablar secreto con el que me pedía con que ir; mas el vendió un collar de piedras y perlas y diciendome un platero que era barato en cuatrocientos ducados yo se lo compré para mi hija, que ya le iba juntando joyas. Luego escribenme de Valladolid que los Reyes vienen a Madrid y que es con muy grandes deseos de verme; era como una albadada a mi corazon, mas como no sabia lo que le habia de decir doblé las limosnas, las mortificaciones, hice decir muchas Misas y mucha oración, por que Dios me alumbrase en lo que le habia de decir; porque como no sé hacer discurso, lo que Dios no me dá yo no lo sé componer. Las obras con su ley y mi obligación he deseado siempre regular, lo demas dejárselo todo a su santa voluntad. Estando en oración con este deseo, que son allí mas breves y eficaces que palabras sin ellas, se puso en mi corazon como quien muestra una piedra c joya que con mas brevedad se ve y así es penoso el salir aquellas cosas a declarallas con palabras y pierden mucho de su valor, mas como si me dijeran que no estoy yo obligada a dar a un particular la luz que he de dar a un Rey, y verse muchas cosas a bulto como el oro, los esmaltes y primores de la joya. Mas con mi doctrina del P. Gracian y no estaba entonces aquí sino en Oran con la comisión del Jubileo que le dió el Papa; saquelo a la luz de la ley de Dios, mas yo no sabia si esto era verdad y dígele a mi confesor: Señor, es verdad que Dios no esta obligado a dar la luz que ha de dar a un Rey a un particular de su reino? Dijo: Es tanta verdad que es de fé, con muy lindos textos. Dige: Sera bien que yo se lo diga al Rey? Dijo: Muy bien; y espánteme desto, porque era muy amigo como tan santo, que no me metiese en nada, pues no habia acetado el servirlos las dos veces que lo habian intentado por el; y el no le parecia mal por el remedio de mi hija como me veía con deudas; y aquí no solo lo loó, mas me dijo: Yo os traeré un papel de las cosas dinas de remedio que le digais, y trujole muy bueno; mas en mi rudeza era como las armas de Saul al pastorcillo David. Tomé de él para acompañar lo otro, y la noche que entró el Rey en el palacio de su abuela la Emperatriz que allí vino a posar con su Magestad como era de prestado entró preguntando: Esta acá la de Castellar? Digeron: No, señor; mañana vendrá, y así me lo enviaron a decir. Con esto yo digo que si iria con pronto ánimo, mas absorta de como Dios lo iba haciendo, y decíame al alma lo que yo ahora hago, tu no lo sabes, despues lo sabras; Ynchíame de vergüenza, de que Dios de tan gran Magestad quisiése dar razon a un gusanillo como yo, y decíale; no lo quiero saber Señor, ni ahora ni nunca; mas mira que me fio de Vos, y cuando menos me entendia y me entiendo no me funde en el aire no llevaré el aire ni fe. Fuime con dos señoras amigas mucho y muy siervas de Dios, no osé llevar mis hijos por si no tornaba, quedaron en mi casa, y toda ella rezando *fiat voluntas tua*. En besando la mano al Rey que me hizo mucha fiesta y me la daba, como yo le habia criado; dige: Yo tengo que hablar a V. M. Dijo: subios al aposento de la Reina que yo iré luego allá; Besé la mano a S. M. la Reina la primera vez que la vi en mi vida que yo estaba tan uraña que nunca atravesé el palacio desde que salí casada de él, subí y luego subió el Rey, y llamome y apartose conmigo a un lado con mucho gusto, yo dígele: Señor: debajo de la licencia que V. M. me

La justa fama que en la Corte disfrutaba la condesa de Castellar de mujer virtuosísima y discreta, fama que llegó a oídos de los reyes, indujo a éstos a pedir su consejo.

En febrero de 1606 llegó la Corte a Madrid, después de haberla abandonado cinco años antes.

Y cosa curiosa, al hablarse en las historias del tal regreso nadie nos dice cuál fuera la causa, el motivo que personalmente decidió al monarca a tal determinación. Más que de los 250.000 ducados que los corregi-

ha dado que le diga lo que sea bien de su alma con la llaneza que mi madre lo decía a V. M. pues no le quiero yo menos, esto dijo: Huelgo yo mucho de ello, Condesa, que todo me lo digáis. No, señor, no haga V. M. cuenta que yo le digo esto, sino oygalo como un recaudo que Dios le envía, reparo ya en mí y se me quitó cuanto pavor llevaba; en mi vida me he sentido con mayor libertad, como si no fuera Rey y yo nada. Muy atenta a Dios, dige: Mire V. M. que le agradezca mucho que le envía a decir esto conmigo que soy la que crié a V. M. en mis brazos, y no quiero otra cosa que V. M. ni la he querido nunca, sino que se salve y con grandes grados de gloria. El, turbado: Ya lo veo, Condesa: Mire, Rey mío, que este reino se pierde y que tiene V. M. la culpa y pagará la pena, porque no está Dios obligado a dar la luz que a de dar a un Rey a un particular de su Reino.

Púsose muy colorado y yo librisima mirando como Dios le movía tan aina no vinieran las aves que se lo llevaran como hizo lindisimos actos: Condesa yo no quiero sino servir a Dios y agradalle y suplicalle que me alumbre este corazón. Y poníase la mano en él con afecto y deseo. Yo: Si hara el Señor. Dijo: Que medios se os ofrecen? Ya yo iba atenta a Dios a responder, dige: Que tenga V. M. muy buenos Consejeros. Dijo: Yo os prometo que son muy buenos los que tengo. Dige: Yo lo creo; mas ciega mucho el interes; trate V. M. con la Reina Nuestra Señora, pues le ha dado Dios tan linda compañía, sus cosas: ¿Que haremos en esto o en esto? que donde estan dos o tres en nombre de Dios allí está El. Dijo: ¿No bastara con mi confesor? No señor; esto es amistad entre casados, al confesor con otras materias, mas no esta llaneza. Duró una hora larga esta conversación de preguntar y decir yo.

Las que estaban con la Reina dijéronle: Hay! la pobre de Castellar que está muy enferma y estando tanto en pié se ha de caer. Levantose la Reina y por detras de mí dijo al Rey: Mándela sentar, y él empezo a mirar a un cabo y a otro, Dije: ¿Que busca V. M.? Dijo: Algo en que os sentséis. Dige: No, señor, aquí me arrimare; y solte el un chapín y arrímeme algo así mas baja. Estubo hablando como otra hora algo menos por que le llamaron para un Embajador. Dige: Rey mío (que esto le decía yo con ternura) no diga V. M. lo que le dicen a nadie que es pecado mortal lo que le dicen para su bien, que lo diga y se echan a perder a los que le abisan. Dijo poniendo la mano sobre el corazón: No diré yo tal y salíose, y llamome la Reina, que ello acabada la substancia y yo satisfecha el corazón, que Dios se lo hizo todo y habia cumplido con mi embajada no parecia sino consejo o lo que allí hubo; diceme la Reina: Condesa doleos de mí, que no poseo el corazón de mi marido. Con tantas lágrimas que no he visto en mi vida quien tantas juntas le caigan. Dige: Si posee V. M.; no se congoge, si no supliqueselo a Dios que mucho quiere el Rey a V. M. Dijo: No lo merezco yo. Adios Condesa, pideselo vos, y si le habéis dicho que no trate al Duque de Lerma ¿no esta ay su hijo que es lo mismo? ¿Que importa, dije, que quiera mucho a V. M. es lo que yo le he suplicado y así lo hace S. M. En esto entró el Duque de Lerma; como la vido llorar tanto conmigo hizome mal semblante aunque yo dejé a la Reina y le fui a dar la enhorabuena de un nieto que le habia nacido, y con tanto fuíme a la tribuna de la Emperatriz con el Santísimo Sacramento; estando allí viene una Dama de la Reina, Doña Maria Meneses. Condesa: la Reina os llama que vengaís conmigo. Dije: Vamos y metíome por unos callejoncillos y vinimos a dar en el oratorio que llaman de D. Juan de Borja... [falta una página del original], y sigue... ¡limpísima Conzizion su vispera, llegose a mí [el Duque de Lerma?]: por solo ver a V. S. vengo aquí; aunque ayer y oy me e sangrado. Yo; b. l. m. a V. S. que me pesa se esfuerze tanto; espere le busque do se siente, y llegole un banco y dejole sentado y apartome que las damas se llegaron artas a entretencelle.

Yo uyéndome de Reyes y de todos. Al salir dijo [Lerma?] en la escalera: En esto me tengo de andar. Que El no able a ella ni ella a El [El Rey].

Yo la are prender y saldre de este afán; dijole uno de los sus privados; yo no la conozco; en mi vida la bí; mas de el nombre que esta mujer tiene se echara V. S. a perder y dirán que es pasión y no razon. Dijo: al menos desterralla sera sin duda.

dores de Madrid ofrecieron a la corona, pagaderos en diez años, se hablaba de las granjerías entregadas, al propio tiempo que aquel servicio, al duque de Lerma y a sus descendientes, así como al ya entonces célebre conde de Villalonga.

No es inaudito presumir que quizá las circunstancias que rodearon a este improvisado y definitivo viaje hicieran despertar en Felipe III la conciencia de su extraña situación, ya que aun en los seres más débiles asoma la advertencia de cómo se aprovecha alguien de esa su debilidad, compensándose ésta con la fortaleza del que al amparo de aquélla prospera y tiraniza; es la inexorable tendencia al equilibrio en la balanza del poder, cuyo fiel, si no es impuesto por quien a ello es llamado, es la audacia quien a su arbitrio y con lucro le maneja.

Sin duda con esta espina dentro, el aún poderoso monarca pidió consejo a doña Beatriz Ramírez de Mendoza cuando Felipe III aún no se había quitado el polvo del viaje.

Mas apenas se inicia la conversación, Felipe III vuelve a su abulia característica.

De aquí el pedir a la condesa le dijera cuanto le pareciere.

—«Huelgo yo mucho de ello, condesa, que todo me lo digáis.»

Para ello la había llamado.

Podrá nadie negar que doña Beatriz supo interpretar el pensamiento de «las Españas».

Y lo interpretó con la valentía que debe apetecer todo buen monarca en quienes consulta.

Pero asoma en seguida la condición singular de Felipe III. Conoce perfectamente lo que insinúa la condesa; ha buscado su consejo sabiendo o presumiendo cuál tenía que ser; mas en cuanto se apunta la realidad, la esquivo.

¿Qué significan si no las palabras evasivas e inconcretas después de las terminantes de la consultada: «Yo no quiero sino servir a Dios y agradalle»?...

El claro talento de la condesa de Castellar le hace comprender la conveniencia de seguir el giro dado por su rey... Y ofrécele sus oraciones.

El monarca siente removerse en su conciencia la protesta contra su propio fingimiento.

¿Es que ignora el mal de que apetece curarse?

Le conoce, pero teme descubrir este conocimiento; se amedrenta porque se siente flojo y débil para acudir al remedio enérgico que de sobra sabe cuál es.

Y en un rasgo de insospechada energía, pregunta, tal vez tímidamente:

—«¿Qué medios se os ofrecen?»

¿No se advierte en esta pregunta una discordancia entre sus anteriores palabras y las de la condesa? Refléjase bien claramente que su inquietud se sobreponía a las mismas palabras que antes había pronunciado.

¡Qué idiosincrasia la de Felipe III! Y sin embargo, qué humana es.

En los caracteres fofos, débiles, existe el conocimiento del deber perfectamente definido, lo atrofiado es la voluntad para determinarse a obrar; y si a ello se añade la condición, en Felipe III no extraña, de un sentimiento religioso acendrado en él, que se abandona, con el pretexto de una superior ordenación de las cosas, se explicará, siquiera en parte, la tan perniciosa falta de actuación, el endosamiento de ésta que tantos disgustos le acarrea y tantos daños a España ocasionaron.

La sinuosa línea que traza esta conversación que examinamos vuelve a marcar nueva depresión en cuanto se le muestra al monarca la causa de lo que él lamenta y al parecer desea corregir.

La condesa de Castellar expuso su parecer sin anfibologías:

—«Que tenga V. M. mejores consejeros.»

Doña Beatriz no podía contestar de otra suerte, ni el rey de no haber dejado de ser quien era.

Como que era el nudo gordiano de su situación, nudo que no quería o no se atrevía a cortar.

Ignoramos el resto de la conversación, pero puede deducirse por seguir las cosas como estaban.

Y que no era otro el quid del problema lo dice la propia reina, a la que doña Beatriz habló seguidamente.

Felipe III no escuchaba a su esposa, ni escuchó a la condesa.

Era el rey como la generalidad de las viudas son, aficionadas a menudear las consultas, para después hacer su personal voluntad.

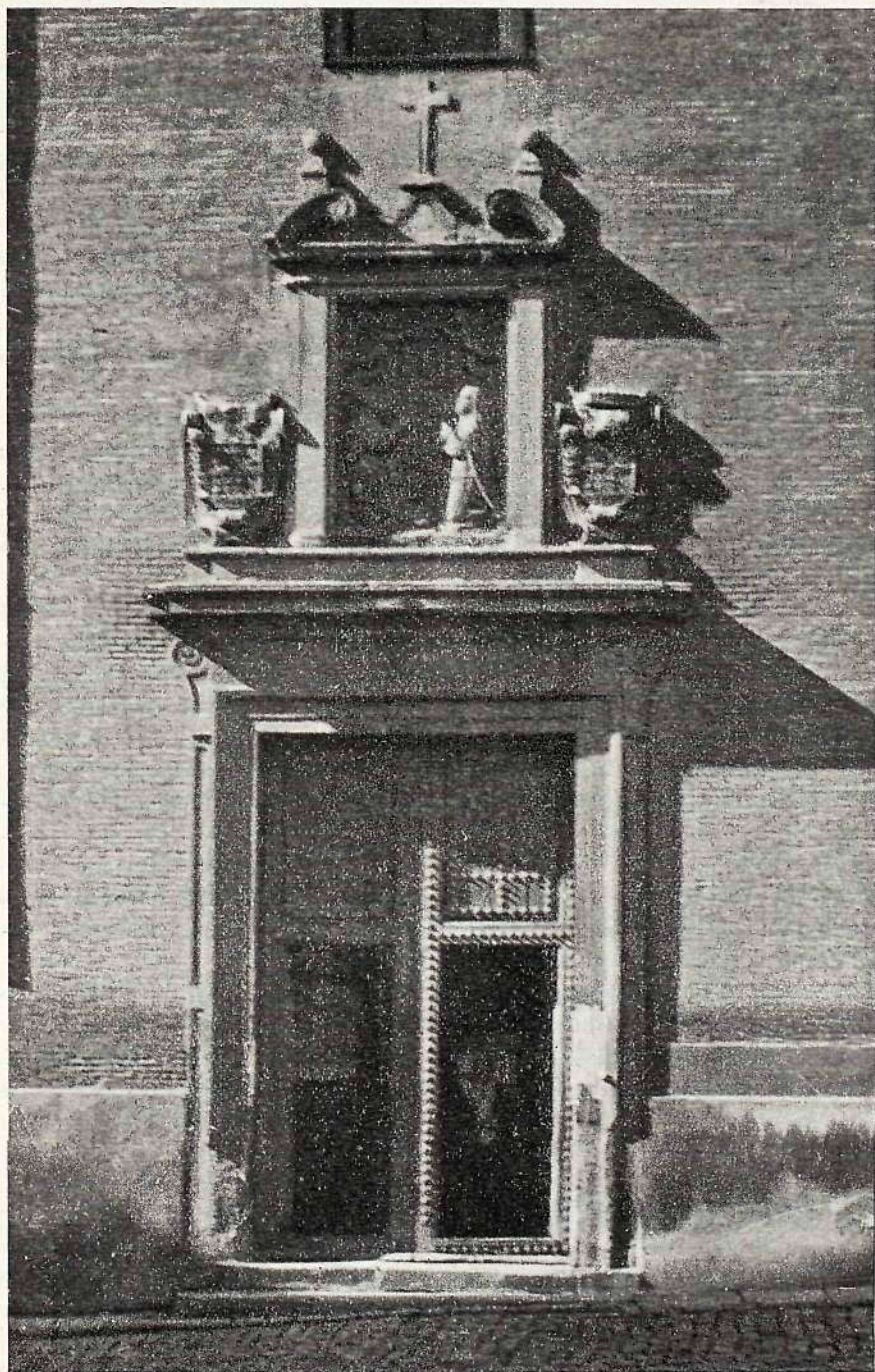
Y buena prueba está en que Felipe III consintió que su favorito persiguiera judicialmente a doña Beatriz Ramírez de Mendoza y saliera de palacio; que de palacio saliera la marquesa del Valle y que ésta y aquélla volvieran a la gracia de la Corte, y todo ordenado y dirigido por la mano dominante del duque de Lerma.

V

LA CORTE Y LA MARQUESA DEL VALLE

Gran ruido se produjo en el regio alcázar en los comienzos del año 1603, derivado, sin duda alguna, del barullo existente en palacio, que no debía ser escaso, dado el cúmulo de personas, singularmente de señoras, que convivían en él.

La reina tenía a su lado buen número de damas, hijas de los nobles que rodeaban al monarca y que permanecían en el alcázar hasta casarse. También vivían en palacio diez señoras, viudas, que llamaban damas de honor, personas de mucha calidad, a más de las ayudas de cámara; gente, por decirlo así, de condición moderada.



Portada principal del convento de «Las Carboneras»
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

Además estaban las ayas de los hijos del rey, aumentando el número de mujeres, cuyos servicios estaban minuciosamente reglamentados.

Entre ellas estaban, pertenecientes, más o menos próximas, a la familia de la marquesa del Valle, doña Elvira de Avila y Guzmán, doña Antonia Manrique, la marquesa de Cárdenas, doña Antonia Mendoza, que había servido a la reina de Francia, doña Catalina de Mendoza, la hija del conde de Barajas, doña Beatriz de Mendoza, recibida el 28 de marzo de 1599 como dama de la reina, sin contar a la celebrada enana doña Cusia.

Actuaba como directora de toda esta grey mujeril la marquesa del Valle, a la que sustituyó, al salir ésta de palacio, la condesa de Altamira, hermana del duque de Lerma.

Como decimos, la figura que destacaba sobre todas aquellas señoras era la marquesa del Valle.

Llamábase María de la Cerda y era hija de D. Pedro Fernández de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchón, y por lo tanto hermana del que llevando este título tanto predicamento tenía en palacio en tales momentos.

Doña María había celebrado capitulaciones matrimoniales con el marqués de Guadalete, pero desistióse de esta boda y casó con D. Fernando Cortés de Monroy y Arellano (33).

Era éste el tercer marqués del Valle, hijo del que, llevando el mismo nombre y apellido, casó con su prima doña Ana de Arellano en 1548, contrayendo al fallecer ésta, en 1578, segundas nupcias con doña Magdalena de Guzmán, dama de la reina Isabel, no siendo preciso recordar aquí, por ser sobradamente sabido, que el primer marqués del Valle de Guaxaca lo fué el descubridor de México, D. Fernando Cortés Rodríguez de Monroy, hijo de D. Martín Cortés Rodríguez de Monroy y doña María Pizarro Altamirano.

La boda del tercer marqués del Valle y doña María de la Cerda fué factuosa, celebrándose en octubre de 1593 en el Monasterio del Real Sitio de San Lorenzo, siendo testigos el rey y su hermana la infanta Isabel Clara Eugenia, de la que era dama doña María.

Felipe III devolvió al novio todos los derechos administrativos y privilegios de que anteriormente se le había desposeído.

Fray Jerónimo Sepúlveda, que consignó estas noticias en su interesante *Historia* (34), nos deja gran confusión respecto a las dotes físicas de

(33) El blasón y escudo de armas de los Cortés Rodríguez Monroy consta de cuatro cuarteles, repartidos en esta forma: en el primero, campo de oro, águila negra imperial con dos cabezas, coronada; en el segundo, campo negro, tres coronas de oro; en el tercero, campo de plata, león de púrpura coronado, y en el cuarto, sobre ondas de azul y plata, la ciudad de México de color rojo y orlado de lo propio, con ocho cabezas de indios y cadenas de oro y en abismo cuatro barras rojas en oro con orla de ocho cruces de Jerusalén de plata, al timbre corona del marqués.

Juan Francisco de Rivarola y Pinedo, *Monarquía española. Blasón de su nobleza*, libro II, cap. XVIII, pág. 241. 1736, B. N. R. 20 888.

(34) Fr. Jerónimo Sepúlveda, *Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España y otras naciones desde el año 1584 hasta 1603*. Edición de Fr. Julián Tarco Cuevas. Madrid, 1924

dicha marquesa del Valle, pues si en la página 150 de su libro, y ocupándose de la tal boda, dice con gran soltura: «Sólo dos cosas hubo aquí malísimas: la una es que la señora era muy fea y la otra que era muy vieja, pues decían pasaba de los cuarenta años» —claro está que esta ancianidad hay que suponerla no en absoluto, sino por tratarse de una novia—; más adelante, en la página 318, al hablar de la propia marquesa del Valle, cuando ésta hubo de salir de palacio, dice: «Pues es el caso que en palacio estaba la marquesa del Valle, mujer muy conocida de todo el mundo por su gran linaje y *hermosura*, gran prudencia y mucha discreción, y sobre todo gran cristiandad y gran valor, si se sabe en nuestros días la tenga mujer», etc.

Algunas otras contradicciones se pueden observar en la muy curiosa *Historia* del P. Sepúlveda, pero por no llevar la contraria a Fr. Jerónimo, diremos que la marquesa era fea cuando se casó con el marqués del Valle, quien no obstante con todo rompió, y hermosa cuando abandonó el regio alcázar. Y todos contentos.

Era a la sazón como la segunda camarera mayor de la reina.

Fuélo en un principio la duquesa de Gandía, mas, de oficio, fué destituida ésta y nombrada la duquesa de Lerma, que aproximó a su cargo para que la ayudase de noche la marquesa del Valle.

Según el propio Fr. Jerónimo no existía mujer de mayor influencia; con ella se despachaba lo más y lo más grave de toda España, y «osaré decir que de todo el mundo», pues conocidas sus virtudes por el rey y Lerma «la tenían por un oráculo del mundo y acudían con todo a ella, así las personas reales y las de palacio como las de fuera, de manera que si alguien quería alcanzar alguna cosa del rey o reina o del duque, si no entraba la marquesa del Valle no se negociaba».

Tan dentro se hallaba de palacio, de aquel palacio que según el P. Sepúlveda más parecía en esta época casa de religión que de un monarca, que cuando la reina alumbró una infanta se la entregaron a la del Valle para que la criase, como así lo hizo, siendo la propia marquesa la que al morir la infanta María, hija segunda de Felipe III, lo anunció en la cámara oficialmente, estando la corte en Valladolid, el año de 1603.

La marquesa del Valle, que había sido recibida en palacio por aya de la infanta doña Ana el mismo día que ésta nació, o sea el 22 de septiembre de 1601, pidió dos años después licencia para salir del alcázar, alegando que no quería dormir en el aposento de la hija del rey, dada su edad y sus achaques.

Retiróse, en efecto, a su casa el 4 de octubre de 1603, percibiendo a la sazón dos mil ducados de gajes por año.

Mas entre los cortesanos se dijo que era otra la causa de tal resolución. Otros, en cambio, afirmaban que la marquesa tenía tercianas y que se iba a Madrid a curarlas.

¿Qué pudo ocurrir que un día se ordenó a aquélla, oficialmente, que abandonara Palacio?

Y hubo más, porque la prohibieron permanecer en Madrid, así como que se instalara a una distancia no menor de veinte leguas de la Corte.

Dijose que habían señalado a dicha señora seis mil ducados de renta al año y veinte mil de ayuda de costas.

La marquesa del Valle se fué en efecto a Toledo, instalándose en la casa de su sobrino el conde de Villaverde.

Cierto día hallábase escribiendo, cuando entró en el aposento que ocupaba la marquesa el capitán Ponce que, juntamente con el alcalde Silva de Torres, corregidor de Madrid, habían recibido orden del rey (14 de diciembre de 1603) para prenderla.

Ponce mostró el mandamiento, firmado por el famoso conde de Villalonga, en el que se autorizaba a doña Mencía para que llevara consigo a tres criadas y dos criados.

La marquesa no se inmutó, y una hora más tarde ocupaba una litera con una de sus sirvientes y fué conducida a San Torcaz.

Esta doncella fué registrada, encontrándosela, ocultos sobre el pecho, varios papeles.

También fueron recogidos tres escritorios y la escribanía en que se hallaba escribiendo la del Valle, amén de la carta que tenía en sus manos cuando llegó el capitán Ponce.

La marquesa del Valle fué instalada en la misma estancia que años antes ocupara la princesa de Eboli en el castillo de Santorcaz.

Doña Ana de Mendoza fué llevada a la fortaleza de Brihuega.

Pero más tarde fueron las dos damas conducidas a Simancas.

Se tomó declaración a la que tanto predicamento tenía poco ha en palacio, pero doña Mencía de la Cerda se limitó a contestar que por convenirle así mejor a su rey, que sólo ante el propio Felipe III y todo su Consejo real prestaría declaración.

El rey no quiso verse a solas con la marquesa, según sus palabras: «Temía que si se viese con doña Mencía le trastornara y le haría de su bando y opinión como tan discreta y sagaz.»

Al fin fué confinada en Logroño con bastante ignominia y con mucho asombro y lástima de todos

Contarini, el embajador veneciano, da a entender en uno de sus escritos a la señoría de Venecia que la marquesa estaba en correspondencia con algunos caballeros desafectos al duque de Lerma (35). Contarini decía la verdad.

No obstante, en unas advertencias que puso al escrito de Contarini

(35) Contarini, Real Academia de la Historia, *Carta a la señoría*, 1603.

«Ya escribí a V. S. lo que pasó con la marquesa del Valle, en el cual me remito; después me dicen que ha dado cuenta de sí a diferentes Principes y que es uno de los cargos que se le hacen que en su prisión pusieron gran fuerza en tomarle los papeles y entre ellos hallaron algunos para señoras del Rey llenos de palabras misteriosas que dieron mucho cuidado al Duque; sometióse el conocimiento de la causa a tres gravísimos doctores y no hallaron cosa de sustancia.»

D. Juan, duque de Estrada y Guzmán, caballero de Santiago (36) se dice: «De las cosas de esta señora no tengo particular noticia, pero bien se compadece ser justa su prisión y no estar sin culpa; que los hombres juzgan por los dichos de los hombres; y es de creer que ella misma está satisfecha de cuan sin pasión se procedió en su causa, pues está agradecida de quien pudiera estar quejosa, que es el Duque, el cual si estas y otras cosas ha puesto en manos de la justicia, no es para recato o interes propio sinó por el servicio de S. M. que siempre prefiere.»

Terminaba el año de 1604, y nada pudo descubrirse acerca de las imputaciones de que habían sido víctimas la marquesa del Valle y doña Ana de Mendoza. Los jueces se dirigieron a Simancas, mas como tal confesión siempre cuesta trabajo pregonar, fueron poco a poco despejando el ambiente en que envolvieron, sin duda injustamente, a las dos palatinas.

En una palabra: los jueces preguntaron a la marquesa que en qué monasterio quería recogerse.

Doña Mencía, muy segura de su posición favorable, contestó con entereza:

—«Si fuera yo libre, escogería lugar; pero estando sin libertad, presa, no quiero disponer de mí, sinó que S. M. haga lo que fuere servido.»

Aún tardó un año en recaer sentencia en tan extraño proceso, pues hasta 1605 no se conoció lo dictado, concediendo libertad a las dos damas, una libertad condicionada, ya que tenían que vivir doña Mencía y doña Ana en la misma casa, en Logroño, no como prisioneras y pudiendo salir y recibir visitas, pero residiendo en Logroño.

Transcurrieron, no obstante, tres años hasta que en mayo de 1608 pudieran decir los cronistas contemporáneos: «La Marquesa del Valle, que estaba presa, ha venido [a Madrid] con su sobrina [doña Ana de Mendoza] muy en gracia de los Reyes y Duque... y se platica que volverá a la prianza que solía ya tener lugar en palacio.»

Con efecto, la del Valle, que durante el tiempo que permaneció presa se había ocupado en hacer, por sus manos, numerosos corporales para las iglesias pobres, volvió a instalarse en el alcázar, como ella había profetizado al decir que esperaba volver a Palacio tan honrada como había salido y acabar allí sus días.

Así pasó, aunque transcurrieron cinco años hasta el arribo a Madrid de tan respetable dama.

Porque fué el 21 de agosto de 1613 cuando el duque de Lerma, por orden del rey, dispuso que a la dicha marquesa del Valle se le continuara dando las pagas de dos mil ducados al año que tenía por aya de sus altezas, y que se le vuelvan a asentar en los libros y se le paguen «continuamente desde que le cesaron y que lo corrido desde entonces se dé orden como se le vaya pagando con satisfacción para que pueda componer sus

(36) Biblioteca Nacional, Ms. E., 159.

deudas y valerse de ello», terminando la orden con estas oficiales palabras: «y así lo direis en el Bureo de la casa de sus Altezas» (37).

Dos años después de quedar viuda la marquesa del Valle tomó el patronato de la capilla mayor del convento de Nuestra Señora de la Merced, haciendo varios donativos en metálico y joyas, poniéndose al matrimonio por tal patronato bultos de jaspes, que se ven en ésta capilla (38).

La marquesa no olvidó la gestión que en su favor hiciera el duque de Lerma.

A poco de caer éste en desgracia, aquélla le escribió una expresiva carta, en la que, entre otras observaciones, propias de los que han sufrido desengaños en la vida, expresa al favorito de Felipe III su agradecimiento por haberle logrado los gajes y «los corridos», ya que humanamente no tenía con qué vivir la un día dama la más favorecida de la corte de España (39).

Pero esta misma carta nos explica que hasta este año en que se escribe —1619— la marquesa se hallaba en entredicho y no era en absoluto dueña de su libertad.

Así se explica lo que Pedro García de Ovalle dice el 2 de marzo de 1616 desde Madrid a D. Diego Sarmiento de Acuña, nuestro embajador en Londres, anunciándole la muerte del hijo de la marquesa del Valle, llamado Juan, añadiendo: «el mayor está bueno, y las hijas con arta soledad».

También se cumplió la segunda parte de su profecía, pues en palacio falleció el 4 de septiembre de 1621, siendo conducida con gran pompa al monasterio de D. Juan de Alarcón, en donde se custodian sus restos.

(37) Archivo de Palacio.

(38) «Doña Mencía de la Cerda, hija de los Condes de Chinchón y viuda de Fernando Cortés, tercer Marqués del Valle, tomó este año (1611) el Patronato de la capilla mayor del convento de Nuestra Señora de la Merced, dotándole con 3.000 ducados de renta, aplicando 1.000 para la redención de cautivos. Dió también una tapicería, que se valió en 3.000 ducados; una cama de tisú, un cofre y (joyas) de perlas y aljófar. Por este patronato se le pusieron después bultos de jaspes, que se ven en esta capilla.» — *Anales de Madrid*. Antonio de León Pinelo, 1658. Ms., pág. 234 v.

Hallábase este convento fundado el año 1594 — en el lugar que hoy ocupa la plaza del Progreso. Al ser derribado se trasladaron las dos estatuas orantes de los marqueses a los sótanos del convento trinitario de la calle de Atocha, a la sazón Ministerio de Fomento, de cuyo escondido lugar fueron aquéllas llevadas al Museo Arqueológico. Algo deterioradas las cabezas, no se puede apreciar bien y con certeza cuál de las dos versiones del padre Sepúlveda es la verdadera en cuanto a la belleza de doña Mencía.

(39) La marquesa del Valle escribe al duque de Lerma el 30 de septiembre de 1619 dándole las gracias por haber logrado los gajes y la casa y que se le pagasen «los corridos», ya que no tenía humanamente con qué vivir, añadiendo, entre otras cosas: «En nuestros trabajos he yo aprendido y visto lo que hay que fiar en amigos». Aludiendo al duque le decía: «En el puesto que estaba era el que de fuerza sabía la fidelidad, la verdad que todos o los más tenían unos con otros, no habiendo más ley de Dios que hacer sus negocios.

Entonces, señor mío, aunque V. E. lo veía, vialo con vista corta y entendimiento ocupado.» ¡Qué página ésta tan singularmente humana y repetida!

El regodeo del eminente lugar alcanzado, la adulación enervante, el olvido de lo fugaz de todo terrenal señorío... Con qué facilidad y prontitud el más decidido a enmendar y corregir errores incide en lo mismo que enérgicamente y lealmente vituperó. ¡Qué difícil la austeridad y la justicia en el victorioso!

También sufrió, como se lleva dicho, «persecución por la justicia» doña Ana de Mendoza, dama de la reina, hija de doña Antonia, prima ésta de la marquesa del Valle, la teniente aya de la infanta.

El día 12 de enero de 1604 el alcalde Silva de Torres, corregidor de Madrid, salió para Valladolid, en donde estaba la corte, y sacó presa de palacio a doña Ana de Mendoza.

El misterio sigue rodeando estas prisiones. Nadie deja entrever lo ocurrido.

Se elevaron súplicas a la reina para que no consintiera fuera sacada doña Ana del alcázar, pero aquélla se limitó a decir que «mucho más merecía que aquello».

Por cierto que al darnos cuenta de estos sucesos Cabrera de Córdoba (40) surge de nuevo el tema de la hermosura de la marquesa del Valle, un poco inopinadamente, ya que al ocuparse de la prisión de doña Ana, «secretaria de la marquesa del Valle, su tía, en Palacio», añade el cronista: «Esta dama —la marquesa— era muy bien quista de los demás por sus buenas partes, *aunque no era tenuta por hermosa*.»

¿Qué tiene que ver una cosa con otra, y a cuento de qué viene esa declaración de no ser *tenida* por hermosa?

Cabrera reserva su opinión. Es lástima. Mas ello hace sospechar que la belleza de la del Valle era tema abordado entre la gente cortesana con asaz empeño, existiendo tal vez encontrados bandos.

Lo cierto es que también se registraron los papeles de doña Ana de Mendoza con gran cuidado, como los de otras damas conocidas de la corte.

Dicho grato final de la marquesa del Valle, por ella presentido y deseado, no resta un ápice de realidad a estas palabras que con este motivo escribía Valladares en su *Semanario Erudito* (41):

«Lo dulce del valimiento anda siempre mezclado con el acíbar de infinitos temores y disgustos.

El Gobierno y la privanza están expuestos a la censura de los holgazanes y a las poco justificadas quejas del inconstante pueblo, porque como bestia de cien cabezas sigue diferentes opiniones imposibles de concordar.»

Murió la marquesa del Valle, y como su esposo era patrono, como se ha dicho, de la capilla mayor de la iglesia del convento de la Merced Calzada de esta corte, en dicha iglesia fueron enterrados ambos esposos, colocándose sobre el sepulcro y en alabastro los bustos de los dos próceres con sus respectivos escudos.

Sólo tuvo un hijo este matrimonio, llamado D. Gaspar Mendoza y Cortés, que falleció siendo niño, por lo que heredó la casa y el título don Pedro Cortés de Arellano, cuarto marqués del Valle.

(40) *Relación de las cosas sucedidas en la corte de España...*, Cabrera de Córdoba, págs. 468 y otras.

(41) Tomo XXXIV, pág. 33. Madrid, 1791.

Al morir doña Mencía se subastaron los objetos que en vida la pertenecieron.

Era curiosa esta costumbre existente a la sazón en Castilla; pues como si se tratara de bienes embargados, a la muerte de una persona de alcurnia, o aunque no lo fuera, se vendían todos los bienes no vinculados, y tan libremente, que si los hijos y parientes del finado querían adquirir algún objeto tenían que comprarlo en la misma forma que un extraño.

Según nos dice Pinheiro da Veiga en *La Fastiginia*, entre los objetos vendidos figuraban cuadros de muy subido mérito y valor.

Este culto y ameno portugués habla con asombro de la riqueza que existía en Castilla.

«Ver aquí las riquezas, la brutalidad (*sic*) de los vestidos, es cosa que no se puede comprender, porque en esto, o sea muebles de casa, son todos Príncipes», etc.

«En la casa de la Marquesa del Valle escogió la Reina lo bueno, y sin embargo ví en su oratorio tres cruces de vidrio de a vara con lacerías de oro, cosa del cielo; vasos del mismo oratorio de mucho precio, que es vergüenza decirlo; seis retablos de ébano con puertas de reliquias, cada una de 800 cruzados; las imágenes de oro y con piedras, y las incrustaciones de plata, no se puede creer, y todo en venta» (42).

Mucho ruido debió meter este asunto, pues el embajador Contarini se ocupa del mismo en la relación escrita a la señoría en 1605.

¿Qué motivó todo este ajeteo de prisiones y de destierros?

El padre Sepúlveda escribe que se decía que la marquesa del Valle quería indisponer al duque de Lerma con el rey, y que hasta se añadía por alguien que se trataba de dar muerte al favorito del rey.

«Todo el mundo se ha espantado de tan inesperado destierro», exclama no menos asustado el fraile jerónimo, quien por todo comentario dice:

«No hay sino escarmentar en cabeza ajena y servir a Dios firmemente que es lo que hace al caso, que lo demás es cosa de buría y que en cuatro días se acaba.»

Cuanto llevamos dicho respecto de la marquesa del Valle tiene íntima relación con lo que habremos de decir de la condesa del Castellar.

Ambos temas fueron ocupación de cronistas e historiadores, que se dividieron, como es frecuente, en dos bandos.

La recordada situación de la marquesa del Valle nos facilita y da más ambiente, por su íntima relación, a lo que seguidamente habremos de exponer de la persecución de que fué objeto la condesa de Castellar.

Por cierto que el padre Sepúlveda al dar cuenta de estos sucesos trata bastante despiadadamente a la condesa de Castellar, a la que sin duda no conocía. La pasión que envolvió aquel suceso tocó al buen cronista, un poco ligero en algunas de sus apreciaciones, y en otras poco veraz, como fácilmente se podría demostrar.

(42) *La Fastiginia*, 1910, págs. 29-199.

El padre Zarco Cuevas, que tuvo el acierto de publicar el manuscrito de Sepúlveda, rechaza el acre juicio formado por el cronista al tratar de la condesa de Castellar, aunque su bondad con aquél sólo le permite decir que «en esto de la liviandad ¡nada menos! de doña Beatriz Ramírez de Mendoza, o sor Beatriz de las Llagas, parece carga la mano el padre Sepúlveda».

Nosotros nos limitamos a seguir refiriendo la historia de la condesa. Los hechos y la vida de la fundadora de las «Carboneras» contestan sobradamente al historiador lorenciano, poniendo las cosas en el lugar que le corresponde.

VI

DOÑA BEATRIZ RAMÍREZ DE MENDOZA, PERSEGUIDA

Los anteriores sucesos, que se han recordado con alguna extensión para mostrar el ambiente de la corte en los comienzos del siglo xvii, tiene además una parte tan interesante como inesperada que se relaciona con nuestra biografiada.

Porque con ocasión de aquella recogida denuncia fueron presos varios personajes que se entendía confabulados con la marquesa del Valle, figurando entre los prisioneros el marqués de San Germán.

Registraron los bufetes de éste, y entre sus papeles y cartas hallaron los curiales una de la condesa de Castellar, en la que ésta consolaba a su buena amiga la marquesa del Valle, diciéndole, entre otras cosas, «que tuviese paciencia, que todo tendría buen fin, porque el causador de todo esto moriría para Navidad», para la que no faltaba más de seis meses, pues la carta se escribía en el mes de junio.

Ahora se comprenderá el porqué de habernos detenido algún tanto en la figura de la marquesa del Valle.

Y el mal augurio de la condesa de Castellar, y los justos presagios de ésta al conocer el breve diálogo recogido en las últimas líneas del capítulo IV.

Al conocer doña Beatriz los propósitos del duque de Lerma, hizo pública su salida para Castellar; mas para que no la llamaran los reyes se fué a Ribas, y en Ribas se hallaba, para continuar su viaje, cuando cierta mañana llamaron al aposento en que se hallaba la fundadora.

—«Señora —le dicen—, el duque viene hoy aquí a comer y le han aposentado en la casa de Baldés», que era un rentero de la condesa.

Esta ordenó fuera su secretario a pedir licencia al duque para irle a besar la mano y comunicarle que se iba a Castellar.

El duque mostró ignorar la estada de doña Beatriz en su lugar, limitándose a decir que venía de ver Vaciamadrid para comprarle, y que se dis-

ponía ir a Barajas, en donde estaban los reyes, camino de Alcalá, a visitar San Diego, por lo que forzosamente había tenido que pasar por Ribas.

Como Lerma manifestara que se holgaría ver a la condesa y a sus hijos, éstos y aquélla salieron a su encuentro. Mas sin duda el duque varió de parecer en el camino, pues tapándose y echado en la litera apeóse su nuera, la duquesa de Zea, de un coche, excusando a su suegro, al que dijo «le había tomado un vaído, no pudiendo hablar».

La condesa sospechaba lo que el duque traía entre manos.

«Traía tanta gente que tragué jaquí me prenden!, y estúveme en la Iglesia sin comer, pasmado el corazón, mas con paz en el interior.»

Doña Beatriz envió a Lerma un presente de «dulces buenos» para que acabase de comer, y le preguntó si quería hablar con sus hijos, sobrinos del duque, para entretenerse. Asintió Lerma: «Parló de gusto con los niños: si cazaban, si había liebres, cuándo me pensaba ir a Castellar...»

Reanudó al fin el duque su caminata, pero no se le cocía el pan a la condesa, y decidió volver a Madrid y entrar en la Concepción Jerónima con su hermana y pasar en el convento la Cuaresma hasta que se fueran los reyes a Valladolid, con lo que se evitaría la llaman «y se le quitarían estos celos al Conde Duque, al menos quito la ocasión de mi parte de que los tenga».

Dirigióse, en efecto, la condesa a Madrid, pasando por Loeches, en donde visitó a su prima doña Francisca de Cárdenas que había fundado un convento de carmelitas descalzas, profesando ella también, en aquel lugar.

Al despedirse de su prima rogó la condesa: —«¡Prima! encomiéndame mucho y todas acá a Dios, que dicen el Duque anda muy enojado conmigo y que me lo jura se lo e de pagar ablar al Rey sin su licencia.»

Doña Francisca invitó a su prima a que se quedara en el convento, pero doña Beatriz no quiso:

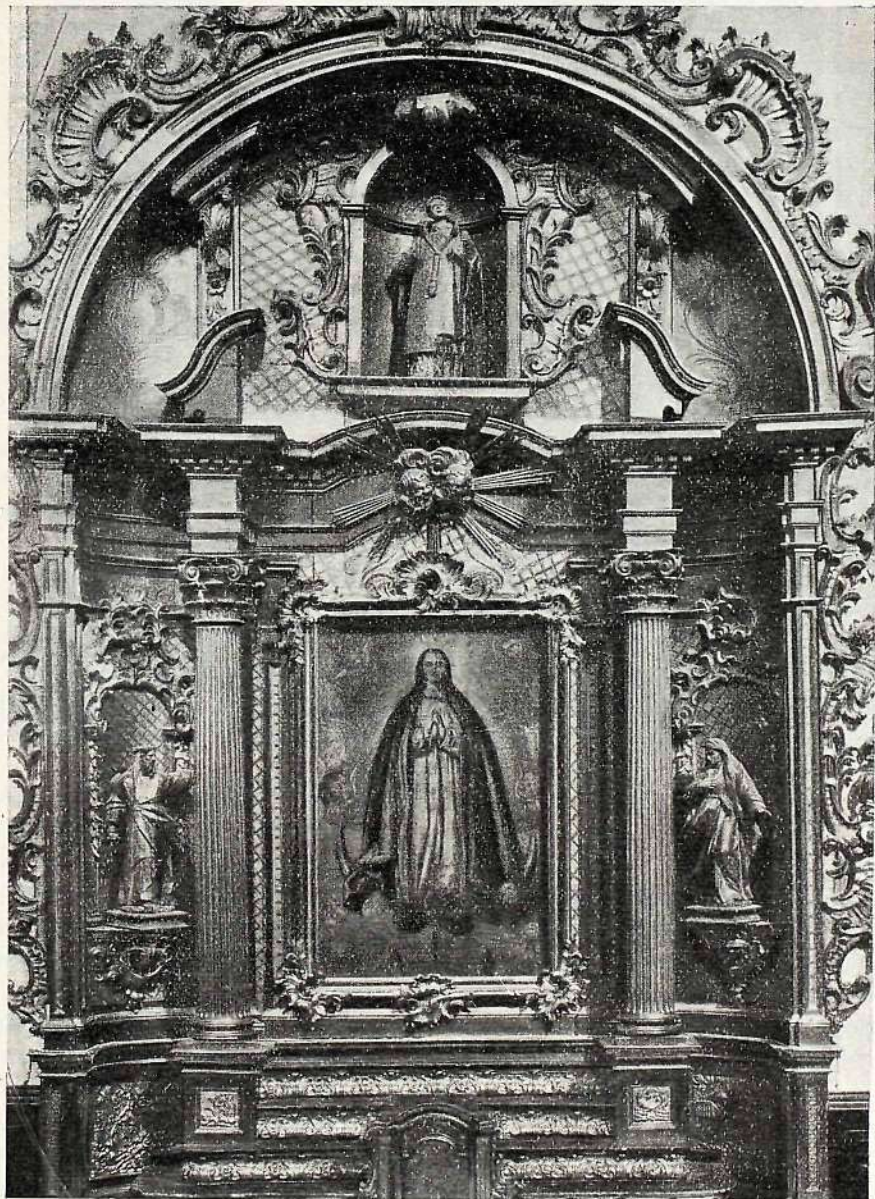
—«Sí entrara —dijo— si hubiera echo un pelo de cosa que la conciencia me remordiera de mal, mas pues Dios me a echo misericordia de tenerme de su bendita mano. no es razon mostrar flaqueza bengá lo que biniere. A Madrid boy a recibillo.»

Llegó a la corte la condesa el primer viernes de cuaresma y al amanecer «fué la disciplina de todos los de casa fortísima, con arta aflicción, sin saber de que, y la comunión, y dejar yo poderes para cobrar ochenta mil reales en letras para la ida a Castellar... luego fué el ayuno de pan y agua de todas».

Al siguiente día se fué doña Beatriz en su carroza con sus hijos e hija a la Concepción.

Como había venido de Valladolid bastante gente, como para hacer una gran prisión, le pasó por la mente a la Castellar si se trataría de ella, y así era en efecto.

Ordenó doña Beatriz salieran sus hijos a paseo con una dueña, regresando a sus casas al anochecer, pudiendo presenciar algo inaudito e inesperado.



Altar de la Virgen Carbonera

Volviendo al duque de Lerma diremos que si había ido con sus gentes a Ribas fué en busca de la condesa de Castellar. No iba de paso, como dijo. ¿Qué le contuvo para no apresarla?

La repentina y fingida indisposición pasada en la litera parece algo como pasajero arrepentimiento... Mas éste debió desvanecerse prontamente, ya que al saber por los propios hijos de doña Beatriz que ésta se dirigía a Castellar destacó, estando en Barajas, a dos consejeros del real, D. Diego López de Ayala y D. Juan Ocón, y al alcalde de casa y corte del rey, con más doce alguaciles, un escribano y hasta cuatrocientos hombres armados, camino primero de Ribas y en su caso a Castellar.

Llegó aquella trulla a Ribas, y no hallando a la condesa entraron en la casa, buscándola por todos los rincones, «asta dentro de los almofrejes» en que se habían guardado las camas, y «saquearon el hato a su voluntad, arrojandó lo que no se podían llevar».

Averiguaron por un barquero que doña Beatriz habíase dirigido primero a Loeches y luego a la corte, y a Loeches se encaminaron consejeros, alcalde, escribano, alguaciles y hombres de armas, y al saber que la perseguida ya había salido para Madrid, a Madrid se dirigió toda aquella multitud, rodeando las casas de los Ramírez de la plaza de la Concepción Jerónima.

Sin duda no tenían licencia para verificar el asalto de día, pues se supone que hasta vieron partir de su casa a la condesa y familiares; pero a las ocho de la noche, cuando los hijos de aquélla ya habían regresado de paseo, deteníanse en la tranquila plaza tres literas, de las que descendieron consejeros, alcalde y escribano; apeáronse de sus caballos alguaciles y jefes de tropa, y se extendieron por aquellas callejas los cuatrocientos hombres de armas, tomando las bocacalles.

Los más significados entraron en la vivienda, y aunque se les dijo que la condesa y su hija estaban en el convento frontero de la Concepción, registraron cámaras, cuadras y demás estancias, y «asta entre el carbón, con grandísimo alboroto», se introducen por si está escondida.

Mas como de lo que se trataba era de buscar documentos secretos y comprometedores, son llamados cerrajeros para que abran «todas las arcas escritorios, y toda la noche pasaron en esto y en buscar papeles, asta [en] los debanadores de seda y de cintas», llevándose un contador de ébano con papeles.

Llegaron al escritorio de las joyas, y al ver el primogénito de la condesa que también querían abrirlo, se opuso a ello:

—«Déjenlo, que no son de mi madre, sino de mi hermana.»

No le hicieron caso, y alguien hubo de decirle:

—«¿Quién le mete a Vuestra señoría en hablar palabra? Entrese en el retrete y pónganle guardas, que no salga de ahí él ni su hermano.»

Convencidos de que en su casa no estaba la condesa, sino en el convento, no se decidieron a resolver nada y despacharon un correo a El Pardo, en donde esperaba el duque de Lerma.



Altar de La Carbonera. San Joaquín y Santa Ana

Contrarió no poco al a la sazón segundo, o por mejor decir, primer monarca de España lo ocurrido, y sin duda para que el escándalo no fuera tan sonado hizo decir que no se trataba de prisión, sino de confesión.

Y el tropel de consejeros, alguaciles y demás de la trulla encamináronse al convento de la Concepción Jerónima, entrando mucha gente en el templo en busca de la condesa de Castellar, sorprendiendo a las tranquilas monjas entonando maitines.

No se inmutó doña Beatriz, y dueña de su situación, dijo con gran entereza a su hermana, la priora: —«Yo no tengo más de dos cosas que hacer en esta vida: salvar mi alma y criar mis hijos; quitanme el criallos, acudamos a salvarme.»

Inolvidable debió ser para aquella comunidad la noche del 12 de marzo de 1603, porque fué a media noche cuando se desarrollaron todas estas escenas.

A instancias suyas tomó la condesa de Castellar el hábito y prestó sus

votos en el coro alto y a presencia del vicario de San Jerónimo, y de todas las monjas «con grandes lágrimas y muchísima caridad».

Hasta las enfermas se levantaron a las doce de la noche de aquel viernes de cuaresma.

Desnudóse doña Beatriz del hábito del Carmen que llevaba y se puso el blanco.

—«Todo es uno lo que Dios ordena», exclamó la condesa, recordando en tal momento aquella enigmática frase de «el revés de la tierra», ya que se veía sin casa, sin hijos y sin hacienda, pues todo rodaba fuera de los escritorios, y «sin honra, que con tales demostraciones decía el vulgo que me carteaba con el turco, porque de presente no veían males que yo no hiciese y digesen que había echo» (43).

No obstante tan extraordinarios sucesos, doña Beatriz escribe: «lloraba sin cesar con tan gran quietud en el alma, que no tube que reconciliarme para comulgar, ni miraba todo aquello mas que [como] instrumentos que Dios mobia para hacer lo que yo no entendía ni quería entender, sino que me tuviese escondida El dentro de si».

Conocida que fué esta situación de la condesa por los consejeros, retiráronse éstos para recibir órdenes.

Dos horas no más transcurrieron cuando los ministros del rey llamaban de nuevo en el convento de la Concepción Jerónima, requiriendo la prisión de la marquesa de Castellar; pero monja profesa ésta, no se atrevieron a cumplimentar la orden recibida, volviéndose el alcalde a Valladolid.

Contrariados el rey y el duque de Lerma acudieron al general de la Orden Jerónima, pidiéndole el nombramiento de jueces para que entendieran en un asunto que se iba complicando.

Con efecto, el general nombró dos padres graves que se dispusieron a intervenir en particular tan enredoso.

(43) He aquí cómo relata la condesa de Castellar esta singular persecución.

Tuvo noticia de cómo el duque trataba de detenerla, y «en diciéndomelo a mi traté de irme a Castellar, y no solo lo publiqué, mas me fui a Ribas para que no me llamasen los Reyes, y comencé a aprestar mi jornada.

Estando en esto una mañana llaman a mi aposento. ¡Señora! El Duque viene hoy aquí a comer, y le han aposentado en casa de Baldés (un rentero mío). Dige: Bien esta, por que es muy lejos esta casa mía del lugar. Despacho al Secretario de mi hijo; toma un caballo y un mozo y idos a visitar al Duque. Que norabuena venga su señoría y su nuera, que viene con el; que por que esta casa es lejos está en otra, tambien mía, en Baldés; que si me da licencia le subiré a b. l. m., y decir como me voy a Castellar desde aquí.

Ya literas y todo aprestado, así lo hizo; recibió el recaudo muy bien. ¿Que aquí esta?; que él actualmente no lo sabía, sino venía de ver a Varialmadrid para compralle, y para ir a Barajas, do estaban los Reyes, que iban a Alcalá a visitar a San Diego, de fuerza pasaba por Ribas. Como dijo que se holgaría de verme, subí a la Yglesia del lugar con mis hijos y mi gente. Cuando pasó por delante de mí ya había mudado parecer. Tapose echado en la litera; apeose su nuera la Duquesa de Zea de un coche y diome un recaudo suyo: que por que le tomó un baido y biene con él no me puede hablar; que le perdone; que le pesa mucho. Ella: yo me iré con vos. Yo: No, Señora, vaya-se su señoría con el Duque y mire mucho con el. Traia tanta gente que tragué: aquí me prenden; y estubeme en la Yglesia sin comer, pasmado el corazón, mas con paz en lo interior. Envíele un presente de dulces buenos para que acabase de comer, y si quería que fuesen sus sobrinos, que lo son mis hijos, a entretenelle; dijo que si Parlo de gasto con los niños: si cazaban, si habia liebres,

La priora de la Concepción Jerónima, doña Catalina de Mendoza, hermana de doña Beatriz, como se ha dicho «estaba abrasando toda porque el duque de Lerma los ha prometido destruir si yo no digo mi confesión».

Así es que se autorizó a Fray Juan de Yebes para que entrara a ver a doña Beatriz.

cuándo me pensaba ir a Castellar, y diciendole que luego, él fuese y toda su gente, y era primero día de Cuaresma o cosa así; por do yo determiné: no quiero caminar ahora tan largo camino, sino entrarme en la Concicion Jeronima con mi hermana, pasar allí la Cuaresma, o hasta que se vayan los Reyes a Valladolid; con esto de estar en clausura me dejarán de llamar a do vayan y se le quitaran estos celos al Conde Duque; al menos quito yo la ocasión de mi parte de que los tenga; y diciendo y haciendo, digo a la mañana: me tened recaudo de irme a Madrid; el hato aquí se quede, mas ir por Loeches, que me habia pedido mi prima doña Francisca de Cárdenas que no saliese de Ribas sin ver el monasterio que ella habia hecho en aquel lugar de su hermano, donde ella era monja carmelita descalza; y así lo hize, llevando solas las personas de mis hijos e hija, criados y criadas; pocos quedaron con el hato en Ribas, metiendo en almofrejes las camas para que estuviesen guardadas, y todos comimos con doña Francisca. En la puerta díjele: —Prima, encomiéndame mucho y todas acá a Dios, que dicen que el Duque anda muy enojado conmigo, y que me lo jura que lo he de pagar hablar al Rey sin su licencia.

El del cielo sabe cuan pocas ganas yo lo tengo, que si las tuviera fuérame con ellos; mas Dios quiere que yo padezca en sus manos estos. Y dijo: —Entrese aquí, prima mia, hasta que se vaya, que era una santa y me quería mucho. Dige: —Si entrara si hubiera hecho un pelo de cosa que la conciencia me remordiera de mal, mas pues Dios me ha hecho misericordia de tenerme de su bendita mano, no es razon mostrar flaqueza venga lo que viniere; a Madrid voy a recibillo. Y vineme, y otro día, Viernes primero de Cuaresma, al amanecer, fué la disciplina de todas las de casa fuertísima, con harta afliccion, sin saber de que, y la comunión, y dejar yo poderes para cobrar ochenta mil reales en letras para la ida de Castellar. Los habia allegado de toda la hacienda, y todas las cosas no se como Dios me hacia, sin saber yo para que disponellas con tal prisa. Luego fué el ayuno de pan y agua de todas, y a la una, el entrarme la carroza con mis hijos y mi hija y pasarme a la portería y escala de la Concicion. Ya andaba por el lugar como habian llegado de Valladolid muchos que venian a hacer un grandísima prision; díge a quien me lo dijo: quiza será a mi. Dijo: No, mucho mas debe de ser, segun el aparato, que vos.

Quedamos yo y mi hija allí, y dos criadas y mi santa hermana, dando traza de sacar de clausura una celda cerca de la escala, y así lo hizo do estuvieramos mientras hubiese brebe para entrar alla dentro. Envié mis niños a holgar, y una dueña con ellos. Al anoecer fueron a casa, y a las ocho descubrense los que que habian ido a buscarme a Ribas; que como allí supo el Duque me queria ir a Castellar despacholos todos aquella noche en Barajas a dos consejeros del Real, don Diego Lopez de Ayala y D. Juan Ocon, y D. Melchor de Tebes, Alcalde de la casa y corte de S. M.; doce alguaciles, escribano y cuatrocientos hombres. Como no me hallaron en Ribas, que hasta dentro de los amofrejes me buscaron y saquearon el hato a su voluntad, arrojando lo que no se podian llevar; fue la averiguacion de que es de ella aqui se estaba ayer y los juramentos hasta el barquero do iba, y como ya los criados diciendo a Loeches a comer va, y a dormir a Madrid. Fueron a Loeches; no se como mi Señor hizo, yendo yo tan llana no me toparon, ni en Madrid antes de salir de mi casa, que ya estaba toda cercada, y me bieron salir y no debieron de tener licencia fuese de día, y a la vuelta de mis hijos, la dueña, que venia con ellos, pensaron era yo, y descubrieronse tres literas que traian y gente de a caballo muchísima, y de a pie cuatrocientos. Entran en mi casa. ¿Que es de ella? que ahora entro; buscanme hasta entre el carbon con grandísimo alboroto. Aqui entró; por mas que decian no tal; en la Concepcion quedó ella y su hija. No hay tal, decian; vengán cerrajeros; descerrajen todas las arcas, escritorios, y toda la noche pasaron en esto y buscar papeles; hasta los desvanadores de seda y de cinta desvanaban para mirar si habia allí escondido algo de escritorio; de las joyas dijo el Condesito: Dejenlas, que no son de mi madre, sino de mi hermana, y dijeron: ¿Quien le mete a V. S. en hablar palabra?; entrese en el retrete, y pónganle guardas, que no salga de ahí él ni su hermano. Despacharon al Pardo a decir como yo no estaba en Ribas ni en mi casa, sino en la Concepcion Jerónima. Aflijidísimo el Duque de ello mas que yo que lo padecía, y así puede Dios aflijir un ayer bonanza en un corazon con causas contrarias a ella. Ordena no se miente ni se diga era prision, sino confesión que me querian tomar.

Yo oy el ruido, que diciendo maitines las monjas entró mucha gente a buscarme en la Yglesia; díge a mi hermana: —Yo no tenia mas de dos cosas que hacer en esta vida: salvar mi alma y

—«Señora —le dijo— por si sabéis algunas cosas criminales no se puede dar esta licencia.»

A lo que contestó la condesa:

—«Delante de Dios, ni mías, ni ajenas, sé cosa que monten un hilo. Si quieren que yo me quite el ábito para decir seglar yo me le quitaré.»

criar mis hijos; quitanme el criallos, acudamos a salvarme; quiero tomar el hábito; tome vuestra merced sus votos, y así lo hizo. Y entró el Vicario de San Jeronimo, y todas con grandes lagrimas y muchísima caridad que me hicieron siempre, por que yo las quería y quiero mucho, danme el habito en el coro alto; y hasta las enfermeras se levantaron a las doce de la noche, viernes a doce de marzo. Al desnudarme mi hermana, como Priora, mi habito del carmen tu beso le dad, Virgen Santísima; como quito vuestro habito, y tan presto alcé los brazos para recibir el blanco, diciendo: Todo es uno lo que Dios ordena; y acabado de tomar díjome el corazon: este es el revés de la tierra, que nunca se me habia acordado aquella profecía. Cierito fue, dige; feismo; el Señor bien dijo: la haz era todo lo pasado por mi; en un instante verme sin casa, sin hijos mas que para lastimarme su soledad, sin hacienda; todo robado, aunque no secuestraron nada, mas de destroزالlo lo que no querian llevar.

Un contador de ébano se llevaron con papeles que un testamento que un amigo me dió a guardar, iba allí y nunci le pudo cobrar; sin honra, que con tales demostraciones decia el vulgo que me carteaba con el turco, por que de presente no veían males que yo hiciese y dijese que habia hecho, echábanlo a tan lejos; yo decia: Verdad es, Sr.; feísimo rebes tiene la tierra, y lloraba sin cesar, con tan gran quietud en el alma que no tuve que reconciliarme para comulgar, ni miraba todo aquello mas que instrumentos que Dios movia para hacer lo que yo no entendia ni queria entender, sino que me tuviese escondida El dentro de si.

Vieron almas buenas cosas admirables que Dios las reveló de frutos que Dios queria sacar desta tribulacion; y el hermano Francisco vino a la mañana a hablarme; habló a mi hermana en que para echarme el hábito a cuestras habia Dios permitido todo este escándalo, que sacaría mucho bien de ello. Y un padre de la Compañia conocido que, al pasar, vió mi carroza y preguntó quien habia venido en ella, le digeron: la condesa, que se quiere quedar aqui esta cuaresma con las monjas; subio a la escala y me dijo: ¿Que es esto, señora, cuando andan las cosas tan alteradas haceis esta novedad? Respondíle lo que a mi me decían; dejemoslo a Dios, que si ahora no lo entiende despues lo sabrá, y súpolo antes de 24 horas.

El P. Gracian era ya venido, y yo le habia contado lo que habia hecho y dicho. Díjome: Bien esta; mucho mas ha dicho de lo que a ella se le entiende; ahora mirar por que no la coja la vanidad. Mas no me dieron lugar dello la prisa de este sucesos, que jamas me fia Dios nada que quede en mis manos hacerla. Ei la toma y se lo hace todo, y eso me es de gran consuelo, que yo no las tomara las cosas sucedidas por mi si El me diera a escoger, y así hace de hecho y da las fuerzas y los sucesos como mas quiere. Tuvo gran deseo de verme el P. Gracian y de hablarme despues de saber tenia el habito puesto; como estaba enferma y mi condicion tan amiga de ni ver ni oír que viendole a el era forzoso salir a muchisimos, que he tenido esta desdicha, como si fuer miel decia yo: todas y todos se me pegan, con tanta ansia yo de uir a todo; al fin sali a una red al padre Gracian, y díjome: Señora, no quiero saber otra cosa de V. S. si no si se ha acabado el animo de hacer por Dios, como hasta aqui, cuanto entendié en su servicio y gusto deste señor. Yo hube de escuchar en mi corazon haria yo ya sin miedo destos pagos cosas por Dios; pareciome que si, y determineme como quien dice ya ha entrado buena barrena, venga lo que viniere, y no me lo repunó el ánimo, y dije si el ánimo de eso no ha tocado estos sucesos; dijo: pues no quiero mas que eso; mire que el animazo que le dieron que no se le acabe con nada, y fuese y no le vi mas, aunque por escrito mucho le trataba, que era muy a mi modo.

Acordabaseme viendome ya con habito tan deseado y clausura del primer dia de este año leyendo en la vida de la Santa condesa de FERIA como tomó el habito como ella cuenta casi rogada, yo como pidiendo celos a Dios le dije con hartio afecto que el movio que yo de mio soy un plomo pesadísima a debantalle si Dios no se lo hace todo; esto se hace a quien Vos queréis bien y bien sabeis buscar medios y modos como goce de Vos sin estorbos, yo no le hay por que no os lo merezco y estube así hartio con mucha ternura y no paso dos meses y medio cabales cuando hallo este medio y modo para echarmelo a cuestras, bendito sea su Nombre que como va sin guarnición esto voy de prisa sin detenerme en cosa que lo fuera y no poco lucida. Yo encargue mis hijos y su hacienda a mi tío D. Bernardino de Mendoza, gran siervo de Dios, que en Francia siendo Embajador de España sustentó el Egercito de los cristianos contra el de los herejes a su costa muchos días, hasta comerse sus caballos con todos por ya no tener otra cosa que no se hubiese gastado con

Mucho se ponderó este rasgo, pero a doña Beatriz no le preocupaba ser hecha presa.

—«Yo ya sabía —escribe— había de salir, no se me diera nada fuese por aquella puerta, que mi corazón estaba como las saetinas del Templo.»

el ejército, y fue parte para que no se alzasen Rey que no fuese muy cristianismo allí como lo han sido y són todos en Francia. El perdió la vista del trabajo de las armas aunque era gran soldado toda su vida y del mal pasar y recogiose en un cuarto de San Bernardo de aquí de Madrid, y así me pareció por amor de Dios y de mí que me quería mucho el lo haría cuidar y de todo. No quiso el ni los demás mis deudos que saliesen de mi gobierno ellos y la hacienda asta que yo profesase, y aun pensaron, como yo supe despues, sacar Breve para que se alargase mi noviciado hasta que los criase y pagase las deudas del Conde mi señor y de su padre con que este suceso de fuerza se había de retardar algo mas. Con esto me hallé con nuevas obligaciones de noviciado que como cosa de mi gusto con el acudia a El y todo lo demás por añadidura que solia ser lo principal del peso y entre torno y clausura para acudir a lo de fuera que había que hacer en ello; mas duró poco no dar Dios nuevo cuidado por que me dijo una muy buena persona de parte de Dios que quería que hiciese un convento desta orden de pocas monjas. Yo fué como mandarme subir por una pared altísima, ni veía como ni pa que, y el como yo había entrado, salirme, ni de con mi hermana que siempre, aun desde chiquita, ya me había mostrado particular amor y así nos queríamos mucho, y todas me hacían tanta merced, hacelles tan terrible disgusto deirme de entre ellas.

Fue nuevo mar de aflicción, y mas que se había sacado Breve para que entrase por seglar mi hija y ella quería con muchas veras tambien tomar el habito do yo le tenía tomado. No me cabía en el corazón este nuevo cuidado. Callando acudia a Dios y diole salida a la ternura de mi hermana con decirme: yo te haré estraña a los hujos de tu madre; yo de esta orden hare una ornaza do probarte y purificarte. Que lo crey y no se lloro con pocas lágrimas; mas resignada la voluntad a «Dios lo quieres». Y comence a tratar a hacer el convento sujeto a la Orden y envieselo a pedir al Prior con mi tío y mis hijos, que fuese como anejo a aquella Casa mayor de las que tuviesen salud; estubiesen guardando con toda perfección su regla, y cuando se quisiesen ir unas y venir otras pudiesen. Ellas si querian, mas ellos los frailes no quisieron ni sujeto a ellos ni a nadie no se había de hacer. Yo como iba siguiendo lo que Dios mandaba y ordenaba en ello, dejabase lo hacer todo, no siendo mas que un mazo que el movia, mas con esta pildora ya en el entendimiento más que en la voluntad de que había de salir de allí, vienen los graves de la orden a la Priora mi hermana que se estaba abrasando toda por que el Duque de Lerma los ha prometido destruir si yo no digo una confesión y que ellos no pueden dar licencia por no quedar regulares y que estan afligidísimos. Dijomelo mi hermana y entró Fray Juan de Yebes, el santo baron, a la cama do yo estaba enferma en la celda de mi hermana y dijo: — Señora, por si sabes algunas cosas criminales no se puede dar esta licencia; yo digo: Delante de Dios ni mias ni agenas se cosa que monte un hilo; si quieren que yo me quite el habito para decir seglar yo me lo quitaré. Espantaronse de mi liberalidad no temiendo si me llevasen presa; ya yo sabía había de salir no se me diera nada fuese por aquella puerta, que mi corazón estaba como la satinas del templo; mucho mayores las ansias de dentro que lo que parecía de fuera, con ser cosas tan rasgadas al honor y mi condición. Agradecieronme lo holgando mucho dello hice un auto con un Notario fraile de la orden, que por entender era servicio de su majestad dijese una confesión y no poderme dar licencia ni orden para decirla, les renunciaba su habito mientras la hacia y quiteme el escapulario y díselo y tomaronlo por testimonio y salieron y entraron.

Aquí se ponga a la letra la confesión toda. Con esto pense había acabado el Duque conmigo, aunque en el corazon no me lo parecía concertó con un fraile de la orden prometiendole hacerle General y a su compañero Prior, y cumpliolo si me echasen de la orden. Vinieron en forma de visita contra mí como si fuera profesa; yo dije a mi hermana, y no sin gran sentimiento suyo y mio, que les notificase que yo no quería ser monja en su convento, que se me pusiese un gran estrado, y así se hizo en la celda de mi hermana, donde me hablaron con toda mi autoridad de seglar que yo tanto aborrecia; mas aquí usé de ella y me hablaron muy como a señora de mi casa y no coma subdita suya. Por mi hermana propuse quedarme allí seglar como estaba mi hija y la Marquesa de Malagon y dalles cuanto quisieren, y holgaba mucho el convento, mas ellos dijeron que no era posible, que venian a echarme y me daban ocho días de término, y aun les sería mal contado del Duque. Yo ya tenía tragado elirme y aceptandolo a Dios por que con los temores de salir por todo me dijo el corazón: *Dominus custodi introitum tuum et exitum tuum: ex hoc nunc et usque in seculum*, y con harta luz de que así lo cumpliría, y yo al punto digo: pues debajo de eso lo acepto. Vamos Señor do Vos mandaredes como yo no os ofenda; y despache mi Mayordomo por la posta a Toledo al Cardenal que me tomase en uno de sus conventos. Digo a mi hermana a la mañana me

Levantóse un acta ante notario, fraile de la Orden, en la que se hacía constar que por entender se trataba de servir a su majestad haciendo la confesión y no pudiendo darme licencia la Orden, se renunciaba al hábito mientras se prestaba.

he de ir en comulgando, envíe por el Vicario del Cardenal D. Francisco de Carvajal para que apercibiese donde había de ir. Djíome: ¿Cual convento quereisde tres que tiene aqui el Ordinario? Que entonces no había mas. Dige: Do no sea necia la Priora, que como voy tan enferma acabásemela la vida lidiar con ella. Dijo: Pues la Abadesa de Las Vallecas es muy entendida señora. Vamos alla. Y así fué a apercibillas y mi hermana y yo pasamos la noche postrera cual Dios que tal trago nos dio a beber de apartarnos y ver cual yo iba y su merced quedaba que no se puede decir sino echalle un sello. Llegada a las Vallecas con mis hijos y gente en mi carroza que aun salí de la Concepción por una porteria que se estaba labrando que me costó dos mil ducados y no la vi que me figuraba Jonas arrojado al mar de nuevas tribulaciones. Me recibió la Abadesa y todas con gran amor que hacia Dios estos altos y bajos conmigo, unos me aborrecían y otros me amaban, todos como el los movia.

No llevé a mi hija por la autoridad de su persona, ni traella al paso que la mía andaba, arrojada de las olas de la tormenta caia y alla hasta que nos sentasemos cada una donde habíamos de estar, que por su delicadeza bien creí yo allí se quedara si perseverase en no quererse casar. Había enviado yo al Cardenal a pedir tomase este Convento debajo de su obediencia. Dijo que de bonísima gana que lo cometiese a alguien que lo tratase con su Consejo. Cometillo al P. Gracian y el hizo la escritura y me escribio desde Toledo: He entendido de Dios sola quiere hagais este convento. y así me voy a Flardes, quedaos norabuena; que aun este alibio me faltó y el Duque se enojó con su primo el Arzobispo por que me recibio en su convento y decía el Cardenal: Quiero mucho a la Condesa, he pasado muchas pesadumbres por ella. Con esto apretando a sacar la licencia del Consejo Real para esta fundación Dada ya, mando detenella el Duque y quedé clavada en las Vallecas por un año, sin ser posible que la quisiera despachar ni que le ablandase nada hasta que tomé el medio que se usaba con dos allegados de su casa para que me la alcanzasen, que yo tenía tres casas, una con mis hijos y familia, otra con Juana en la Concepción Jerónima y sus criadas y otra conmigo, y esta era tratandome muy a lo Descalzo, porque dijeron que me querian dar tosgo no me llevaban vianda de fuera, alla dentro me hicieron merced que se hiciese mi pobre comida.

Orden ninguna, deseandome todas, no se atrebia a tomar mi convento, por haber de ir mi persona a el. Salieronle a mi hija hartos y buenos casamientos, yo envíe al P. Melchor Cano a hablalla y ver si se quería casar y que el como tan sierbo de Dios me dijese lo que su bondad mas quisiese de ella; tornó de habella hablado muy resuelto en que ella quería ser monja y que así lo quería Dios tambien. Yo me console mucho por que esa era mi ansia, todas mis prendas las gozase Dios y las tomase muy debajo de su amparo. Luego quedome cuidado de do seria su mongia, que como era tan delicada y yo quería tan estrecha esta casita, dudaba no tendria salud para tanto rigor en la comida y vestido y cama una tabla monda, y así le propuse dos cosas. La una que andubiese muy galana, que me decian ya no gustaba de galas, siendo antes muy amiga de ellas y decía que nunca rezaba de mejor gana que cuando veia relucir el oro de sus vestidos. La otra que se quedase en la Concepción que le daría de dote y celda y criada y renta para ello, lo mas que hubiese llevado ninguna y que las galas las trugese por cilicios lo que le durase traellas que tiene muchas y muy lindas y costosas joyas.

Respondíome que no permitiese yo sus cilicios fuesen temporales, que ella eternos quería los frutos de ellos que en ocasiones de belos ya se los ponía; que el quedar allí y apartarse de mi tampoco no lo permitiese yo ni ella lo quería; que si no la había menester a ella que ella me había mucho menester a mí, y que no reparara en aspereza ninguna de vida, que Dios le daría todas las fuerzas que al cuerpo le faltasen, pues se las daba al animo de hacer por serville lo mas y no lo menos que pudiese. Con esto ella y yo, en medio de tales dificultades, que imposibles parecian, íbamos d shaciendo las cosas curiosas que para su ajuar tenía yo hechas y aplicandolas a los altares y servicios de ellos, y casullas y frontales; hize dos campanas que no poco se reian de mí, yo decía no faltara para donde sean y sirvan a Dios si mi obra no se cuajare. Mas por certisimo tenía yo Dios lo quería, mas el cuando ni como se había de hacer este encanto no lo alcanzaba, sino dejábame llevar de las olas que venían sin resistencia ninguna, de manera que no iba atada mas que hacer la voluntad de Dios en el acto presente sin entender el fin, y así estando apretadísima de una dolencia que me dieron los Sacramentos, mandaba que allí me enterrasen en las Vallecas las mismas monjas como hacen a las suyas, y que les diesen dos mil ducados por una vez por que se quedase mi cuerpo para siempre allí y acabar con ello mi peregrinación me era de grandísimo consuelo.

Doña Beatriz se quitó el escapulario y se lo entregó al notario.

La tan deseada confesión la prestó la condesa de Castellar ante los consejeros D. Diego López de Ayala y D. Juan Ocon.

Todo se basaba en una carta escrita por doña Beatriz Ramírez a la marquesa del Valle cuando ésta se hallaba en Toledo.

En la tal carta refería la condesa que habían ido a la Concepción Jerónima el *flaco* y la *monja* y el *fuerte*. Estas tres palabras eran las que tenían intrigados al Duque de Lerma y a todos sus afines y partidarios, sospechando, sin duda, algo como la contraseña de alguna conjura.

La explicación fué clara e inmediata.

En palacio llamaban el *flaco* al rey «porque lo era mucho de complexión de niño». El *fuerte* era el duque de Lerma «porque su complexión lo era mucho». Y la *monja* era la reina doña Margarita «porque lo había mucho deseado ser y era muy amiga de monjas».

Pero la enjundia de la confesión fué que declarara la condesa «por donde avía pretendido o pretendía quitar la gracia del rey al duque de Lerma».

Doña Beatriz respondió que «no avía pretendido tal ni lo pretendía, porque el duque era muy amigo de su madre la aya del rey y muy pariente de sus hijos, que la salvación del rey era lo que ella deseaba como su majestad mismo y a su confesor ponía por testigo y al propio monarca».

Terminó la confesión y aquella virtuosa dama, tan injustamente perseguida, al ver la futilidad que había servido de causa o pretexto para causarle tantos trastornos de toda suerte, no pudo contenerse y exclamó «a Dios que se doliese deste reyno y no se enojase de que tales cosas se hiciesen en él».

Después de las lamentables escenas de que había sido víctima la fundadora, no habrá de extrañarse que a la petición que le hicieron los jueces de que guardara el secreto se negara a ello la condesa de Castellar. Muy al contrario «avía de publicar el por qué le quitaban la honra con las demostraciones que avían hecho para tener esta substancia su confesión».

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ

(Continuará.)

VARIEDADES

Los manuscritos de versiones de Shakespeare en la Biblioteca Municipal de Madrid

* Es achaque o pujo muy español creer que la propia obra es como el ápice, suma y compendio de primores, y que hasta ella ninguna otra consiguió méritos ni devengó interés cultural para la posteridad. Y a la vanagloria únese, la mayoría de las veces, la injusticia, cuando no la ingratitud. Traemos a cuento esta especie de filosofía vulgar luego de leído el estudio preliminar con que D. Luis Astrana Marín (1) inicia su traducción de las obras completas del poeta de Stratford. Con anterioridad, en volúmenes sueltos (2), ya habían aparecido la mayoría de sus traducciones shakespirianas, precedidas de una breve noticia enjundiosa y seria.

Nada quiere saber ni comentar, ni enunciar siquiera, el Sr. Astrana Marín de anteriores estudios, noticias y traducciones que del más genial de los dramaturgos hicieron autores españoles. Calla toda bibliografía hispana pertinente a Shakespeare. Omite los reparos y las alabanzas que serían de rigor. ¿Es ponderada esta actitud? Creemos firmemente que no. Ciertamente que en España no abundaron los buenos panegiristas del inglés celeberrimo. Ciertamente que las traducciones de sus dramas y comedias han sido pocas y no muy escrupulosas. No se puede negar que más de un comentarista (3) ha pergeñado su comentario sin otra noción de Shakespeare que la recogida en las versiones más caprichosas y bárbaras. Pero ¿cómo dejar de reconocer todo el mérito de los trabajos de Moratín (4), Milá y

(1) William Shakespeare, *Obras completas de...* Estudio preliminar, traducción y notas por Luis Astrana Marín. Primera versión íntegra del inglés. Única edición completa en lengua castellana. Madrid, M[anuel] Aguilar, s. a., CXLIV + 2.197 págs. + una hoja.

(2) Shakespeare, *Teatro completo de...* La traducción del inglés ha sido hecha por L[uis] Astrana Marín. Madrid, Calpe. Colección Universal. [Varios volúmenes, 1920 a 1930.]

N. Alfonso Par, en *Contribución a la bibliografía española de Shakespeare*. Barcelona, 1930. Publicaciones del Instituto del Teatro Nacional, págs. 80 y 81.

(3) Juan Federico Muntadas, *Shakespeare y Calderón*. Madrid, 1849. Imp. La Publicidad, 32 páginas. [El *Otelo*, obra que comenta, lo conoce por la traducción horrenda de Teodoro La Caille. Valencia, 1821, y Barcelona, 1804.]

(4) *Hamlet*, tragedia de Guillermo Shakespeare, traducida e ilustrada con la vida del autor y notas críticas por Inarco Celenio, P. A. [Leandro Fernández de Moratín.] Madrid, en la oficina de Villalpando, MDCCLXXX, VIII-379 págs., 8.º

Fontanals (5), Menéndez y Pelayo (6), Benot (7), Armas y Cárdenas (8), Eduardo Juliá (9) y Alfonso Par? (10), y hasta podríamos asegurar que, para su fuero, tampoco el Sr. Astrana Marín reputó baladí el esfuerzo de alguno de los autores mencionados, ya que de ellos se vale para alguna de sus noticias (11).

¿Es que acaso en Francia se ha estudiado mejor al creador de *Hamlet*? Espíritus tan selectos como Voltaire (12) y Ducis (13) mutilaron de la manera más despiadada los textos shakespirianos. Y téngase en cuenta que sobre la edición de Juan Francisco Ducis se han hecho todas las versiones francesas, y aun españolas, posteriores. Sin embargo, ningún crítico contemporáneo francés se permite denigrar semejantes traducciones; las aprecia en su justo valor; las critica en su categoría. Malas y todo, son estas versiones como los peldaños iniciales de una torre babélica de admiración

(5) M[anuel] Milá y Fontanals, *Macbeth*. (Diálogo de Malcohn y Magduff). Barcelona, *Diario de Barcelona* de 7 de abril de 1858.

(6) Guillermo Shakespeare, *Dramas de... El mercader de Venecia, Macbeth, Romeo y Julieta, Otelo*. Traducción de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Barcelona, 1891. Biblioteca de Arte y y Letras, IV + 482 págs. + una hoja, 8.º

(7) Guillermo Shakespeare, *Obras dramáticas de...* Versión castellana de Guillermo Macpherson, con estudio preliminar de Eduardo Benot. Madrid, 1885, tomo LXXX de la Biblioteca Clásica.

(8) José Arenas y Cárdenas, *Ensayos críticos de literatura inglesa y española*. Madrid, V. Suárez, 1910, 314 págs. (Sobre *Othello*, págs. 107-149).

(9) Eduardo Juliá Martínez, *Shakespeare en España: Traducciones, imitaciones e influencia de las obras de Shakespeare en la literatura española*. Madrid, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1918, 264 págs.

Eduardo Juliá Martínez, *Shakespeare y su tiempo*. Madrid, 1916, Biblioteca de Divulgación.

(10) Alfonso Par, obra cit.

(11) Ejemplo:

Astrana Marín

«... Cuando el niño —[Shakespeare]— contaba trece años la fortuna paternal declinó con rapidez. Juan Shakespeare se ve obligado a hipotecar la finca de «Asbies», perteneciente a su esposa... y más tarde, en octubre de 1579, vende en 40 libras otra propiedad de su mujer en Snitterfield...»

Si este párrafo no es una copia de Astrana Marín, denota entonces que Benot acudió a Nicholas Rowe, y que *lo tradujo bien*, así como que consultó los Registros de Stratford.

El Sr. Astrana Marín ha seguido con especial interés, para su biografía de Shakespeare, la maravillosa obra de George Brandes, «*William Shakespeare*». *A critical study. In two volumes*. Londres, 1898

(12) «En su primer acceso de entusiasmo tampoco dudó Voltaire en llevar a la escena francesa, con su habitual timidez, es cierto, de una manera raquítica, recortándolas y desflorándolas..., algunas de las bellezas más sublimes que había admirado en el sublime bárbaro. Así, de *Otelo* nació *Zaira*; de la sombra de *Hamlet*, *Semíramis*; del *Julio César*, *La muerte de César*. Unas puras gotas de vino shakespiriano bastaron para salvar estos dramas».

Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas de España*, tomo IV, tercera edición. Madrid, Colección de Escritores Castellanos, 1923, pág. 273.

(13) «Más adelante, Ducis, hombre primitivo, rústico y patriarcal..., se enamoró de Shakespeare con un amor casi religioso... Ducis profanó (*sic*) las obras maestras del trágico inglés: *Otelo*, *Hamlet*, *Macbeth*, *Romeo y Julieta*, *El rey Lear*..., convirtiéndolas en tragedias a la francesa...»

Marcelino Menéndez y Pelayo, obra cit., tomo IV, págs. 273 y 274.

Eduardo Benot

«Cuando el poeta tendría trece años, los negocios de Juan debieron venir a menos, puesto que en 1579 éste y su mujer hipotecaron en 40 libras la finca de «Ashbies», y vendieron la renta que disfrutaban sobre la vivienda de Snitterfield...»

hacia el genio. Algo parecido cabe pensar de las traducciones y ensayos críticos españoles. Malos y todo, llevan en sí el valor de lo inicial, de lo espontáneo, y por ende, de lo justo. Por eso creemos, en contra de la opinión del docto comentarista y traductor D. Luis Astrana Marín, que son muy apreciables estos esfuerzos; si no como patentes de lo discreto y perfecto, sí como bocetos o matices de lo que pudiera serlo. Y esta creencia es la que nos mueve a comentar y examinar cuantos manuscritos de versiones shakespirianas se hallan en la Biblioteca Municipal de Madrid. Manuscritos *únicamente señalados* por D. Emilio Cotarelo (14), D. Eduardo Juliá (15) y D. Alfonso Par (16), pero no estudiados ni expuestos, salvo una excepción honrosa en D. Carlos Cambroner (17).

De la tragedia de *Romeo y Julieta* existen cuatro manuscritos (18) en la Biblioteca Municipal de Madrid. Y de uno de ellos (19) hasta cuatro copias.

Al señalado por Cotarelo, Juliá y Par como el primero cronológicamente se le asigna por los dos últimos señores una fecha: 1803. ¿En qué basan esta certeza? En el manuscrito no consta fecha alguna. D. Carlos Cambroner, doctísimo bibliotecario municipal que redactó el Catálogo (20) de los fondos de teatro manuscrito de la citada dependencia, pone en la papeleta respectiva: s[in] a[ño]. Creemos que lo mismo el Sr. Juliá que D. Alfonso Par se fían de la alusión de Cotarelo (21). Y si éste afirma que se estrenó *Julia y Romeo* el 9 de diciembre de 1804, claro está que la traducción debió hacerse antes. Pero ¿por qué en 1803? Pudo hacerse con anterioridad. O el mismo año de 1804. Cotarelo y Juliá señalan como autor de la traducción contenida en este manuscrito a Dionisio Solís. Nueva interrogación. ¿Por qué a Dionisio Solís? Cotarelo lo indica sin decir en qué fundamenta su opinión. Juliá seguramente se deja arrastrar por el prestigio del académico de la Española; y otro tanto debió suceder a Cambroner, que al margen de su Catálogo, de su puño y letra, estampó: ¿será traducción de Solís? (22). Hay que hacer la salvedad de Juliá, extrañándole que la traducción de Solís de 1820 sea exacta respecto a la de Ducis, y la de 1803 exageradamente libre (23). El proceso del traductor ingenioso sigue

(14) «Existe un manuscrito de esta obra [*Julieta y Romeo*] en la Biblioteca Municipal...; pero debemos advertir que el texto es distinto de otra versión en romance endecasílabo, que se imprimió en Barcelona en 1820 y en Valencia por el mismo tiempo, también atribuido a Solís...»

Emilio Cotarelo y Mori, *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*. Madrid. Imp. Perales, 1902, 856 págs. + una hoja, pág. 187.

(15) «En la Biblioteca Municipal hay cuatro ejemplares de éstos [de *Romeo y Julieta*].»

Eduardo Juliá, obra cit., págs. 56, 57, 117 y 119.

(16) Alfonso Par, obra cit., págs. 33, 34 y 36.

(17) *Hamlet*, traducción de D. Ramón de la Cruz, publicada por D. Carlos Cambroner, en *Revista Contemporánea*, tomo CXX, 1900, págs. 142, 273, 379, 500 y 640.

(18) Signados 1-121-4, 1-196-32, 196-32 y 1-63-6.

(19) El 1-63-6. Dos ejemplares ddidos a la misma mano. Los otros dos de distintas.

(20) [Carlos Cambroner], *Catálogo de la Biblioteca Municipal*. Madrid, Imp. Municipal, 1902, 491 + 43 págs. Sección segunda. Apéndices 1, 2, 3 y 4. Desglosado el *Teatro*, págs. 275 a 491.

(21) Alude Cotarelo a que el 25 de noviembre de 1804 estrenó Máiquez *Macbeth...* y a que el 9 de diciembre en el teatro de la Cruz se estrenó *Julia y Romeo...*

Emilio Cotarelo, obra cit., pág. 187, texto y nota 2.

(22) *Catálogo de la Biblioteca Municipal*, sección segunda, pág. 385.

(23) Juliá, obra cit., pág. 57.

lógicamente un orden inverso. Alfonso Par la atribuye a Manuel García Suelto (24), con las mismas posibilidades de veracidad. El manuscrito no contiene detalle alguno de tiempo ni de autor. Se intitula «Julia y Romeo. Tragedia urbana en 5^{os} actos». Y lleva este lema: *Omnia Vincit Amor. Virg.*

La traducción conserva los cinco actos del original inglés, pero los personajes son muy inferiores en número; no se respetan ni la localización ni el orden de los cuadros, y, como es lógico, escenas enteras se escamotean al público, dándose el caso que algún personaje recita párrafos que Shakespeare pone en boca de actores distintos. Los veintiocho personajes mencionados con aparte en la obra *The tragedy of Romeo and Juliet* quedan reducidos a siete (25). Empieza la traducción española con un monólogo de Julia, del que se deduce que ya está enamorada de Romeo. Las mutaciones de perspectiva no son sino cinco, una por acto. Más que traducción nosotros llamaríamos a la obra de este anónimo escritor español evocación. Asombra verdaderamente que investigador tan docto como el Sr. Cotarelo escriba de esta traducción: «... se estrenó en el teatro de la Cruz otro drama shakespiriano, *Julia y Romeo*, muy bien traducido (del de Ducis) por D. Dionisio Solís, como todas las versiones que hacía este ilustre y mal conocido poeta» (26). O el Sr. Cotarelo leyó los manuscritos posteriores, que luego mencionaremos —ya más acordes con el traductor francés—, o se limitó a declarar como dogma de fe *su creencia* y no *su experiencia*. Juliá ya escribe esta salvedad: «... mientras que la [versión] escrita en octosilabos [la aludida] tiene una libertad inexplicable» (27). Pero es curiosísimo detalle, que seguramente ni Cotarelo ni Juliá advirtieron, el siguiente: al final del manuscrito se han colocado varias páginas —también manuscritas, el papel idéntico, la fecha igual, pero de distinta mano— en las que se varía radicalmente el fin del drama, aproximándolo al del original.

Indudablemente el traductor sufrió el «remordimiento» de su libertinaje y quiso, con singular instinto dramático, dignificar el remate de su comedia. En el manuscrito, al llegar al final de la escena cuarta del quinto acto, se hace la llamada a las páginas añadidas. Vamos a copiar a continuación los dos finales: el de la versión libre y el de la traducción más fiel, siendo seguramente éste el que se representó:

Versión libre

«ACTO V.—ESCENA IV

Traducción más semejante

«ACTO V.—ESCENA IV

ROM. ¡Perdido, bien mío! Llegas,
llega que me va faltando
la luz..., no llores amiga,

(24) Par, obra cit., pág. 34.

(25) Julia. — Madama Capelio [Capuleto]. — Copelio [Capuleto]. — Romeo. — Bentivoglio [Benvenuto] y Mercucio a la vez y Fra Lorenzo]. — Laura [nodriza de Julieta]. — Pedro [se le hace criado de Romeo].

(26) Cotarelo, obra cit., pág. 187.

(27) Juliá, obra cit., pág. 57.

JUL. ...¡Oh, Dios!
¿Cómo podré yo, faltando
tú, vivir desconsolada
en viudez y desamparo?
No, no puede ser. La muerte,
la muerte, por ella clamo.
¿Y quién me la dará, cielos?
Pero ya la hallé, muramos.

ROM. Tente.

JUL. Déjame.

ROM. No, vive.

JUL. ¿Por qué no quieres, ingrato,
que muera, si no me queda
más que morir?

ROM. Por el llanto
que de placer y de pena
mis ojos han derramado,
y por el llanto que miras
que dellos, mi bien, derramo,
vive.

JUL. No puedo.

ten piedad de mí..., tus manos
cierren mis quebrados ojos
y recoge con tus labios
mi espíritu...

JUL. ¡Dios eterno!

ROM. Las tinieblas han cerrado
mis ojos... aun puedo verte...
¡Ai Julia, tú sin amparo!
¡Tú sola!... ¿Quién te dará
favor?... ¿Qué desanimados
vacilan mis pies!... ¡Ai triste!
(Cayendo en tierra.)

ESCENA V

JULIA, ROMEO, BENTIVOGLIO Y PEDRO

BENT. Imprudentes
esposos, tranquilizaos.

PED. ¡Querido señor!

JUL. ¿Qué dices,
amigo pérfido y falso?

BENT. Que os vengo a salvar.

JUL. ¿Y cómo,
si muere mi bien?

BENT. Acaso
pudiera yo ser tan necio
que pusiera entre sus manos
un tósigo verdadero (28).

ESCENA V

BENTIVOGLIO (sale por la puerta principal del
sepulcro) y dichos

BENT. ¡Cielos! ¿Quién habrá llegado
primero que yo?

JUL. ¡Ah! ¿Tú eres?
Amigo, pérfido y falso,
llega, pues, traidor y goza
del fruto de tus engaños.

BENT. ¿Cómo traidor? No he cum-
plido...

JUL. Llego te digo, malvado,
y tus ojos te respondan.
Ven y verás espirando
a mi esposo del veneno
que tomé.

BENT. ¡Cómo! ¿Ha tomado
un veneno? Corro al punto
por remedios.

ROM. Ya son vanos

(28) Se inicia el final absurdo de *comedia* casi blanca, *inri* para Shakespeare.

JUL. ¿Con que mi temor es vano?
¿Con que vivirá?

BENT. Sí, Julia,
y vivirá en vuestros brazos.

ROM. ¡Bien hechor!

JUL. ¡Angel del cielo!

PED. ¡Amo mío!

BENT. Sosegaos,
y dejadme que respire
de placer y de cansancio.
Yo, viendo que no volvía
ninguno de Mantua, estando
cercano el tiempo en que

[Julia

despertara del letargo
me vengo al sepulcro, Pedro
me vé, me cuenta llorando
la causa de su dolor,
acelero más el paso,
llego, queridos amigos,
llego, para consolaros,
y ser yo feliz en premio
de que son felices ambos.

JUL. Cómo podrá nunca Julia
¡ah! ¡cómo podrá pagaros!

ROM. Mi eterno agradecimiento.

BENT. Basta, callad. No perdamos
inútilmente las horas
de la noche. A pocos pasos
quedan para vuestra fuga
prevenidos los caballos.
Partid en ellos, huid
a Viena apresurados;
en ella buscad asilo
y sed dichosos en tanto
que Montescos y Capelios
se cansan de ser contrarios,
y yo concilio sus almas
en amor y paz.

ROM. Sí, vamos,
Julia; vamos, Pedro.

para quien no tiene vida.
¡Ah! No la dexéis, quedaos
con mi Julia.

BENT. Yo profecto
por cuanto tienen de sacro
cielo y tierra, que no bien
pisé mis umbrales quando
partió para Mantua un pos-
[ta (sic)

con intento de avisaros
de la cautela dispuesta.

ROM. Así los hados juraron
mi perdición..., mi caída...,
tu fingida muerte... ¡engaño
venturoso! fué fingida,
yo moriré consolado.

Amigo, cudad de Julia
en su triste desamparo,
cudad de mi Julia... ¡Eterno
Dios, ten piedad de su llanto
y ten piedad de mí..., Julia!

JUL. ¡Romeo! (Queda desmayada so-
bre él.)

BENT. ¿Señora? ¡O quanto
me compadece! Señora,
volved en vos.

JUL. Inhumano,
déxame morir tranquila.
¿Por qué turbas mi descanso?
¿Qué quieres de mí? ¿Que
[viva

sin amor, en el espacio
del universo desierta (sic)
para maldecir los rayos
del sol que alumbra mis ojos
nunca de lágrimas hartos?
Ni puedo ni quiero. ¡O centro
de mis amantes cuidados!
Antes mi delicia, ahora
mi tormento: yo te llamo,
yo, tu desdichada Julia,
a quien has desamparado
para siempre. Pero miento:
tú me ves, y con los brazos
amorosos me convidas
a morir, y por que tardo
me culpas. Alma dichosa,
espera y guía mis pasos
que ya te sigo. (Toma el pomo.)

[¡Ai! Que nada,
nada para mí ha quedado
de veneno. Ni la muerte
que van mis ojos buscando
puedo hallar.

BENT. Querida Julia,
deponed ese insensato
y deliniente designio.
Vivid conmigo; partamos,
si vos quereis, de Verona,
no volvamos al palacio
paternal. Vivid, y dadme

JUL. Y para no separarnos
jamás.

BENT. ¡Queridos amigos!

JUL. ¡Oh, quiera Dios que seamos
dichosos..., pero dichosos,
sin temor ni sobresalto!»

el dulce nombre de hermano,
de amigo y padre: si valen
algo para con vos tantos
peligros en que mi vida
y mi honor se aventuraron.
Venid, y lloremos juntos.

JUL. Ya hallé la muerte. (Encuentra
la espada y se hiere con ella.)

Muramos.

BENT. ¡Julia!

JUL. Romeo, ya muero.

BENT. ¡Misera, qué horror, qué
[pasma!]

JUL. Felix yo... ¡Cómo se irrasgan
mis entrañas! Soberano
Señor, perdona mis culpas.
(Muere.)

BENT. Ya murió. Desventurados
esposos, víctimas tristes
del odio paternal ambos.
¡O, quiera Dios que los pa-
[dres,
cuyo corazón de mármol
fué de vuestras esperanzas
y felicidad contrario,
sirvan de futuro ejemplo
para que otros desdichados
no derramen oprimidos
ni más sangre ni más llanto.»

FIN

FIN

Hemos indicado que *Romeo y Julieta* debió de representarse en el teatro de la Cruz con el desenlace «más fiel» de los traducidos. Y la fidelidad a que aludimos se refiere «únicamente» al fondo de la obra y no a la forma. En ésta las hojas manuscritas apenas aportan otra innovación que la de suprimir la presencia del criado Pedro. En la Biblioteca Nacional de Madrid existe otro manuscrito, copia exacta del mencionado (29). Paz y Meliá lo menciona en su catálogo, sin referencia alguna (30).

Someramente vamos a reseñar el manuscrito, 1-121-4, aludiendo a los cortes y supresiones de su incógnito traductor respecto a la novísima y admirable versión de Astrana Marín.

Acto primero: [Aposento de Julia, puesto con gusto y elegancia...] Consta de cinco escenas (31), y en ellas intervienen únicamente Julieta, *Romeo y Laura* (32).

(29) El Ms. 16.236.

(30) [A. Paz y Meliá], *Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional*. Madrid, Imp. del Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos, 1899, 724 págs., núm. 1696. [Juliá menciona, mal copiado, el núm. 1.695. Obra cit., pág. 58, nota 2].

(31) En la versión de A. M. un prólogo y cinco escenas con cinco mutaciones: plaza pública, una calle, salón en casa de Capuleto, una calle y otro salón en casa de Capuleto.

(32) Versión de A. M. Intervienen casi todos los personajes con apartes del drama (veintiocho), además de innumerables comparsas.

Escena primera: Monólogo de Julia. Julia espera a Romeo, ya su esposo, que va a partir de Verona. Se han suprimido, por medio de llaves, varios versos (33).

Escena segunda: Julia y Laura. Julia cuenta a Laura cómo conoció a Romeo y cómo se prometió a él. Laura alude a la muerte de Teobaldo a manos de Romeo y a que el noble Paris, con el consentimiento de Capuleto, la pretende por esposa (34).

Escena tercera: Julia y Romeo. Escena de la despedida, con gran fidelidad vertida (35).

Escena cuarta: Los mismos y Laura. Ésta insta la separación (36).

Escena quinta: Julia y Laura. Ruegos de ésta para tranquilizar a Julia (37).

Acto segundo: [No se hace descripción alguna del lugar de la acción] (38). Consta de siete escenas (39), y en ellas intervienen Julia, Laura, Madama Capelio [Lady Capuleto] y Copelio [Capuleto] (40).

Escena primera: Madama Capelio y Laura. Laura confiesa a Madama los amores de Julia (41). Se han suprimido con llaves numerosos versos. Con dichas supresiones y las de las siguientes escenas apenas duraría el acto quince minutos.

Escena segunda: Madama sola. Desea que terminen tantas aflicciones (42).

Escena tercera: Madama y Copelio. Éste afirma que el conde Paris se casará con Julia, porque la muerte de Teobaldo debe apartarla más de Romeo (43).

Escena cuarta: Madama sola. Cuatro versos. Deprecación (44).

Escena quinta: Julia, Madama y Laura. Madama aconseja a Julia que obedezca a su padre. Julia pide un plazo (45).

Escena sexta: Julia, Madama y Laura, que vuelve. Ocho versos: Madama dice a Laura que persuada a Julia (46).

Escena séptima: Laura y Julia. Se repiten conceptos de la escena segunda del acto primero.

(33) Versión de A. M. Escenas entre capuletos y montescos. Cortejo solemne del príncipe. Escena de Romeo y Benvolio.

(34) Versión de A. M. Capuleto y Paris, Benvolio y Romeo.

(35) Versión de A. M. Lady Capuleto y la Nodriz (Laura, en el manuscrito 1-121-4). Dichos y Julieta. Dichos y un criado.

(36) Versión de A. M. Romeo, Mercucio, Benvolio con enmascarados.

(37) Versión de A. M. Músico y criados. Capuleto, Julieta e invitados. Dichos y Romeo. Dichos y Teobaldo y Benvolio. Dichos y la Nodriz.

(38) Debe ser un gabinete, porque en el mutis de Laura (escena primera) se anota: «Entra en la alcoba de Julia.»

(39) Versión de A. M. Prólogo y seis escenas y seis mutaciones.

(40) Versión de A. M. Coro, Romeo, Benvolio, Mercucio, Julieta, Nodriz, Fray Lorenzo y Pedro.

(41) Versión de A. M. [Callejuela junto al jardín de Capuleto.] Romeo. Dicho y Benvolio y Mercucio.

(42) Versión de A. M. [Jardín de Capuleto.] Romeo y Julieta en la ventana. Dichos y Nodriz.

(43) Versión de A. M. [Celda de Fray Lorenzo.] Fray Lorenzo y Romeo.

(44) Versión de A. M. [Una calle.] Benvolio y Mercucio. Dichos y Romeo. Romeo y Nodriz. Dichos y Pedro.

(45) Versión de A. M. [Jardín de Capuleto.] Julia y Nodriz.

(46) Versión de A. M. [Celda de Fray Lorenzo.] Fray Lorenzo, Romeo y Julieta.

Acto tercero (No se indica el lugar de la acción) (47): Consta de diez escenas (48). Intervienen en ellas Copelio, Madama, Laura, Julia y Bentivoglio (49).

Escena primera: Copelio y Madama. Aquél, furioso, exige el casamiento de Julia con Paris (50).

Escena segunda: Copelio solo. Se dice que su voluntad debe ser cumplida rigurosamente (51).

Escena tercera: Laura y Copelio, y después Julia. Copelio amenaza a Julia si no se casa con Paris. Julia se resiste (52).

Escena cuarta: Julia sola. Lamentación. [Doce versos. Suprimidos, veinte] (53).

Escena quinta: Laura y Julia. Anuncia Laura a Bentivoglio, médico (?). [Suprimidos cincuenta versos] (54).

Escena sexta: Bentivoglio, Julia y Laura. Alegría de Julia ante el amigo de Romeo.

Escena séptima: Julia y Bentivoglio. Éste le propone la estratagema del veneno «aparente».

Escena [octava] séptima (en el manuscrito): Julia sola. Duda ante el recurso de Bentivoglio.

Escena [novena] octava (en el manuscrito): Laura y Julia.

Escena [décima] novena (en el manuscrito): Madama y Julia. Madama cree que Julia accede a los deseos de Copelio.

Escena [undécima] décima (en el manuscrito): Julia sola. Bebe el veneno «falso» que le dió Bentivoglio.

Acto cuarto: [La misma decoración del acto anterior.] Consta de diez escenas (55), y en ellas intervienen Julia, Laura, Pedro, criados, Copelio, Bentivoglio y Madama (56).

Escena primera: Julia (dormida), Laura y Pedro. Comentan éstos. Luego descubren a Julia. Creen que duerme. Luego sospechan que ha muerto. Gritos (57).

Escena segunda: Laura y criados. Atienden a Julia y gritan (58).

Escena tercera: Laura y Copelio. Éste cree en artificios de Julia, primero (59).

(47) La misma decoración del acto segundo, porque en los apartes se dice: «Entra en la alcaoba de Julieta.»

(48) El traductor o copista repite la escena séptima. [Entiéndase en la numeración]. En la versión de A. M. cinco escenas.

(49) Versión de A. M. Mercucio, Benvolio, Paje, Criados, Teobaldo, Romeo, Capuletos, Montescos, Príncipe, Julieta, Nodriza, Fray Lorenzo y Paris.

(50) Versión de A. M. [Plaza pública.] Mercucio, Benvolio, Paje y Criados. Dichos y Teobaldo y otros. Dichos y Romeo. Dichos y Príncipe con Montescos y Capuletos con sus esposas y otros.

(51) Versión de A. M. [Jardín de Capuleto.] Julieta y Nodriza.

(52) Versión de A. M. [Celda de Fray Lorenzo.] Fray Lorenzo, Romeo y Nodriza.

(53) Versión de A. M. [Sala de casa de Capuleto.] Capuleto, Lady Capuleto y Paris.

(54) Versión de A. M. [Jardín de Capuleto.] Romeo, Julia (en la ventana), Nodriza, Lady Capuleto y Capuleto.

(55) Versión de A. M. Consta de cinco escenas y de cinco mutaciones.

(56) Versión de A. M. Intervienen Fray Lorenzo, Paris, Julieta, Capuleto, Nodriza, Lady Capuleto, Criados, Músicos y Pedro.

(57) Versión de A. M. [Celda de Fray Lorenzo.] Fray Lorenzo, Paris y Julia.

(58) Versión de A. M. [Sala en casa de Capuleto.] Capuleto, Lady, Nodriza y Criados.

(59) Versión de A. M. [Aposento de Julia.] Julia, Nodriza y Lady Capuleto.

Escena cuarta: Copelio solo. Se levanta. Acaricia a su hija (60).

Escena quinta: Bentivoglio y Copelio. Aquél insta a éste para que salve a Julia. Éste niega poder darle remedio alguno (61).

Escena sexta: Dichos y Laura.

Escena séptima: Dichos y Madama. Criados a la puerta. Desesperación de Madama.

Escena octava: Capelio (*sic*) y Bentivoglio. Copelio encarga a Bentivoglio se lleve el cuerpo de Julia.

Escena novena: Bentivoglio solo. Comenta el abatimiento de Copelio.

Escena décima: Bentivoglio y Laura. Tratan de la sepultura de Julia.

Acto quinto: [El teatro representa lo (*sic*) de un antiguo sepulcro con bóvedas y arcos...] Consta de cinco escenas (62), y en ellas intervienen Romeo, Pedro, Julia y Bentivoglio (63).

Escena primera: Romeo y Pedro. Los dos creen en la muerte de Julia. Romeo quiere verla muerta (64).

Escena segunda: Romeo solo. Encuentra el cuerpo de Julia. Se lamenta. Bebe un veneno (65).

Escena tercera: Romeo y Pedro (66). Pedro sospecha. Romeo le dice que bebió un licor tónico (67).

Escena cuarta: Romeo y Julia. Despierta ésta en brazos de él. Romeo se desespera porque él va a morir. Julia quiere beber también el veneno. No queda (68).

Escena quinta: Julia, Romeo, Bentivoglio y Pedro (69).

Nos ha parecido interesante esta descripción del manuscrito 1-121-4, con el cotejo de la fidelísima y nueva traducción de Astrana Marín, para que el lector pueda darse fácilmente idea de la libertad y aun del *libertinaje* que el anónimo traductor se tomó en su trabajo. Insistimos que esta

(60) Versión de A. M. [Salón en casa de Capuleto.] Lady, Nodriz, Capuleto y Criados.

(61) Versión de A. M. [Alcoba de Julieta.] Julieta (en el lecho), Nodriz, Lady, Capuleto, Fray Lorenzo, Paris, Músicos y Pedro.

(62) Versión de A. M. Consta de tres escenas.

(63) Versión de A. M. Intervienen Romeo, Baltasar, Boticario, Fray Juan, Fray Lorenzo, Paris, Paje, Julieta, Guardias, Príncipe, Montesco y Capuleto.

(64) Versión de A. M. [Mantua. Una calle.] Romeo, Baltasar y Boticario.

(65) Versión de A. M. [Celda de Fray Lorenzo.] Fray Juan y Fray Lorenzo.

(66) En el manuscrito la misma pluma que redactó el final *más fiel* en un papel pegado ha corregido:

«ROM. ... es un don del solitario
que nos albergó piadoso
quando cayó mi caballo.
Tú le llevarás las gracias
por el bien que de su mano
recibí...»

Es imposible leer la primitiva redacción de este párrafo entintado.

(67) Versión de A. M. [Cementerio con el sepulcro Capuleto.] Paris, Paje, Romeo, Baltasar, Fray Lorenzo, Julieta, Guardias, Príncipe, Capuleto y Montesco.

(68) En esta escena remite el traductor a las hojas sueltas que modifican el final.

(69) De la terminación primitiva de salvación de los héroes, paz de las familias Capuleto y Montesco, y felicidad futura, muy a tono con la sociedad española que capitaneaba María Luisa de Saboya, enemiga de graves disgustos, se pasa a la muerte de los amantes y a los demás fieros males del original.

traducción no deriva de la de Juan Francisco Ducis —adaptación diríamos mejor al gusto francés en 1775—, porque éste modifica el nombre de los personajes y el de las mutaciones de la versión castellana, y sólo mutila conceptos, detalles «crudos» del original británico. Lo cual no quiere decir que el anónimo traductor desconociera el trabajo del escritor francés. De la intensísima tragedia inglesa, drama «a secas» en Ducis, nace esta «especie de comedia blanca española, corregida al cabo para darle síntomas de envergadura teatral, y quién sabe si motivos de lucimiento a determinados actores. Desde luego, es el manuscrito más antiguo que se conserva de la versión de *The tragedy of Romeo and Juliet*.

¿Puede negar alguien que, si no como traducción estimable y completa, deba estudiarse y aun estimarse el referido manuscrito como síntoma de una futura comprensión del teatro shakespiriano? Las obras maduras necesitan de estos tanteos y fórmulas insuficientes, preliminares.

Otro de los manuscritos que se conservan en la Biblioteca Municipal de Madrid, referente a la misma tragedia de *Romeo y Julieta*, es el señalado con la cifra 1-196-32 (70). Creemos que este manuscrito es enteramente desconocido por los comentaristas del poeta inglés (71). Es una versión, de traductor anónimo, destinada a ópera. Los cinco actos del original se han reducido a tres (72); los personajes son siete, más los coros «de soldados y de españoles» (*sic*) (73).

No cabe duda alguna que esta ópera «salió» de la traducción del manuscrito 1-121-4; la acción ha sido aún más cercenada, pero se conservan escenas enteras exactas en el calco (74); y el fin de la ópera corresponde con el de la redacción primitiva de la versión comentada, esto es: el final, en el que Julieta «revive», y Romeo no se mata, terminando felizmente las rencillas entre capuletos y montescos (75).

Señalado con el mismo número 196-32 existe otro manuscrito, complemento del anterior, en cuya portada se ha escrito: «*Guión de música. Ópera en tres actos. Romeo y Julieta*» (76). Son doce los cantables (77) a los que se alude ordenadamente en el libreto del recitado; estos cantables, debidos a la inspiración de un vate «de ocasión», resultan francamente

(70) [Carlos Cambrónero], *Catálogo de la Biblioteca Municipal*, sección segunda, pág. 385, dice así: «*Julieta y Romeo*, ópera en tres actos y en verso, s. a. Ms. 4.º»

(71) Al menos los dos más modernos y doctos biógrafos: Juliá [en *Shakespeare en España y en Shakespeare y su tiempo*, 1916] y Par no lo mencionan.

(72) Acto primero, jardín en casa de Capuleto; acto segundo, salón magnífico, y acto tercero, panteón de la familia Capuleto.

(73) Los mismos en número a la versión 1-121-4, pero variando algún nombre y cambiando algún personaje. No existe Madame Capuleto, pero en cambio se saca a un Don Fernando que viene a ser el París (*) del original inglés. Un París generoso y bobo. Bentivoglio es en la ópera Cebás; Laura, Cecilia, y Pedro, Antonio.

(74) Escenas segunda, tercera y cuarta del acto primero; primera, tercera y séptima del acto segundo, y tercera del acto tercero.

(75) Los versos son octosílabos, asonantados, como en la versión 1-121-4.

(76) En los fondos riquísimos de música de los siglos XVII, XVIII y XIX (principios) que guarda la Biblioteca Municipal de Madrid no hemos podido hallar noticia alguna sobre la partitura de esta ópera.

(77) Arias, dúos y coros al gusto romántico de los comienzos del XIX.

(*) A Don Fernando —París— se le hace príncipe poderoso de Castilla.

abominables y en nada mejoran a los de aquellas zarzuelillas de mediado el siglo XIX. Su lectura reconocemos puede motivar la indignación e incluso el furor del crítico menos comprensivo.

Atención muy especial merece el manuscrito 1-63-6, del que existen cuatro copias (78), titulado ya *Romeo y Julieta*, y versión, según consenso unánime de los más finos críticos, de D. Dionisio Villanueva y Ochoa (79). ¿Existen pruebas de esta afirmación?

Cambrónero ya no titubea —como se indicó en el manuscrito 1-121-4— para atribuir a Solís esta versión (80). En Barcelona aparece impresa en 1817 la traducción de Solís. Este manuscrito, 1-63-6, lleva licencia de 1818 (81) y sigue en absoluto al impreso barcelonés. Solís tradujo su *Romeo y Julieta* del de Ducis (82). ¿Pruebas? El número de actos, de escenas, de personajes y hasta de versos. Difiere, no obstante, en el desenlace la versión española de Solís de la francesa de Ducis. Ducis hace que Romeo se clave su propia espada. Acaso con más temperamento dramático, Solís hace que Romeo —matador, en defensa de Montesco, del hermano de Julieta— muera atravesado por la espada de su propio padre, dirigida contra el padre de Julieta (83). Por si lo escrito no fuera suficiente para probar que la mano, la discreta poesía y la experiencia teatral de Solís andan de punta a cabo en el manuscrito 1-63-6, hay que advertir que en el año 1820 vuelve a imprimirse en Barcelona una nueva edición de *Romeo y Julieta* (84), que sigue al detalle la edición de 1817 y el manuscrito mencionado.

Brevemente queremos hacer la descripción de éste. Se conservan en él los mismos personajes de la versión de Ducis: ocho, más comparsas de soldados. Pero se les altera el nombre del original inglés y aun de la traducción francesa (85). Las mutaciones escenográficas se reducen a una por acto (86); el número de escenas es distinto que en el manuscrito 1-121-4, pero no coincidente tampoco con el del original inglés, *ni siquiera en aquellas partes de la tragedia en que el número de personajes —respecto*

(78) De la misma mano, dos a dos.

(79) Llamado Dionisio Solís (1774-1834), apuntador del teatro del Príncipe, poeta y adaptador de obras clásicas.

(80) [Carlos Cambrónero], obra cit., págs. 450 y 451: «*Romeo y Julieta*, tragedia en cinco actos y en verso, s. a. Cens. de 1918. Ms. 4.º. Arreglo de D. Dionisio Solís.»

(81) La licencia dice así: «Habiendo leído la tragedia titulada *Romeo y Julieta*, en cinco actos, [que] de orden del señor Vic[ar]io eclesiástico de Madrid se me remitió para [que] diese mi parecer acerca de ella, debo decir [que] enterado en su lectura y reflexionado su contenido, no encuentro en mi juicio [que] tenga cosa [que] pueda impedir su representación por opuesto a la religión y buenas costumbres. La Victoria de Madrid, 7 de octubre de 1818.—Fr. Fernando (*) García Carrillo.»

(82) Ed. Bruxelles, Lacrosse, libraire-éditeur, s. i., 1834, vol. I, págs. 120 a 175.

(83) «El buen gusto del arreglador español no podía conformarse con un final tan absurdo [el caprichoso de Ducis], y si no acertó a adivinar la grandeza de la concepción shakespiriana...».

Juliá, obra cit., pág. 61.

(84) *Romeo y Julieta*, tragedia en cinco actos, traducida del francés. Barcelona, J. Francisco Piferrer, 1820, 24 págs., 8.º

(85) Montegón es Montesco; Alberico, Benvolio; Flavia, la Nodriza, y Fernando, el Príncipe.

(86) El manuscrito indica: «La escena es en Verona, los cuatro primeros actos en el palacio de Capuleto, y el quinto en el panteón de las dos familias.»

(*) Juliá lee Fray Bernardo García y Carrillo, obra cit., pág. 57, nota 2.

a este original— de la versión lo permitía. Solís, que seguramente sabía el inglés por supermanencia en Londres —1801-1802—, no quiso molestarse en cotejo alguno; y eso que por entonces se dió a la estampa una de las mejores ediciones shakespirianas de todos los tiempos (87). El verso usado es el endecasílabo, sin variante alguna y asonantado (88), lo que le da una monotonía extraordinaria (89).

No son éstos los únicos manuscritos que de versiones shakespirianas se conservan en la Biblioteca Municipal de Madrid, cuya sección teatral es un verdadero filón de hallazgos sorprendentes para el investigador. Otros varios, entre ellos la traducción que de *Hamlet* hizo D. Ramón de la Cruz (90), merecen estudio y comentario. Uno y otro pensamos dedicarles más adelante.

FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES.

Biblioteca Municipal.

(87) Isacc Reed, *Primer Variorum*, 1803 de la edición 1885. (Apud. A. M.)

(88) Acto primero, asonantes a, o; acto segundo, e, a; acto tercero, a, o; acto cuarto, e, o, y acto quinto, e, o.

(89) «... Muy bien traducido [el drama *Julia y Romeo*] ...por D. Dionisio Solís..., ilustre y mal conocido poeta». Esto lo dice el Sr. Cotarelo, obra cit., pág. 187, y téngase en cuenta que se refiere al Ms. 1-121-4, traducido en unos, *muy poco inspirados*, octosílabos asonantados.

(90) *Hamleto, rey de Dinamarca* [según Ducis], tragedia inglesa. Traducción por Ramón de la Cruz. Biblioteca Municipal de Madrid. Ms. 1-181-1, 1772.

Cambronero da la nota 1, obra cit., sección segunda, pág. 371.

RESEÑAS

EL ISLAM Y EL CRISTIANISMO

ADVERTENCIA

La inagotable amabilidad del ilustre profesor italiano Ezio Levi d'Ancona me ha permitido que traduzca a nuestro idioma su bellissimo comentario a la obra de D. Angel González Palencia *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, publicado recientemente (1).

Siendo dicha obra —con *El Islam cristianizado* del incomparable maestro D. Miguel Asín Palacios— la aportación más valiosa que se ha hecho en estos últimos tiempos a los estudios arabistas, se comprenderá cuánto interés ha de tener el trabajo de Ezio Levi, que a su valor literario une el de sintetizar hábilmente el mundo y la civilización revelados por la erudición y la labor extraordinarias de González Palencia.

Ezio Levi, amante de España, artista finísimo y profundo conocedor del pasado glorioso de nuestra patria, es conocido de todos los que gustamos de esta clase de estudios. Todos hemos admirado y agradecido sus publicaciones hispanistas tan sólidas, tan comprensivas, tan llenas de fraternidad entre España e Italia, los dos países meridionales por antonomasia, las dos privilegiadas penínsulas que con Grecia constituyen las tres etapas decisivas de la cultura mediterránea y europea; de ellas irradiaron, cronológicamente, la seguridad clásica, la emotividad renacentista y la inquietud transoceánica moderna: el occidente de spengleriano entero.

Todos hemos leído su magistral monografía *Il principe D. Carlos nella leggenda e nella poesia*, su erudita edición y comentario a *Il Libro dei cinquanta miracoli*, su profundo ensayo *La Spagna come evasione della storia*, y otras varias publicaciones que sería prolijo enumerar.

Todos hemos escuchado con especial deleite y fervorosa atención las conferencias inolvidables que pronunció no hace mucho en la Universidad Central, verdaderas evocaciones pretéritas que ansiamos ver continuadas lo más pronto posible y en una cátedra donde explique anualmente en la Facultad de Filosofía y Letras la literatura y la historia italianas y sus relaciones con España, único modo de conocer científicamente nuestra cultura, tan influida por Italia, en particular durante el siglo de oro.

No necesita, por lo tanto, el docto catedrático de Filología Románica de la Universidad de Nápoles que se le presente donde es ya tan popular,

(1) Ezio Levi, *L'Islam e la Romanità nei documenti di Toledo*. Florencia, 1930. En 4.º, 10 págs. (Tirada aparte del *Archivio Storico Italiano*; serie VII, vol. XIIV, I (1930).

y fuera necesidad mía el hacerlo; pero quiero, sin embargo, reproducir aquí una certera semblanza suya, trazada en el *Diario* de nuestro malogrado escritor Angel Sánchez Rivero, cuando conoció a Ezio Levi, en 1927 (1).

«Recién llegado a Palermo conocí al profesor de Filología Románica en aquella Universidad, Ezio Levi, hispanista benemérito. Muchas cosas he visto en Italia: monumentos, cuadros, estatuas, paisajes; la iniciación en la cultura literaria quedará como hito indestructible en la historia de mis experiencias espirituales. Pero al par de mis tesoros de sensaciones italianas tengo que poner esta experiencia moral inolvidable: la persona de Ezio Levi. Si algún augurio puede expresarse a quien piense residir en países extranjeros, el más propio sería que tropiece en él con otro Ezio Levi, tan abnegado, tan servicial, tan solícito como él. Ezio Levi pertenece a la raza del buen samaritano. Aviso a los españoles que pasen por Italia. Ezio Levi no ha sido tan sólo guía infatigable de cuantos españoles se le acercaron. Si de él hubiese dependido, a estas horas existiría un Instituto español en Florencia. Ha escrito innumerables cartas, ha hecho continuas visitas, ha buscado locales, ha preparado proyectos, sin el más leve interés personal; su puesto en la Universidad de Nápoles le aleja completamente de Florencia. Y quienes le conocen saben que tampoco le empuja el prurito de figurar o darse importancia...»

Muy sugestivas son las cariñosas y comprensivas palabras de Sánchez Rivero, Ezio Levi también en bondad y en saber; pero lo es aún más el proyecto de ese Instituto español en Florencia —o italiano en Madrid ¿por qué no?— donde se trabajara con la eficiencia y la unión que no dan las esporádicas pensiones de estudios. ¿No podría realizarse este hermoso sueño de algún modo? Quienes puedan y deban acordarlo que mediten siquiera un momento sobre su interés y su importancia para Italia y para España, ahora que se está renovando por completo nuestra vida docente y cultural.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS.

EL ISLAM Y EL CRISTIANISMO EN LOS DOCUMENTOS DE TOLEDO

Los documentos de Toledo, publicados y anotados magistralmente por Angel González Palencia (2) suman 1.175. Todos en caracteres árabes, pero de asunto, y alguna vez también de lengua, románicos y hebreos,

(1) Debo la publicación de este bello fragmento, aún inédito, de las *Memorias* de Sánchez Rivero, a su viuda, la cultísima dama veneciana doña Angela Mariutti, doctora en Ciencias Históricas y hoy nacionalizada en España por su matrimonio. Reciba en estas líneas mi gratitud a su atención.

El aludido *Diario*, lleno de sugerencias originalísimas y atrayentes comentarios, se está publicando ahora en la *Revista de Occidente*. (Véase el tomo VIII (1930), págs. 1-26 y 177-203), y revela una vez más la gran cultura y excepcionales dotes intelectuales del autor, cuya muerte aún lloremos.

(2) A. González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*. Madrid, 1926-1930. Edición del Instituto de Valencia de Don Juan. Cuatro volúmenes en folio. I, 324 págs.; II, 341 págs.; III, 591 págs., y IV o preliminar, 461 págs.—150 pesetas los cuatro tomos.

y pertenecientes a uno de los períodos más interesantes de la historia medieval.

Dichos documentos se conservaban hasta el siglo XVIII en el archivo de la catedral de Toledo y en los de algunos monasterios toledanos, de donde fueron sacados en el siglo XIX para formar el archivo histórico de la imperial ciudad, primeramente, y después para enriquecer el Archivo Histórico Nacional, de Madrid, del que constituyen ahora uno de los fondos más preciosos.

Ya en este Centro habían sido estudiados parcialmente, gracias a Francisco Simonet, en particular, que los utilizó en dos obras: *Glosario de voces latinas e ibéricas usadas por los mozárabes españoles* (1888) e *Historia de los mozárabes de España* (1897-1903); pero las dificultades de interpretación y de lectura —proveniente ésta de la extensión misma de los materiales— eran tales, que nadie había podido llevar a cabo hasta ahora un estudio definitivo del tema.

González Palencia comenzó el estudio de estos pergaminos en 1913. En los cuatro volúmenes de la obra recoge el material de sus investigaciones durante el espacio de diez y siete años, verificadas, no solamente en los fondos del Archivo Histórico Nacional, sino también en otros semejantes, donde se conservan pergaminos afines a los del primero; es decir, 133 documentos encontrados en la catedral de Toledo, uno en el monasterio de San Clemente (264 documentos de éste habían sido ya recogidos en el Archivo Histórico Nacional, de Madrid), 14 en la iglesia de San Nicolás y nueve en el archivo particular del Ayuntamiento. En total, los 1.175 que ofrecen tan grandes dificultades de lectura e interpretación —a veces tenemos transcritos fonemas romances en alfabeto árabe, fonemas árabes en alfabeto hebraico, voces hebreas en caracteres árabes— son los aquí reproducidos y comentados.

A tan gigantesca colección precede un tomo de comentario en el que está inserto un precioso glosario, índice onomástico, toponímico, de voces romances raras y de voces árabes distintas de las ya conocidas.

Por tales circunstancias esta obra monumental vendrá a ser, no solamente una de las fuentes esenciales para la historia medieval, sino también una de las más importantes para el estudio de la filología latina y neolatina medieval.

La trascendencia de dicho fondo toledano ha sido reconocida solemnemente por el Instituto de Valencia de Don Juan, que ha procurado los medios económicos para dar a la stampa estos cuatro ingentes volúmenes; y también ha acordado recientemente patrocinar la impresión de los restantes documentos latinos y romances de Toledo (siglos XI-XIII) que integran y completan la citada colección aljamiada y mozárabe. Será ésta una nueva obra benéfica que la gloriosa institución española vendrá a añadir a las muchas que figuran en su historia; y otra obra benéfica, de la cual puede enorgullecerse ahora, la edición de este libro monumental de González Palencia.

El más antiguo documento de la presente colección es del año 1083; el más moderno de 1391 (hebreo), y el más reciente de los mozárabes de 1315. La fecha es a veces caprichosa; es decir, se refiere a los acontecimientos últimos de la familia o de la ciudad. A menudo contiene alusiones a fies-

tas religiosas cristianas, como la Candelaria, Carnaval, Pentecostés, San Juan, San Miguel, San Martín y Navidad. Extraña es también la numeración con signos y símbolos, de los que González Palencia ha reconstruido una tabla con ayuda de la monografía de S. F. Hill, *On the Early Use of the Arabic Numerals in Europe* (1910).

Por medio de los documentos indicados podemos reconstruir completamente la topografía del Toledo medieval, calle por calle y casa por casa. Cualquiera puede darse cuenta de la importancia que encierra este trabajo para toda indagación de arqueología y de historia del arte medieval. No se podrá desde ahora en adelante proceder a excavar o a restaurar sin tener ante los ojos la carta topográfica reconstruida por el editor, con las indicaciones minuciosísimas de su repertorio documental. Pero no arroja luz solamente sobre el recinto de la ciudad. Todo el campo que rodea a Toledo se perfila nítido y preciso dentro de las indicaciones jurídicas de estos documentos, con sus viñas, olivares, huertas, selvas, fuentes, riachuelos, salinas, sus caseríos diseminados y sus villorrios. La topografía ha sido comprobada en cada lugar y señalada sobre el plano del Instituto Geográfico Militar y el Estado Mayor español.

Todo el mundo sabe quiénes eran los mozárabes. Eran los cristianos que continuaron viviendo según sus leyes y su fe, aun bajo el gobierno de los árabes, y hasta adoptando el vestido y la lengua arábigos. «Martirio de la fe» les llama la historiografía romántica; pero no parece que fueran sometidos nunca a ningún tormento o persecución alguna. Vivieron respetuosos con la fe ajena, pero respetados en la propia. Y si emplearon la lengua árabe, no se debe a ninguna imposición, sino a su libre voluntad. Tanto es así que continuaron también hablando árabe y vistiendo a la manera arábiga cuando el gobierno del Islam cesó después; es decir, también bajo el gobierno de los reyes castellanos.

Toledo fué conquistada por Alfonso VI en 1085. Solamente uno de los documentos mozárabes es anterior a tal acontecimiento. Todos los demás son posteriores y se refieren a aspectos de la vida árabe bajo el gobierno cristiano. Por lo tanto, la persecución y la coacción no las sufrieron los mozárabes de los árabes, sino más bien de sus hermanos de religión, que, llegando con ritos y tradiciones diversas, se mostraron indiferentes e incomprensivos frente a la arcaica belleza del rito y de las tradiciones mozárabes de Toledo.

La intromisión de lo árabe en los distintos estratos de la sociedad romana y románica no se debe explicar como una consecuencia de violentas presiones, sino por la eficacia que ineludiblemente ejercita una civilización de orden superior sobre las formas sociales de orden menos alto; esto es, por una ley inexorable de la historia, y no por efecto de violencias que resultan ineficaces y a menudo repercuten en aquellos mismos que las ejercitaron.

Los mozárabes se alababan de serlo y lo declaraban hasta en el nombre: Aben-Martín-el-Mozárabe (1150), Dominicus Mistarabs, Aben-Omeya-el-Mozárabe. Las más veces tenían dos nombres: uno en forma latina, y el otro en forma arábiga; y éste mucho más rico y complejo, porque el patronímico árabe conservaba la indicación de muchas más generaciones y filiaciones que el cristiano. Curioso es el prefijo honorífico del nombre:

mir. El prefijo honorífico románico más difundido es *dominus*, *domina*, si bien no sea todos los otros que aclara la vasta progenitura románica; y en cuanto a la partícula honorífica provenzal, algunos niegan la etimología: *dominus* (1). En los documentos mozárabes más antiguos se halla en lugar de *dominus*, *maior*, o sea *major*: «Maior Andrea, Major Abdelaziz, Major Balhul», etc.

El último documento con tal prefijo es del año 1194. Después prevalece decididamente *dominus*, acaso —creo yo— por influjo eclesiástico. Probablemente *maior*, en sus orígenes, debía de ser prefijo laico frente a *dominus*, prefijo honorífico sacerdotal; y el uso eclesiástico hizo desaparecer aquél más fácilmente, ya que se trataba de afirmar la reverencia y el respeto acompañándolos del prestigio de la jerarquía y la doctrina. Creo inútil advertir que al curioso prefijo mozárabe corresponde el nombre francés *maire* (= alcalde). En el sentido más amplio de señor, *mere* sobrevive en el Sardo (Meyer Lübke. R. E. W., 5247).

Al nombre seguía frecuentemente el sobrenombre. Hecho este tan común entre nosotros, que ese sobrenombre ha determinado alguna vez el apellido familiar (= Pelavicino y semejantes). He aquí algunos: el cojo, el jorobado, el bizco, el ciego, barbarroja, el gordo, el negro, el rubio, el sordo, o —con referencia al origen— el segoviano, el zamorano, el castellano. Merecen citarse también los nombres árabes con sufijos románicos. Sufijo *ellus*: *Maurel*, *Torrel*, etc.

La lengua de los documentos es el árabe; pero aparecen a cada momento palabras latinas (eclesiásticas) y románicas, las cuales vienen a ser doblemente preciosas, ya por su valor intrínseco, ya por el valor de la transcripción árabe, que, dadas las reticencias y las oscilaciones de la grafía románica, viene a ser la más eficaz comprobación de la verdadera fonética castellana. Estas voces *aljamiadas* las reúne González Palencia en un glosario.

En los siglos xi y xii, junto a los mozárabes, vivían en Toledo los cristianos que habían seguido a Alfonso VI en la guerra que acabó con la toma de la ciudad, y se les llamaba «francos», aun cuando eran no solamente franceses, sino también provenzales, gascones y catalanes. Numerosos eran también los hebreos, que tenían su barrio especial; se regían por su propia magistratura y según la ley jurídica talmúdica, y sin embargo empleaban el árabe al hablar o al escribir.

El centro de la vida mozárabe era la catedral, que viene a llamarse con nombre poético la madre de las luces, y surge en el lugar donde estuvo una antigua mezquita. En la cabeza de sus jerarquías están el arzobispo, el decano (en el siglo xii se le llama *preboste*, *praepositus*), el arcipreste, el arcediano, el vicario, el *capiscol* (*caput scholae*), el capellán, el tesorero, los canónigos. En torno a cada iglesia se agrupaba una hermandad va eclesiástica, esto es, formada del clero, ya laica. De ésta formaban parte también las mujeres, que se llamaban *cofrades*. Las reuniones y los ritos de los funerales, por los cuales se daba al clero una recompensa llamada *pitansa*; los emolumentos por los sufragios se denominaban *caridad*.

(1) Cfr. V. Crescini, *Manualetto Provenzale*, págs. 129 y sigts.

Las magistraturas civil y judicial tenían nombres árabes: alguacil, alcalde, alhaquim (judex), catib (notarius, scriptor), delal (araldo), jazim (procurator), almotacén (verificador del peso y las medidas), nádír (administrador), ray (syndicus), caid, adalid (capitán). Y árabes los nombres de las profesiones: albañil, albéitar, alfarero, etc. Subsistía la esclavitud, y los esclavos eran señalados con una marca en la espalda. A veces el vendedor garantizaba una posible fuga. El esclavo, por su parte, podía libertarse pagando el rescate o asegurando el precio por medio de fiadores. El rescate se obtenía en ciertos casos por voluntad del propietario, motivada por cualquier obra buena del esclavo o también por el simple hecho del bautismo.

Los contratos —de venta, cambio, donación— ofrecen asimismo datos interesantes para la historia del derecho. Uno de los más curiosos de ellos es el contrato de plantaciones. Después que el terreno devastado por las guerras se despoblaba, el propietario le ofrecía en régimen de copropiedad, a condición de que se lo plantasen de vid, olivo, etc., y acabada la plantación la propiedad pasaba, en parte, a ser posesión del plantador; si era una viña el contrato duraba cuatro años y después del cuarto la propiedad pasaba por una parte (media, en otros lugares un tercio) al antiguo propietario del suelo yermo y el resto al labrador o al organizador de la cobranza. Cláusulas especiales regulaban el régimen de las aguas y las demás circunstancias de la sociedad (capital, terreno y trabajo) y el régimen de la propiedad mixta cuando la muerte u otros acontecimientos viniesen a disolverla de hecho antes de madurar o perfeccionar el contrato.

Alguna novedad presenta también el derecho matrimonial. La mujer aportaba la dote, el marido las *arras* (contradote). Este concedía a su mujer la décima parte de sus rentas, y además ella continuaba disponiendo del valor de la dote. Preciosos para la historia del vestido y para la filología románica son los numerosos inventarios que encontramos insertos en estos documentos nupciales que son los más ricos también desde el punto de vista extrínseco (miniaturas, adornos caligráficos, etc.).

Sobre la vida sentimental y afectiva de los mozárabes derraman viva luz los testamentos, que son el documento más íntimo. A través de ellos vemos moverse y dibujarse la familia, la parentela, el círculo de las amistades y de las relaciones.

Una peculiar institución castellana es el mayorazgo, o sea la primogenitura, por el cual pasa indivisa la propiedad familiar. No se halla rastro de él en los documentos antiguos mozárabes; aparece bastante tarde, esto es, en el año 1265, y evidentemente por influjo del feudalismo de Castilla.

El aprovechamiento de las aguas es una de las enseñanzas importadas por los árabes en la civilización europea. En torno a las aguas de riego y de las usadas como fuerza motriz, vemos desfilar toda una serie de sutiles disquisiciones judiciales que nos muestran cuán delicado fué el sentido jurídico de los árabes y cómo fué profundamente estimado el valor del agua, en otras partes descuidado hasta el punto de dejarla abandonada o detenida en los pantanos y en los aljibes. El agua era un elemento de riqueza precioso, al par que la tierra y el trabajo. Una fuente vale como una finca, un pozo como unas casas.

La moneda corriente era la árabe, que por lo demás servía de patrón para la castellana y algunas veces para todas las europeas; se recuerdan los *morabetinos* (maravedís). La moneda almorávide era de oro real: mizcal, dirhem. La moneda llamábase también con palabra románica *meaja* (metallea), francés *meaille*.

Árabes eran también las medidas, exceptuada una, el *cobdal*, o sea el brazo (cubitale).

González Palencia, tomando como base las noticias de los documentos, reconstruye también una tarifa (o equivalencia) de los precios, que vendrá a ser inestimable para la historia económica del siglo XII: precios de las cosas, de los animales, de los inmuebles (viñas, casas, tiendas). Puesto que la vida ciudadana era, sobre todo, vida de artesanos, pequeños industriales, mercaderes, una de las fuentes de riqueza era el alquiler de las tiendas, de los mercados de las distintas razas y de los almacenes. Los bienes rústicos eran sometidos también al régimen de alquileres, que en sus orígenes eran más largos. Con el transcurso del tiempo se abrevian porque se vuelve más intenso el ritmo de la vida y quedan en un bienio; es decir, un año para que estuviera la tierra en barbecho y otro para sembrarla. El alquiler rural, naturalmente, se pagaba todo o en parte, no con moneda, sino con frutos. Notable es el hecho de haberse importado los árboles, en su mayoría, de los árabes: el albaricoquero, el melocotonero, el almendro, el moral (= moro); y árabe es el zumaque, riqueza no sólo de España, sino asimismo de nuestra Sicilia.

Dadas la forma de la propiedad y la constitución profundamente arabizadas de la riqueza, es muy natural que perdure largamente también bajo el régimen cristiano la estructura de la justicia islámica, administrada por los magistrados árabes, acaso los más aptos para entender el sentido esencial de las manifestaciones de aquella vida. A los *alcaldes*, a los *alguaciles*, a los *salmedinas* recurren para administrarse justicia hasta las instituciones feudales y eclesiásticas.

No había en Toledo un barrio árabe. Los árabes vivían mezclados con los cristianos. La convivencia desarrolla en ellos todos los afectos que impone la familia humana y constituyen —por encima de todo prejuicio de raza— el gran drama de la vida del hombre. Asistimos a matrimonios entre árabes y cristianos y vemos mezclados en la familia los hijos de unos y de otros. Árabes eran en su mayoría los esclavos, presa de guerra; pero los esclavos a veces se libran de la cadena de la esclavitud por el don divino del ingenio. Entre estos libertos se reclutan los gremios de los artesanos de las artes más nobles, como los alfareros. De sus manos salían las porcelanas vidriadas y los esmaltes que dan chispas iridiscuentes en los mosaicos, en los fragmentos arquitectónicos, en los vestidos y en los enseres de la vieja Toledo. Nuevo desquite de la nobleza del hombre —no sólo nobleza de los afectos, sino nobleza de su ingenio— sobre los derechos de la fuerza. Parece que a veces ésta triunfa en las instituciones de la historia, pero el espíritu, aunque inerte y decaído, acaba por volver a hundirla en el fondo.

EZIO LEVI.

Nápoles.

GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN.—*Elucidario de Madrid*. Madrid, Compañía Ibero Americana de Publicaciones; primera edición, 1931; 444 págs. + 3 hojas, con ilustraciones.

Si estuviera en nuestras facultades, como está en nuestro reconocimiento y concepción de lo justo y de lo lógico, el conceder determinados cargos «espirituales», hace ya mucho tiempo que nombráramos a Ramón Gómez de la Serna *cronista oficial primero* de Madrid. Que ninguno, entre los cronistas oficiales *de hecho*, se crea con más *derechos* que él. Los hay merítisimos, que saben ver Madrid. El colorido de sus escritos es el exacto colorido de la capital. Sus plumas son como una máquina fotográfica. Pero Gómez de la Serna *ve, hurga y suplanta* a Madrid.

En los puntos de la pluma de Ramón salta un Madrid de mil colores madrileños —bien vistos, pero ya vistos— y de otros mil *descubiertos* por el escritor. La intención de Ramón no se conforma con reflejar una ciudad epidérmica; él busca como las cosquillas de la ciudad, que son las manifestaciones más graciosas, originales e íntimas de una naturaleza. Y por si estas audacias, impregnadas de devoción y de ternura hacia su tierra nativa, no fueran *un extra* ya, que no se da en los demás cronistas oficiales, Ramón *suplanta* a Madrid, en el sentido de hablar por él con una expresión —impresionada— que nunca a Madrid se le había oído.

Hace algunos años publicó el originalísimo Gómez de la Serna «toda la historia de la Puerta del Sol», «toda la historia del Prado y de la calle Mayor». Ahora, en un volumen, reúne aquellas historias con otras seminuevas, ya ofrecidas en revistas y diarios; y ni que decir tiene todo el interés y el encanto de este volumen, salpicado de ilustraciones «de épocas», algunas muy raras.

Al seco Manzanares, a la catedral «del juicio», a las nobles Calatravas —próximas a desmoronarse—, a las casillas y a los rascacielos, al agua y a los pregones de Madrid, a la Cuesta de la Vega y al barranco del Moro, al *lago mayor* del Retiro, a las bellotas de San Eugenio y a los bodegones, a las nuevas grandes vías..., les arranca Ramón, como a piedras pedernales, múltiples chispas de ingeniosidad, de gracia y de espiritualidad realmente impresionantes para los madrileños y para los que no lo son. El donaire, la fantasía, la sugerencia audaz, el desgarrar en la concepción, la original aprehensión de motivos viejos o nuevos, son, en poder del escritor, como bolas de colores para el juego de manos asombroso, o como los farolillos *venecianos* —¡tan madrileños!— de una verbena fantástica y estallada en infinitas sorpresas. A todo el que acude a esta verbena... —que es su libro—, le toca un regalo. La munificencia de Ramón —el hombre jovial y amable y parlanchín de la rifa— es inagotable. Y los lectores todos se llevan su buena suerte: unos, el placer de la buena lectura; otros, el hallazgo de las metáforas, de las elucubraciones extraordinarias; algunos, el encanto *del nuevo conocimiento de Madrid*; los más, el convenci-

miento del mérito sobresaliente del escritor para el puesto de cronista oficial primero en esa administración burocrática y sentimental, a la que todavía no ha explotado el Patronato Nacional de Turismo.

La bibliografía madrileña se ha enriquecido con un libro primoroso. De hoy en adelante, los itinerarios para el autocar de la curiosidad serán estos trazados por Ramón, con la novedad de última moda, la palabra más convincente y el ademán mejor ensayado.

¡Ah! En el rotulado o epigrafiado de las ilustraciones hay *alguna* equivocación, magnífica también.

S. DE R.



GARAY, NARCISO.—*Tradiciones y cantares de Panamá*. Un vol. en 4.º, 203 págs. Imp. *L'expansion belge*, 1930.

Estudio concienzudo y metódico del folklore istmeño, llega a nuestras manos la obra de D. Narciso Garay, cuya solvencia científica y literaria nos era ya conocida por su fecunda labor al frente del Instituto Nacional de Panamá.

Como los hermanos Grimm en Alemania y Benedito en España, el autor de esta obra ha abandonado los laboratorios universitarios, la bibliografía copiosa y erudita, y en viajes, a veces penosos, ha tratado de captar el alma popular en las provincias de la más joven nación americana.

Generalmente incompletos los estudios de este linaje, por dedicarse preferentemente a un solo aspecto de la demosofía, los trabajos que se han publicado en otros países no alcanzan generalmente la profundidad que la obra de Garay. En ella, junto a la descripción técnica y perfecta de instrumentos indígenas como el *tolo macho* y el *tolo hembra*, aparecen notaciones musicales tomadas por el autor en una fiesta primitiva, cuya supervivencia resulta realmente extraordinaria, y que fueron tan cuidadosamente recogidas, que superan con mucho a los estudios de Nordenskjöld y Marsh en alguno de los puntos que trataron. Los más diversos tipos de indios, hechiceros, músicos, cantores y curanderos desfilan por el libro de Garay, con retrato de seguro trazo como el de Néstor-Palioquiña, personaje de complicadas atribuciones entre los elementos autóctonos de San Blas.

Los *motivos cunas* y *guaymies*, recogidos en búsqueda infatigable por el autor, tienen el interés de una música primitiva, conservada, pese a las lamentaciones un poco prematuras de los ancianos indígenas, con verdadero cariño por los jóvenes normalistas, que con igual celo mantienen la tradición de las *juntas* —esbozo teatral de ingenua sencillez— y del *tamborito*, baile nacional de suprema elegancia.

No sólo, como decimos en otro lugar, ha estudiado el Sr. Garay las características musicales y las costumbres de los panameños, sino que com-

pleta su estudio añadiendo bellísimos dibujos de decoración facial y de temas ornamentales en las artes menores. La evolución de los estilos arquitectónicos en las pequeñas iglesias pueblerinas, la descripción, minuciosa a veces, de costumbres y personas, hacen de esta obra un inapreciable instrumento de trabajo para quien desee conocer la historia contemporánea en la República de Panamá.

A las numerosas fotografías y grabados en línea y color acompañan algunas acuarelas de Allard de l'Olivier, reproduciendo tipos y trajes, complementarias de las descripciones del autor, que en ocasiones presentan un interés digno de un futuro estudio: el de precisar hasta qué punto se confunden en algunos momentos las corrientes española e indígena, seriamente amenazadas en la actualidad por la reproducción mecánica de la música norteamericana. En alguno de los *tamboritos* y *mejoranas* que anota Garay existen frases musicales cuya paridad con canciones populares hispánicas es indiscutible, del mismo modo que se puede señalar una indudable analogía entre *kantules* y *versolaris* vascongados. Pero donde la analogía ofrece ejemplos desconcertantes es en algunos giros y expresiones populares, cuya paridad habría de buscarse en expresiones de las más humildes clases sociales españolas, de las cuales se ocupará sin duda, en trabajo que próximamente verá la luz pública, el profesor Del Saz, cuya estancia en Panamá le permitió recoger un extenso vocabulario istmeño.

Es, pues, la obra de Garay, con su esmerada presentación y su erudita variedad, un paso gigantesco en la historia popular panameña, que cuenta con uno de los más completos estudios folklóricos realizados hasta el día, merced al esfuerzo que supone la aparición de *Tradiciones y cantares de Panamá*.

LUIS DE SOSA.



MARTORELL TÉLLEZ-GIRÓN, RICARDO.—*Anales de Madrid, de León Pínelo. Reinado de Felipe III. Años de 1598 a 1621*. Edición y estudio crítico del manuscrito número 1.255 de la Biblioteca Nacional. Madrid, Estanislao Maestre, 1931; 4.º mayor.

Para *hacer* y para estudiar la Historia hemos desconfiado siempre un tanto de las obras denominadas magistrales, que atrapan a los primeros habitantes de una nación para iniciar el estudio y cierran éste con las noticias novísimas de una actualidad alejada milenios de aquéllos. El investigador, cuanto más abre el paréntesis que abarca su esfuerzo, más diluye la posibilidad de una acertada y prolija concatenación de menudencias, en las cuales, por no decir siempre, se encuentran casi siempre la verdad escueta, la referencia exacta y el detalle sugeridor.

Ricardo Martorell Téllez-Girón, antiguo compañero en las aulas de

la Central, en una preciosa edad juvenil, en la que es lo frecuente la disipación deportista, el hormiguillo de la rebeldía o la sinrazón de no razonar nada, se entrega por entero —ágil la pluma, el bagaje lleno de cultura, el espíritu hábil para la disciplina erudita— a la investigación histórica más afortunada. Otros trabajos suyos, muy puestos en tono, han merecido alabanzas de investigadores, catedráticos y eruditos de mucho empaque.

Esta nueva salida de Ricardo Martorell, *a la del alba*, por su juventud y por su esfuerzo entusiasmado, es de mayor envergadura, de importancia muy capital para la historia de Madrid. Edita, prologa, comenta y anota los curiosísimos *Anales*, de León Pinelo, que si es bien conocido como autor de obras sobre Indias occidentales, apenas ha merecido mención como cronista-periodista de una de las épocas más brillantes e intensas en la capital de España. A los que por obligación —ésta en un principio— y gusto —después— hemos ahondado *un poco* en la historia de Madrid, los *Anales* nos son conocidos como una de las fuentes más puras y amenas del madrileñismo sin folklore ni motivos de exportación. Pero nos figuramos la grata impresión que producirá su lectura —en esta meritísima edición de Martorell— en los espíritus curiosos y aun en los de muchos historiadores que únicamente *de soslayo* los habían ojeado.

De tres partes se compone la edición actual de los *Anales*: 1.^a, Estudio preliminar [I. El autor.—II. El original y las copias.—III. Fecha en que fué escrita esta copia de los *Anales*.—IV. Valor de estos *Anales*.—V. Fuentes]. 2.^a, Texto de los *Anales* [1598-1621]. 3.^a, Notas críticas.

Ricardo Martorell ha logrado una consecución que parecía imposible: la de no dejarse atrás ni un solo cabo suelto. Todo logrado. Todo terminado. El manuscrito 1.255 de la Biblioteca Nacional —que él reputa original— le ha servido como base de su edición y estudio, con el cotejo de otros tres manuscritos de los mismos *Anales* y de la misma Biblioteca. Y escribe: «A éstas [copias] podríamos añadir una cuarta, de la Biblioteca Municipal, en cuya tapa (!) interior se lee: Don José Alvarez de Baena, autor del *Diccionario de Hijos de Madrid y Compendio de Grandezas de Madrid*, certifico: Que este ejemplar o copia que he tenido para mi uso le he corregido y enmendado varias fechas y otras cosas que tenía equivocadas. Madrid y julio de 1796.—Firmado, *Alvarez*.»

Ricardo Martorell no da gran importancia a esta copia. Y sin embargo, ninguna otra existe tan cuidada y corregida. Pero aún hay más. A Ricardo Martorell se le ha pasado desapercibida otra copia curiosísima que guarda la Biblioteca Municipal. Difiere esta copia de las anteriores —incluido el presunto original— en el tamaño. Es un tomo en 8.^o menor, voluminoso, sin foliar, y en su portada dice: «Este libro [*Anales de Madrid*], escrito todo de mi puño, y encuadernado también por mí, se entregará, luego que yo fallezca, a mi amigo el Señor Don Patricio Joaquín Fernández Adiel, a quien se le tengo ofrecido por causa onerosa. Madrid, 25 de Julio de 1825.—*Thomás Vázquez Zevallos*...»

La letra es enteramente del siglo XVIII, así como las abreviaturas y los enlaces. Pues bien: esta copia denota que Thomás Vázquez suponía también que el manuscrito 1.255 era el original y que conoció y cotejó los otros, puesto que copia de él, sin admitir todas las enmiendas de las copias A, B, C, D, cotejadas por Ricardo Martorell.

Muy dignos de ser divulgados —aun siéndolo en parte— los *Anales*, de León Pinelo. Como tantos otros manuscritos que esperan el celo de un investigador para dadirar mil sucesos y noticias mil desconocidas y maravillosas.

Al transcribir el texto de Pinelo, Ricardo Martorell ha preferido prescindir de sintaxis; las acotaciones presentan la redacción novísima. Nos parece una decisión acertada. Para quien —encendido en curiosidades por su edición— intente un estudio minucioso, está el manuscrito original. Y el mero catador de filigranas históricas agradece que se le aparte de la expresión anticuada.

Con ser tan meticulosas y finas estas dos primeras partes de la edición, es, sin duda alguna, la tercera —de notas y crítica— la más admirable y mejor conseguida, y desde luego —bien supuesto queda—, la original a todas luces.

Corrección de errores del texto, comentario sutil del detalle, ampliación de la referencia, la crítica *a pelo...*, son manejados con singular acierto por Ricardo Martorell. Y de ellos se entresaca profusión de originalísimos puntos de vista y como un centón de referencias para la historia del reinado de Felipe III, llenos de colorido y todos ellos de primera y maestra mano.

Los *Anales*, de Pinelo, aún pueden ofrecer engolosinantes motivos de apremio a espíritu tan fino y ahondado ya en la periferia de la cultura española de hoy —toda exégesis y síntesis— como el de Ricardo Martorell.

S. DE R.